JORNADAS

10

La Postguerra

D. Cosío Villegas, *Las relaciones de Estados Unidos e Iberoamérica;* E. Martínez Adame, *El papel de la Unión Soviética en la vida internacional;* V. L. Urquidi, *La participación del estado y de la iniciativa privada;* G. Robles, *Obstáculos a la industrialización de los países latino-americanos;* M. Sánchez Sarto, *La ocupación plena y la democracia;* A. Carrillo Flores, *La coexistencia de regímenes democráticos y dictatoriales;* J. E. Iturriaga, *Posibilidades de una revolución en la postguerra.*

LA NUEVA CONSTELACION INTERNACIONAL

Conversación por radio de *Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, José Medina Echavarría, Emigdio Martínez Adame y Víctor L. Urquidi.*

EL COLEGIO DE MEXICO

Centro de Estudios Sociales

EL COLEGIO DE MEXICO

PANUCO, 63

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente;* Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario.*

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Profesores.—José Medina Echavarría, *Director;* Manuel Bravo Jiménez (Estadística); Mario de la Cueva (Ciencia política); Miguel Gleason Alvarez (Estadística); Vicente Herrero (Ciencia política); Gilberto Loyo (Problemas sociales); Manuel Martínez Báez (Problemas sociales); Manuel Mesa (Problemas sociales); Alfred Métraux (Antropología); Manuel Pedroso (Ciencia política); Víctor L. Urquidi (Economía)

Becarios.—J. Jesús Domínguez; Dolores González Díaz Lombardo; Donaciano González Gómez; Moisés González Navarro; Héctor Hernández; Lucila Leal Carrillo; Stella Leal Carrillo; Baudelio López Sardaneta; Carlos Medina Martínez; José Montes de Oca; Ricardo Moreno Delgado; Carlos Muñoz Linares; Juan Francisco Noyola Vázquez; Rodolfo Sandoval; Catalina Sierra de Peimbert; Rafael Urrutia Millán; Enrique Vilar Münch

EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

I

El Centro de Estudios Sociales ha elegido el tema de la guerra para iniciar sus cursos colectivos de seminario, por varias razones que parecen aconsejarlo así. En primer lugar, es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras normas sociales. Por eso, el estudio de la guerra no es mera expresión de una curiosidad teórica, sino el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica. Con respecto a la guerra, es preciso investigar las causas, analizar objetivamente los efectos, calcular los costos materiales y morales, para poder participar, a pesar de desilusiones y retrocesos, en la larga lucha que abrieron hace tiempo los mejores espíritus con el ánimo de desterrar por completo esta dolencia.

Por otra parte, en el orden teórico, el tema de la guerra manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales. La multiplicidad de sus causas y la variedad insospechada de sus consecuencias no permite quizá puntos de vista simplistas y unilaterales. En todo análisis relativamente profundo de la guerra, confluye, en definitiva, todo el saber acumulado de la ciencia social. Es, pues, el estudio de la guerra un caso típico entre los pro-

blemas que requieren la cooperación de especialistas y la investigación colectiva, necesidad cada vez más patente en tales extremos. Economistas, teóricos de la política, sociólogos, psicólogos, demógrafos y aun otros hombres de estudio fuera ya del círculo estricto de la ciencia social, todos pueden aportar conocimientos para la síntesis final. En la medida en que uno de los intereses científicos del Centro de Estudios Sociales es mantener y enseñar esta imprescindible visión de conjunto y la exigencia de coordinar los resultados en las disciplinas particulares, el análisis de este tema puede tener un valor ejemplar de iniciación pedagógica.

Por último, como las condiciones favorables y positivas de la guerra son las condiciones negativas de la paz, el estudio del fenómeno bélico en sus formas históricas y caracteres estructurales es el punto de partida indispensable de todo proyecto para la organización pacífica y estable del mundo. El Centro de Estudios Sociales espera, pues, que los conocimientos adquiridos en este seminario sean útiles para más tarde, cuando puedan organizarse otras reuniones e investigaciones colectivas sobre el tema de la paz y el papel que en su creación y mantenimiento corresponda a las naciones de América.

II

El número limitado de sesiones sólo permitirá examinar algunos aspectos salientes del tema propuesto. El programa no pretende, ni mucho menos, agotar la cuestión. Sus lagunas pueden ser colmadas, sin embargo, en el curso de discusiones sucesivas. Dicho programa consta de dos partes distintas. La primera comprende las nueve primeras sesiones y su propósito es examinar lo que sobre la guerra nos dice la ya abundante literatura respectiva. Se trata de una discusión teórica, que puede permitir llegar a las categorías e instrumentos analíticos indispensables. En esa discusión interesa, ante todo, destacar los factores y las consecuencias de la guerra y examinar lo que se ha hecho y propuesto para su prevención. En estas sesiones importa la presentación de todos los puntos de vista y su valoración científica. La segunda parte se compone de las tres últimas sesiones, que habrán de tener un carácter completamente diferente. Aquí se trata ya de dirigir la reflexión a la experiencia vivida de la guerra actual y a sus posibles

consecuencias futuras; sin excesivo aparato bibliográfico, se trata de estimular la imaginación y la inteligencia creadora, pues lo que en este caso conviene no es discutir lo sabido, sino su aplicación a las nuevas e ineludibles condiciones. Inútil añadir que en el cuestionario de esas discusiones finales se dará importancia preferente a los aspectos nacionales y americanos.

El seminario funcionará del modo siguiente: a) *Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactada cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la guerra actual y sus consecuencias, guiadas por un cuestionario previamente establecido.* b) *En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas de prestigio, preparación y competencia que sean particularmente invitadas.* c) *Las sesiones tendrán una duración de dos horas, una para la ponencia y otra para la discusión. Cuando la ponencia se haya presentado previamente por escrito o impresa, la discusión podrá extenderse a las dos horas.* d) *Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y resuma.* e) *El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultado de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano al más grave problema que hoy tiene planteada la humanidad.*

(Los trabajos contenidos en la presente *Jornada* fueron discutidos en las sesiones últimas del seminario colectivo sobre la guerra, celebradas los días 13, 14 y 15 de diciembre de 1943.)

LA POSTGUERRA

JORNADAS - 10
EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales
1944

SUMARIO

Daniel Cosío VILLEGAS, *Las relaciones de Estados Unidos e Iberoamérica.* Emigdio MARTÍNEZ ADAME, *El papel de la Unión Soviética en la vida internacional de la postguerra.* Víctor L. URQUIDI, *La participación del estado y de la iniciativa privada.* Gonzalo ROBLES, *Obstáculos a la industrialización de los países latino-americanos.* Manuel SÁNCHEZ SARTO, *La ocupación plena y la democracia.* Antonio CARRILLO FLORES, *La coexistencia de regímenes democráticos y dictatoriales.* José E. ITURRIAGA, *Posibilidades de una revolución en la postguerra.* Alfonso REYES, Daniel Cosío VILLEGAS, José MEDINA ECHAVARRÍA, Emigdio MARTÍNEZ ADAME, Víctor L. URQUIDI, *La nueva constelación internacional (Conversación por radio).*

LAS RELACIONES DE ESTADOS UNIDOS E IBEROAMERICA

por

DANIEL COSIO VILLEGAS

En una situación semejante a la que hoy atravesamos existen dos peligros. Uno es el de la simplificación extrema en un mundo cuyos problemas son complejos... El otro es el que podemos llamar el peligro de seguir fórmulas o consignas.

JUAN CRISTIÁN SMUTS

Las relaciones de los países iberoamericanos con Estados Unidos no han sido, exactamente, una fuente de placer, como lo revelan algunos hechos salientes: en cuanto a México, la guerra, la anexión de Texas, la pérdida de más de la mitad de su territorio, la ocupación de Veracruz y la expedición punitiva de Pershing; la intervención militar o la fiscal —o ambas a la vez— de Santo Domingo, Honduras y Nicaragua; la Enmienda Platt en Cuba y la mutilación del territorio colombiano que haría posible el Canal de Panamá.

La utilidad de esas relaciones es, por lo menos, discutible. Los historiadores de la diplomacia norteamericana se consuelan o se jactan de que las intervenciones, por ejemplo, de Santo Domingo y Nicaragua, no sólo permitieron a estos países convertir y pagar algunas de sus deudas, sino "gustar del orden"; pero es obvio que su situación política, social y económica no ha cambiado sensiblemente. Y algún día se hará una historia cabal de las inversiones del capital norteamericano en la explotación de los recursos naturales o en las empresas de transportes o de servicios públicos, y habrá de verse entonces que el beneficio colectivo y permanente para nuestros países ha sido bien pequeño. Y poco, bien poco, hemos tenido —o podido— que aprender del modo general de vivir de los norteamericanos.

Empero, no debiéramos alarmarnos demasiado por todo esto, pues entre los pueblos, al parecer, pasa lo que entre los hombres: las relaciones placenteras y benéficas son, con mucho, la excepción.

¿Hay razones para esperar que esas relaciones mejoren? En todo caso ¿qué sesgo podrían tomar concluída la guerra actual?

Me temo mucho que no mejoren, al menos a la corta, y por corta hay que entender en este caso algunas generaciones. La solución estable sería, desde luego, la de que los pueblos mismos se entendieran; pero las diferencias que nos separan de la gente norteamericana son tantas, tan hondas y tan complejas, que las recetas conocidas del turismo, el intercambio de profesores, estudiantes y publicaciones, etc., son gotas de agua en un mar de incomprensiones. Para entendernos,

el norteamericano tendría que ser humilde —y, para ello, dejar de tener éxito y aun sufrir— y nosotros perder nuestra arrogancia y, para ello, necesitaríamos ser ricos sin dejar de ser inteligentes. Mientras no sea así, el contacto sólo producirá en el latinoamericano la admiración por las virtudes más deleznables del norteamericano y en éste producirán horror los más disculpables de nuestros vicios.

En cuanto al sesgo que puedan tomar estas relaciones, preveo que acabada la guerra se desatará en la América Latina un movimiento anti-yanqui que puede resultar difícil de gobernar y aun alcanzar un tono subido. Será una reacción en cierta forma natural —si bien no siempre saludable— contra la presencia tan reiterada en nuestros países del norteamericano y de lo norteamericano durante esta guerra, ya tan larga. Será una reacción —también natural, si bien un tanto ciega— contra una nueva y seria infiltración económica y política que Estados Unidos ha logrado en nuestros países durante la guerra. En fin, será asimismo una reacción natural —menos ciega, pero difícilmente más saludable— contra lo que se llamará complacencia de los gobernantes latinoamericanos de esta época, que muy rara vez —si alguna— han dado un tono de dignidad a sus tratos y concesiones, ni han sabido crear en sus pueblos la conciencia de que esta guerra era una guerra propia y no ajena y propios, en consecuencia, los sacrificios que por ganarla se hicieron.

Este malestar, que puede transformarse en una viva reacción anti-yanqui, mezclada con las limitaciones de la situación de carestía por la que atraviesan la mayor parte de los pueblos latinoamericanos, con la desilusión por las transacciones políticas que la guerra imponga y con la sensación de que nuestros pueblos "no han sacado nada" de ella, puede ser aprovechado por los políticos para derrocar al adversario —quienquiera que él sea— y hacerse del poder. Estos movimientos pueden tomar fácilmente la forma de un nacionalismo exaltado, al que nada de extraño tendría que se sumaran programas autoritarios disfrazados de reformas sociales. Contra estos políticos nacionalistas y anti-yanquis, los ladinos "realistas" levantarán la bandera de la "moderación". Aconsejarán y tenderán más y más a buscar en Washington la solución de los problemas nacionales, traficando con una buena vecindad que bajará de precio ante el inexorable juego de la oferta y la demanda.

La iglesia católica habrá de jugar en esto un serio papel, no sólo por la razón distante de que el Vaticano ocupará un lugar invisible,

pero señaladísimo, en la mesa en que se hagan los arreglos de la paz, sino porque no querrá ser rebasada por una nueva fuerza política que ella no domine o al menos espere gobernar. Además (a pesar de que Roosevelt ha trabajado los votos católicos, dándole a la jerarquía católica una importancia que jamás había tenido en la historia de Estados Unidos), porque el clero latinoamericano, aun el de las capas superiores, tiene una profunda aversión hacia el norteamericano, a quien sigue identificando con el infiel y a quien considera un elemento de disolución de las buenas y recatadas costumbres nuestras.

Estados Unidos no sabrá qué hacer ante esta situación y fluctuará entre la denuncia grotesca del obispo o del senador y el sermón untuoso de un moralista cimarrón. Los republicanos serán ya dueños del gobierno; pero no cambiará mucho la actitud norteamericana hacia la América Latina, en parte porque Estados Unidos necesitará de ella como nunca y, en parte, porque los republicanos no querrán ser los "malos" vecinos si los "buenos" han de serlo los demócratas. El único peligro de que se produzca un cambio de fondo será que la misma opinión pública norteamericana cambie e imponga a su vez ese cambio a los propios partidos. Nada de extraño tendría que así ocurriera, pues ningún pueblo de la magnitud de Estados Unidos está sujeto a esos extraños bandazos políticos. Y, en este caso, un retorno al aislamiento podría ser el mejor clima para que Yanquilandia cayera en el desencanto —y aun en la ira— de la América Latina.

El grado de gravedad de esa primera crisis —si llega a ocurrir— dependerá de mil circunstancias. Si al frente de los gobiernos de uno y otro lado estuvieran hombres medianamente liberales, podría pasarse sin mayores penas; pero de todos modos será una de esas raras ocasiones históricas en que puedan listarse y medirse los errores en los fines y en los medios y se verá entonces que los de los norteamericanos son, con mucho, los más graves. Dos de ellos, apenas, puedo apuntar ahora: la indelicada precipitación con que las organizaciones oficiales, semi-oficiales y privadas han querido improvisar un gran amor por Iberoamérica, ignorando, inclusive, que entre nosotros hay el amor a primera vista; el otro es que sus cortejos se han dirigido no hacia el liberalismo independiente, de gran autoridad moral, sino al reaccionario intrigante, al católico insobornable y al mediocre ostentoso. Esos no serán los amigos de Estados Unidos o no le valdrán de nada en la hora del apuro.

Si del peligro de esa crisis lográramos escapar, no escaparíamos

a otro: el reproche de Argentina, no por habernos aliado a una lucha democrática, sino por haber abdicado a nuestra independencia "vendiéndonos al oro norteamericano". La magnitud, la exaltación y, sobre todo, la efectividad política del reproche, también dependerán de mil circunstancias, pero muy particularmente de dos: de si la Argentina puede resistir la falta de algunas importaciones importantes para su vida —carbón, por ejemplo— y de si puede colocar en la Europa de la postguerra sus existencias acumuladas de trigo, lana, maíz, etc. Es posible que logre ambas cosas. En este balance tan esquemático no cuento con la posibilidad de un movimiento anti-militar porque, sobre no haber creído mucho en la profundidad de la democracia argentina, temo que muchos argentinos acompañen de corazón a su actual gobierno en su política nacionalista y que aun lleguen a considerar que sólo los militares pueden hacer frente al problema de un Brasil que crece incesantemente. Pocos, quizás, serán los que lleguen a contar con que los coroneles argentinos pueden inspirar la simpatía de los coroneles paraguayos, bolivianos, peruanos y aun chilenos, consideración en la cual nada desencaminados andarían. Tanta mayor razón o excusa tendrán para estar con su actual gobierno los que vean tan lejos.

Pero esta primera crisis no será, después de todo, sino una manifestación de las corrientes de fondo que moverán nuestras relaciones con Estados Unidos, relaciones que producirán un panorama internacional complejo y apasionante. Y como nunca, habremos de tener la impresión de que en todo ello nos jugamos la vida.

Estados Unidos saldrá de esta guerra como el país más rico y más fuerte de todos los tiempos; sólo que un país por sí solo, aun el más rico y el más fuerte, contará relativamente poco, porque las unidades políticas que jugarán en el futuro serán bloques compactos, sólidos, de varios países. Otros obstáculos encontrará Estados Unidos en su nuevo papel de verdadera "primera" potencia mundial: su impresionante inmadurez política internacional, su inclinación al desperdicio, su hábito de improvisar con tal de hacerlo en gran escala y la unilateralidad de su visión; pero estarán, además, Inglaterra y Rusia.

Es corriente considerar a Inglaterra como persona de edad y, por lo mismo, tenerla en poco. Sin embargo, la necesidad en que se encuentra ahora de reorganizar radicalmente su vida puede traer sorpresas. Inglaterra ha dejado de ser el superior y es probable que no vuelva a serlo nunca, y útil que no lo sea; pero querrá, al menos, ser

el igual y, para serlo, tiene recursos sobrados: su posición geográfica, su sabiduría política y una Europa Occidental que saldrá con dificultades del caos. Inglaterra cuidará de su Imperio, en primer lugar, pues aun cuando le ha dado en las dos grandes crisis pruebas de una fidelidad en cierta forma insospechada, cada guerra crea en sus componentes ligas ajenas a la metrópoli, sin que sepa cuándo las ajenas van a ser más fuertes que las propias. Es indudable, por ejemplo, que Estados Unidos tiene establecidas de antaño muy estrechas ligas económicas con Canadá, tan fuertes, que es difícil imaginarse de qué lado caería en caso de un conflicto de aquél con Inglaterra; pero son menos aparentes por ahora las que lo unirán con Australia y Nueva Zelanda, para no contar Trinidad o las Bermudas. Por otra parte, en los Dominios habrá de dejar la guerra la experiencia indeleble de que la marina inglesa ya no puede protegerlos, mucho menos darles una seguridad completa. Tenderán, pues, a crear recursos defensivos propios y a entrar en el juego internacional de las simpatías y las diferencias. En segundo lugar, Inglaterra tenderá a preponderar en la Europa Occidental: sobre los países escandinavos, Francia, Bélgica, Holanda, España, Portugal e Italia. Alemania será el campo donde la influencia inglesa y la rusa se encuentren y, por eso, el porvenir de Alemania no será, después de todo, tan negro. Muy negro o, al menos, precario en extremo, será el de Europa toda.

Del mismo modo que es corriente identificar a Inglaterra con el pasado, va siéndolo ver en Rusia al futuro. Un comentarista especial expondrá en seguida este tema y por eso me limito a decir que, independientemente de la importancia que al final tenga Rusia en la vida internacional, será muy grande al principio, pues es la potencia que tiene ante sí un horizonte de dominio mayor: al occidente se hunde Alemania; al oriente, Japón. Su influencia inicial será por eso enorme en la Europa Oriental y en Asia y puede conservarla si maneja con acierto las muchas cartas que tiene en su mano.

Estados Unidos estará, pues, entre la zona de dominio inglés y la de Rusia y, por ello, tendrá que embarcarse, casi por la primera vez en su historia, en una política de equilibrio de poder extremadamente difícil y peligrosa por compleja y sutil. La América Latina será uno de los puntos de apoyo para esa política. En un grado mayor, por supuesto, México, la América Central, la del Caribe, Colombia, Venezuela y Brasil; pero como en la política internacional la única realidad que tiene, por ahora, la América Latina es el mito de su unidad

y de su nombre, Estados Unidos tendrá que contar con toda ella. Por eso, no solamente la política del buen vecino perdurará, sino que quizás, por la primera vez, Estados Unidos se interese realmente en que cada país iberoamericano logre tener una cierta unidad interna y alguna fuerza política y económica, aun cuando en ello vea más su beneficio que el nuestro.

Dentro de este panorama posible de fuerzas internacionales ¿qué hará la América Latina? Tengo para mí que la fuerza principal, por no decir la única, que la moverá, será la de tratar de escaparse de la férula yanqui justo porque nunca ha estado tan cerca de caer bajo ella de un modo cabal. Y creo también que las posibilidades de juego internacional que tiene la América Latina serán, como nunca, amplias. Sólo que es grande mi temor de que una serie de espejismos vayan a limitar de hecho el aprovechamiento de esas posibilidades, sin contar con la desesperante lentitud con que la opinión pública en nuestros países cuaja y se abre paso, ni con la errática acción gubernamental.

Argentina iniciará y acaudillará el movimiento de retorno a Europa una vez que sea decente cortejar a solas a Inglaterra. A Argentina seguirán en buena medida Uruguay, Chile y Colombia. Europa, por otra parte, tratará de atraernos. Inglaterra tiene una necesidad real de vendernos sus exportaciones. Francia, a falta de éstas, querrá colocarnos los invisibles de su cultura y la Revolución francesa, y no cabe duda de que España, con su experiencia de la guerra civil, de la emigración y en una situación política en Europa extremadamente precaria, necesitará vincularse más a la América de habla española. A esto habrá que añadir a Italia, cuya población deseará venir a América a ganarse la vida y a olvidar el infierno europeo; a Alemania, quien, en la medida que pueda sacar el pescuezo, verá, como en su tradicional periscopio, a una América Ibérica dividida y desordenada en la que siempre será posible comprar sin pagar y meter un poco de cizaña. Y Rusia trabajará también a la América Latina para ganar prestigio, para sacar el partido que pueda de nuestra rivalidad con Estados Unidos y para hacer una propaganda discreta de ideas políticas que quizá no profesará para entonces. Digo esto con un gran temor de que resulte cierto. Si la Unión Soviética repasa su historia anterior a la guerra, tendrá que sacar dos conclusiones: que no es fácil mover a la opinión política internacional para crear una organización internacional justa y, al mismo tiempo, que un país de su importancia no

puede vivir aislado. No sería nada extraño que la guerra, por otra parte, dejará en la Unión Soviética una herencia semejante a la que la guerra anterior dejó en Francia y que, como ésta, tienda a rodearse de una seguridad que crea encontrar en una vida internacional compleja y difícil, que puede llevarla a una serie de compromisos y transacciones semejantes a aquellos en que Francia cayó. ¿Podrá resistir —en tercer lugar— a la inmensa tentación de poder que le pondría enfrente su victoriosa participación en la guerra? En fin, con frecuencia se olvida que Rusia, con todas sus victorias, no podrá prescindir de Inglaterra y Estados Unidos, siquiera sea por los destrozos que ha sufrido su economía interna.

Será casi fatal que la América Latina quiera escaparse de Estados Unidos saltando a Europa, buscando la amistad de Europa, orientando mucha de su política internacional a hacerse valer en Europa. Pero ¿es que Europa puede darle a la América Latina algo que realmente pueda usar ésta en su lucha con Estados Unidos? Quizás esté en un error, pero creo firmemente que nada en absoluto, excepto la "ocasión", según diré después.

Sólo Brasil entre los países de América no caerá en la trampa de volver a Europa, porque sabe que las dos únicas cartas que jugarán por mucho tiempo en la política de este Continente son la propia y la norteamericana. Por eso, por sus colosales recursos naturales y por la desusada seriedad de sus hombres, Brasil desempeñará un papel muy importante. Temo, por ejemplo, que llegará a ser el obstáculo mayor y más próximo a la unión de la América de habla española: uno de los fenómenos más desastrosos que las guerras traen consigo es la incitación a jugar a la guerra y al poder.

Es de esperarse que alguna vez acabará por penetrar en la conciencia de los pueblos iberoamericanos el hecho elemental de que no han sido nunca nada, ni lo serán jamás, si obran aisladamente, si no se vinculan económica y políticamente entre sí. La metrópoli española prohibió desde muy temprano que sus colonias americanas se comunicasen y comerciaran. La misma razón imperial ha llevado y llevará a Estados Unidos a la exaltación de la nacionalidad, de la soberanía, de la independencia de cada uno de los países de la América Ibérica.

Por lo demás, un entendimiento básico entre éstos no tendrá por fuerza un signo anti-yanqui y mucho menos pro-Europa; serviría, sim-

plemente, para dar más peso a los intereses y a los deseos de nuestros pueblos por el mero proceso de la acumulación. De hecho, creo ser de las pocas personas del Nuevo Mundo que puedan decir honestamente, con convicción, que hay, en efecto, un aire común al Continente y que en él se respira mejor.

De lo que no puede estarse seguro es de si el reconocimiento de la urgencia de que los pueblos de la América Ibérica se unan va a traducirse en una acción todavía oportuna, pues hay que convenir en que el avance económico y político que ha logrado en ellos Estados Unidos durante la guerra es muy serio. Como habría que convenir también en que no puede contarse con Europa en general, ni con Inglaterra y Rusia en particular, como fuentes de equilibrio.

Y, sin embargo, un estudio atento de la historia de Estados Unidos puede entregar a nuestra América un secreto: Estados Unidos logró su independencia misma; consiguió la fijación de sus primeras fronteras; comenzó a crearse una zona de seguridad que principió en la compra de Luisiana para concluir en el Canal de Panamá, en la medida y en el tiempo justos en que se lo permitieron las disensiones entre las primeras potencias de Europa.

Las grandes posibilidades de juego internacional que tendrá la América Ibérica —y a las que antes me referí— las dará un mundo, ahora sí redondo, en el que, según el decir piadoso de un gran personaje norteamericano, no habrá ya alianzas ni zonas de influencia.

EL PAPEL DE LA UNION SOVIETICA EN LA VIDA INTERNACIONAL DE LA POSTGUERRA

por

EMIGDIO MARTINEZ ADAME

La política de la Unión Soviética, dijo en alguna ocasión el actual Primer Ministro británico, es "un rompecabezas envuelto en un misterio encerrado en un enigma". "Nuestra política —ha dicho Stalin— es clara y simple." Creo que para quien pretenda orientarse ante opiniones tan extremas, no puede haber mejor camino que volver los ojos hacia la organización interna de aquel país.

Aunque dicha organización es bien conocida de tan ilustrado auditorio, trataré, y sólo en interés de la consistencia lógica de esta exposición, de traer a la memoria algunas de las características esenciales de la estructura económica de la U. R. S. S.

El triunfo de la revolución de octubre de 1917 representa la supresión del sistema capitalista ruso. En su lugar se erige un régimen nuevo, socialista, que se integra a lo largo de dos décadas y encuentra su más acabada expresión en la Constitución de 1936. Durante ese período las características del régimen capitalista desaparecen una a una. A la propiedad privada de los medios de producción se sustituye la propiedad socialista, a la libre iniciativa de los individuos, cuyo mecanismo de regulación automática es la obtención de lucro, la economía con fines de uso planeada por un organismo central que determina lo que ha de producirse y en qué cantidades. La obtención de ganancias, en otras palabras, deja de ser el factor decisivo de la política económica. "Lo que en otras partes —dice Maurice Dobb— se determina por la decisión de millares de empresarios autónomos, en la economía soviética se determina por una serie de decisiones coordinadas que constituyen el plan económico."

La nueva organización económica se ha reflejado en una serie de transformaciones de la vida social y política de la Unión Soviética. Al quedar suprimida la propiedad privada de los medios de producción y, por consiguiente, la explotación del hombre por el hombre, quedó suprimida la fuente de que brotan las diferencias sociales de clase. Como la industria se halla casi en su totalidad en manos del estado, no puede haber empresarios. Como la tierra se explota colectivamente, tampoco puede haber terratenientes. El lugar de las viejas

clases lo ocupa ahora una nueva y única clase, la trabajadora, en su triple manifestación de obreros, campesinos e intelectuales.

La desaparición de las clases sociales ha puesto punto final a los conflictos que caracterizan sus relaciones en los estados capitalistas. Existiendo una clase única con intereses comunes, no puede haber lugar ni para los conflictos económicos, ni para los políticos ni raciales. La existencia de una clase única en la Unión Soviética explica mucho de lo que al mundo capitalista, desgarrado por conflictos internos, parece incomprensible, misterio envuelto en enigma.

En el terreno de la política explica, por ejemplo, la existencia de un partido único y el régimen de auténticas libertades de que disfruta el ciudadano soviético. "La nueva Constitución se caracteriza —decía Stalin cuando se discutía el proyecto de aquélla— porque no se limita a fijar los derechos de los ciudadanos, sino que transporta el centro de gravedad a la cuestión de la garantía de esos derechos y a la de los medios de realizarlos . . . Fácil es concebir . . . que la democracia que inspira el proyecto no es una democracia en general, 'habitual' . . . , sino la democracia socialista."

En el terreno social explica el tratamiento de que son objeto las diferentes razas y nacionalidades que integran a la Unión Soviética. "La nueva Constitución de la U. R. S. S. —dice Stalin— es . . . profundamente internacionalista. Arranca del principio de que todas las naciones y razas son iguales . . . "

La vieja política del zarismo, caracterizada por un intento permanente de mutilación de la cultura de las diversas nacionalidades, por la implantación del uso de una lengua que les era extraña, ha sido sustituída por una de estímulo e igualdad que no es sino resultado de una más general de liberación de las colonias y de confirmación del derecho que las naciones tienen a disponer de sí mismas. Y es que entre una política y otra media la diferencia que existe entre un régimen de propiedad privada y otro que la desconoce.

Pero la construcción socialista iniciada sistemáticamente en 1928, está muy lejos de haber concluído. Y, sin temor a equivocarme mucho, creo que no concluirá nunca en el sentido de que la ambición del socialismo para mejorar las condiciones de vida del hombre es ilimitada. En el informe sobre la Constitución Stalin decía: "Nuestra sociedad soviética ha realizado ya el socialismo en su parte más esencial . . . Pero la sociedad soviética todavía no ha llegado a realizar el comunismo en su etapa superior —aunque se lo propone como un ob-

jetivo futuro—, en el que el principio dominante será la fórmula 'de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades'."

La guerra sorprendió, pues, a la Unión Soviética cuando muchas de sus metas más próximas no habían sido conquistadas. Y a ello se ha venido a sumar la bárbara devastación de algunas de sus más ricas regiones. La tarea tendrá, pues, que reasumirse después de la contienda.

Una nación que se ha impuesto este programa, pero que además ha logrado eliminar, no sin dificultades por cierto, todos los motivos de fricción social interna que existen en el mundo capitalista; un país cuyo móvil es el mejoramiento permanente de su pueblo, y que no tolera, ni necesita por su propia naturaleza, la colonización interior de las múltiples nacionalidades que lo constituyen, tiene que ser, necesariamente, un país amante de la paz.

La política exterior de la Unión Soviética a lo largo de un cuarto de siglo no ha hecho sino expresar con toda claridad ese propósito de paz. Al día siguiente del triunfo de la revolución, el 8 de noviembre de 1917, el naciente país socialista realizó su primer acto en pro de la paz al proponer la iniciación de negociaciones para poner fin a la guerra y establecer "una paz justa y democrática".

A partir de entonces, se ha esforzado en construir un sistema de relaciones internacionales basado en la estricta igualdad de naciones. En todos los pactos de no agresión que celebra, su participación tan destacada en las conferencias del desarme, en su entrada a la Sociedad de Naciones y en su sistemática defensa de la seguridad colectiva, no se puede ver una política errática, sino un firme deseo de mantener la paz.

A medida que la situación internacional se tornó más tensa, sobre todo a partir de 1935, a cada agresión de las potencias del Eje correspondía invariablemente una intervención de la Unión Soviética en pro de la paz. A la invasión de Austria correspondió una proposición para que, sin ambigüedades, se pusiera un límite a las agresiones mediante una declaración conjunta de las grandes potencias. Cuando como resultado de la Conferencia de Munich, de la que fué eliminada, Hitler invadió a Checoslovaquia, declaró categóricamente que no podía reconocer aquella anexión.

Todos sus esfuerzos, sin embargo, resultaron estériles frente a la política de apaciguamiento.

El pacto de no agresión germano-soviético fué recibido como una

traición a las democracias. En él se quería ver el origen de la guerra sólo porque una semana después de que fué suscrito Hitler invadió Polonia, no obstante que las invasiones alemanas habían principiado mucho antes. Primero fué Austria y luego Checoslovaquia y Memel. Tras del pacto quiso verse también un secreto entendimiento para repartirse a Polonia sólo porque el día 17 de septiembre, cuando toda resistencia polaca había concluído, la U. R. S. S. arrebató a Hitler la mitad de ese infortunado país. Es fácil explicar que un amigo y admirador de la Unión Soviética como George Bernard Shaw se expresara diciendo que ese acto de la U. R. S. S. era el "primer revés sufrido por Hitler". Lo que no tendría explicación, si aquella interpretación fuera correcta, es que Winston Churchill, como Primer Lord del Almirantazgo, dijera: "Los rusos han detenido a los nazis en la Polonia oriental; sólo lamento que no lo hayan hecho como aliados nuestros."

Para desvanecer la idea de que tras el pacto había un secreto entendimiento para repartirse a Polonia, basta recordar el hecho, bien conocido, de que la línea fronteriza entre la Unión Soviética y Alemania, dentro del territorio polaco, fué modificada varias veces lo que revela, no la realización de un plan preconcebido, sino la "improvisación entre dos potencias que no desean reñir por el momento".

La guerra contra Finlandia, en la que se ha querido ver una manifestación imperialista de la Unión Soviética, no fué sino una medida defensiva, como lo demuestra el simple hecho de que tras de vencerla no la haya ocupado en su totalidad. Sir Stafford Cripss, refiriéndose a este hecho, dijo en alguna ocasión: "Es posible que los soviéticos algún día lamenten no haberse apoderado de una parte mayor de Finlandia, cuando estaban en condiciones de hacerlo."

Pero al mismo tiempo que se defendía, la conducta de la U. R. S. S. establecía una especie de cooperación tácita con Inglaterra, que estaba a punto de ser invadida. El mismo Hitler ha dicho que "mientras a partir del 5 de mayo de 1940, nuestros soldados destruían el poderío franco-inglés en el occidente, los movimientos militares rusos en nuestra frontera oriental continuaban desarrollándose en una forma cada vez más peligrosa. Consiguientemente . . . , juzgué que los intereses del Reich no permitían que nuestras provincias orientales permanecieran desguarnecidas frente a esa tremenda concentración de divisiones bolcheviques".

Para concluir esta revisión panorámica de la política de la Unión

Soviética, debo citar un fragmento del informe presentado por Stalin ante el XVIII Congreso del Partido Comunista Ruso, celebrado en marzo de 1939, que contiene los principios fundamentales en que se inspira esa política:

1. Estamos por la paz y el florecimiento de relaciones de un valor positivo con todos los países.

2. Estamos por el mantenimiento de relaciones pacíficas de amistad y de buena vecindad con todos los países que tienen fronteras comunes con la U. R. S. S.

3. Estamos por el apoyo de los pueblos víctimas de la agresión y que luchan por la independencia de su patria.

4. No tememos las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a contestar con dos golpes a cada golpe.

Temo mucho no haber logrado presentar un cuadro completo de los elementos que, a mi juicio, deben tenerse presentes para apreciar cuál pueda ser la futura conducta internacional de la Unión Soviética. Por ello pido indulgencia y espero que cada uno de ustedes, al entrar a la discusión, supla las deficiencias de la exposición.

Pero ya para terminar debo decir que tengo la más íntima convicción de que para no extraviarse en esta tarea y, sobre todo, para no hacerla estéril, debe tenerse a la vista que la U. R. S. S. es un país socialista en marcha hacia el comunismo. Lo que a la ligera se mira con frecuencia como un viraje hacia "la derecha", no es sino la plena realización de los principios en que descansa su sistema. Me refiero en concreto al mayor número y a las más amplias libertades que hoy concede el régimen soviético a sus ciudadanos y a la exaltación de que son objeto todos los valores del individuo que, lejos de ser una rectificación, son más bien la consagración del supremo designio del socialismo.

Sólo existe, pues, un criterio posible para juzgar la política exterior y la conducta futura de la Unión Soviética, y es el que ve en ellas una prolongación orgánicamente ligada a su estructura económica y social, de la que se hallan ausentes todas aquellas fuerzas que, en otros regímenes, conducen a la guerra. Las ambiciones territoriales son resultado de la fuerza centrífuga que caracteriza a los regímenes capitalistas que, tras haber agotado todas o casi todas las posibilidades de inversión lucrativa, se lanzan a la conquista de nuevos campos. El imperialismo —en cualquiera de sus formas— supone invariablemente

una relación de desigualdad entre grandes y pequeñas naciones. Es un ensayo para superar los obstáculos que una organización política todavía nacional ofrece a una economía ya internacional. En la U. R. S. S., donde ha desaparecido la sociedad dividida en clases, cualquier supuesto imperialismo no tendría beneficiario. ¿A favor de quién iban a explotarse los países coloniales? ¿A favor de la clase trabajadora soviética? No sé de nadie que hasta ahora haya sustentado semejante punto de vista.

La escritora norteamericana Vera Micheles Dean, que frecuentemente se ocupa de problemas soviéticos, nos dice que la U. R. S. S., con el inmenso territorio de que dispone, dotado además de gran cantidad de recursos naturales, se halla mucho más alejada de la tentación imperialista que Alemania y Japón. No creo que esta escritora se halle en lo justo. Si Alemania y Japón transmutaran su régimen por uno de carácter socialista, su "tentación" territorial se desvanecería en un propósito bien diverso. Pero es más: ¿cómo podría explicarse que la Rusia de los zares, que disponía de los mismos territorios —y aún mayores—, hubiera caído en la tentación imperialista y no así la Unión Soviética? De cualquier modo, para quien no acepte los puntos de vista del socialismo, el argumento de Vera Micheles Dean vendría a reforzar aún más el punto de vista de que la Rusia soviética no tiene propósitos imperialistas.

Un último aspecto de la cuestión. Desde hace algún tiempo el problema del imperialismo económico se desplaza con frecuencia hacia lo que ha dado en llamarse el imperialismo "ideológico". Con ello se quiere significar que, más que la expansión territorial de la Unión Soviética, hay que temer a la penetración comunista.

Desde el punto de vista revolucionario, la idea resulta completamente equivocada, puesto "que el socialismo sólo puede ser realizado por la voluntad de la masa de los pueblos mismos en cada país en la lucha contra sus explotadores".

No dudo ni por un instante que la propia Unión Soviética es la más interesada en la transformación socialista del mundo; pero de eso a sostener que intentará por medio de la violencia imponer a otros países la doctrina que inspira su régimen, hay un buen trecho. Allí está desde luego, como prueba, su lucha contra la fracción trotzkista, que negaba la posibilidad de establecer el socialismo en un solo país.

Pero si esto no fuere bastante, existen pruebas más recientes que demuestran que la U. R. S. S. no tiene el menor propósito de imponer

el comunismo a otras naciones. En varias ocasiones Stalin ha repetido que el comunismo no es un artículo de exportación. En otras ha dicho terminantemente: "Nosotros no tenemos ninguna orientación hacia Alemania, ni hacia Polonia, ni hacia Francia. Nuestra orientación en el pasado y nuestra orientación en el presente es hacia la U. R. S. S., y sólo hacia la U. R. S. S." En fecha todavía muy reciente, en este mismo año, el Partido Comunista Ruso ha dado ya una prueba por adelantado en este sentido al votar por la disolución de la Tercera Internacional.

En una carta de Stalin del 28 de mayo de este año, dirigida a un corresponsal de la Agencia Reuter, declaraba: "La disolución de la Internacional Comunista resulta muy apropiada y oportuna porque... Pone de manifiesto la mentira de los hitleristas acerca de que Moscú intenta intervenir en la vida de otros países para bolchevizarlos..." Hablar de un imperialismo ideológico de la Unión Soviética tiene el mismo valor que hablar del imperialismo de la iglesia católica sólo porque ésta tiene "partidarios", llamémosles así, en diferentes países, y porque ve con buenos ojos que el número de ellos aumenta.

Desde el punto de vista de la penetración pacífica del comunismo, tanto los movimientos revolucionarios como los religiosos, son problemas internos cuyo tratamiento corresponde íntegramente a cada país. "Ese temor (al comunismo) —dice Wendell Wilkie— no es otra cosa que una debilidad... La mejor respuesta al comunismo es una democracia viviente, vibrante, sin temores, una democracia económica, social y política." Independientemente de que el ex-candidato a la presidencia de los Estados Unidos tenga o no razón, reconoce que el problema del comunismo es un problema nacional, interno.

La organización soviética y su política exterior son, pues, una especie de garantía de *no hacer* a favor de los pueblos débiles. En esta medida la existencia de la U. R. S. S. es y será una garantía para una pacífica organización internacional permanente y considero que a esto puede resumirse el contenido esencial de su futura conducta, aunque no dejo de darme cuenta de que para una mente ajena al socialismo esto resulta bastante incomprensible. Pero esta incomprensión es semejante a la de un "ganster" respecto de la conducta de un hombre honrado.

Sin embargo, la actual guerra es, desde el punto de vista soviético, una guerra de liberación. ¿Cuál será su conducta a la hora de la victoria? ¿Se limitará un tanto estérilmente a ratificar su viejo respeto por la integridad territorial de los países en tanto que a su propia vista,

los "gansters" y "ganstercitos", los reyes y reyezuelos que merodean por ahí en espera de que alguien les gane su guerra para volver en seguida a desgarrar a sus pueblos y a sembrar con ellos los gérmenes de una tercera guerra mundial?

Si así fuera, estoy seguro de que la nueva paz no sería sino un nuevo armisticio, sólo que más breve que el anterior. Pero el prestigio bien ganado de la U. R. S. S., junto con su enorme poderío —del que Hitler sería el último en dudar—, le reservan en el mundo futuro un papel bien distinto y de primordial importancia.

El punto tercero de la Carta del Atlántico que garantiza el derecho de los pueblos para darse la forma de gobierno que quieran, no es sino la cristalización de la política de nacionalidades de la U. R. S. S. que descansa en el más ilimitado reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos. Por tanto, al defender uno de los principios básicos de la Carta del Atlántico, la U. R. S. S. no hará sino proyectar hacia afuera una conquista lograda hace mucho tiempo en su interior.

Hijas de esta política son las declaraciones relativas a los casos de Italia y Austria, que se hicieron en las recientes conferencias de Moscú, según las cuales la conducta hacia Italia debe apoyarse en la resolución de destruir todo vestigio del fascismo para dar al pueblo italiano las oportunidades necesarias para el establecimiento de instituciones democráticas. A Austria se hace el ofrecimiento de librarla del yugo de Hitler, declarando nula la anexión de 15 de marzo de 1938.

Sin embargo, para conocer los futuros propósitos de la U. R. S. S., no hay mejor documento que el reciente discurso de Stalin, pronunciado el 6 de noviembre, con ocasión al XXVI Aniversario de la Revolución de Octubre:

"La victoria de los países aliados —dice— . . . pondrá en la agenda las importantes cuestiones para reorganizar . . . la vida económica y cultural de los pueblos de Europa. Nuestra política acerca de estos problemas sigue siendo la misma. Junto con los países aliados, nuestra tarea será:

Primero: Liberar a los pueblos de Europa de los invasores fascistas y ayudarlos a reconstruir sus desgarrados estados nacionales . . . Los pueblos de Francia, Bélgica, Yugoslavia, Checoslovaquia, Polonia, Grecia y otros estados ahora bajo el yugo alemán, deben volver a ser libres e independientes.

Segundo: Conceder a los pueblos liberados de Europa el pleno derecho y la libertad de decidir por sí mismos lo relativo a su forma de gobierno.

. . .

Cuarto: Establecer en Europa un orden de tal naturaleza que elimine la posibilidad de una nueva agresión de parte de Alemania . . . "

El primero y segundo puntos no son sino la ratificación de propósitos expresados en términos más o menos semejantes en la Carta del Atlántico, en el Tratado Anglosoviético de mayo de 1942 y en las Conferencias de Moscú.

Mas ¿qué significado debe darse al propósito de establecer un orden europeo que elimine una nueva agresión de parte de Alemania? ¿Qué interpretación debe darse a un fragmento del Tratado Anglosoviético de mayo de 1942, de acuerdo con el cual las dos naciones signatarias se comprometen a "tomar todas las medidas a su alcance para hacer imposible la repetición de las agresiones . . . de parte de Alemania"?

Significa, desde luego, que la U. R. S. S. está resuelta a participar activamente en el mundo de la postguerra. Mas ¿en qué forma?

La declaración sobre seguridad general en las Conferencias de Moscú, reconoce expresamente "la necesidad de establecer lo antes posible una organización internacional basada en la igualdad soberana de todos los países amantes de la paz . . . , grandes y pequeños . . . , para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales".

Creo que será por esta vía y por la del desarme general (las potencias que participaron en las Conferencias de Moscú ofrecieron cooperar para llegar a un acuerdo sobre la materia), por las que habrá de buscar la Unión Soviética la seguridad y la paz.

Pero un medio de garantizar la seguridad colectiva es erigir una nueva Alemania. Y en ello, creo yo, se empeñará la U. R. S. S., de acuerdo con sus aliados. Considero que, en términos generales, lo mismo que se ha anunciado para Italia se hará para Alemania. Tras de exterminar el hitlerismo, después de haber impuesto el castigo que corresponda a los responsables de la guerra, habrá que echar las bases de una Alemania democrática.

Contra lo que se piensa a veces con harta frecuencia, la U. R. S. S. no trata de exterminar al pueblo alemán. "Es muy probable —ha dicho Stalin— que esta guerra de liberación . . . se traduzca en la des-

trucción de la clique hitlerista... Pero sería ridículo identificar la clique histlerista con el pueblo alemán y con el estado alemán. La historia demuestra que los Hitler van y vienen, pero que el pueblo alemán... sigue viviendo."

Es verdad que en diversos países se han propuesto muy diferentes modos para eliminar el peligro de Alemania. Se habla de su desmembración, de su inclusión en una federación europea, del desmantelamiento de su industria pesada, de su ocupación militar, de la reeducación de su pueblo y hasta de su exterminio total. Sin embargo, no parece que será a estos medios a los que recurra la Unión Soviética. Una vez restituída la libertad del pueblo alemán, se formularán las reformas necesarias a su estructura económica, política y social. Mas ¿cuáles serán esas reformas? El tiempo señalado a mi intervención ha concluído; pero aun en el caso de que ustedes bondadosamente lo ampliaran, preferiría yo que fuera, como lo espero, el pueblo alemán, quien decida soberanamente qué clase de instituciones económicas escogerá. Si esto se realiza, esto es, si el pueblo alemán es quien se da sus propias instituciones, el peligro de una nueva agresión habrá desaparecido para siempre, pues los pueblos nunca buscan la muerte, porque son esencialmente pacíficos. Al menos esta es mi íntima convicción.

LA PARTICIPACION DEL ESTADO Y DE LA INICIATIVA PRIVADA

por

VICTOR L. URQUIDI

El tema que me corresponde exponer brevemente a ustedes es el de la participación del estado y de la iniciativa privada en la economía de la postguerra. Debo aclarar primero que mi participación como expositor en esta penúltima sesión de nuestro Seminario sobre la Guerra no ha sido el resultado de una iniciativa privada mía, y que bien puede suscitar en ustedes un prejuicio en contra de la intervención, pues a la del señor Cosío Villegas se debe que sea yo, y no otra persona más competente, quien intente plantear este problema que a todos nos interesa. Desearía, pues, ante todo, pedir indulgencia a ustedes y, desde luego, agradecer a don Alfonso Reyes, al señor Cosío Villegas y al Prof. Medina Echavarría el honor que me han hecho.

Creo no equivocarme al afirmar que el problema de la participación del estado y de la iniciativa privada en la economía de la postguerra ocupará, y ocupa ya, la atención de todo el mundo. Al concluir la guerra y plantearse primero la desmovilización económica y luego el retorno a una economía de normalidad, casi no habrá quien no quiera opinar sobre este asunto. Y como los economistas estamos desgraciadamente en minoría, no sería remoto que nuestra voz no llegara a oirse por encima del estruendo causado por las partes interesadas: los políticos, los hombres de negocios, los grandes industriales y banqueros y las organizaciones obreras. Pero, a reserva de que de todos modos demos nuestra opinión en el momento oportuno, podemos mientras tanto prestar un gran servicio si planteamos fríamente el problema e indicamos algunas de las consecuencias económicas que pudiera acarrear la decisión de inclinarse por una mayor intervención del estado o por un retorno a la libre iniciativa privada. Por supuesto que la decisión que se tome también tendrá consecuencias políticas. Pretender que la intervención económica del estado no las tiene es, como dice el profesor Condliffe en un libro reciente,[1] adoptar la actitud de un avestruz. Pero es asunto que no me propongo tratar y que, además, examinará en parte

[1] *Agenda for a Postwar World*, Nueva York, 1943, p. 124.

otro ponente en esta misma sesión. Más que desarrollar mi tema, mi deseo es el de puntualizar algunos de sus aspectos importantes.

Una de las consecuencias de la guerra pasada fué acentuar en numerosos países la tendencia a una mayor intervención y participación del estado en la vida económica. El *laissez faire* jamás ha vuelto desde entonces a imperar en la forma en que lo hizo durante el siglo XIX. Me atrevo a aventurar la opinión de que ello se debe a que la guerra provocó desajustes tan grandes y tan fundamentales en la economía mundial, que los procedimientos normales de autoequilibrio dejaron de ser eficaces o sencillamente no funcionaron con la rapidez necesaria para que se pudiera confiar en ellos. Fué entonces cuando los desequilibrios a corto plazo —la desocupación, las dificultades de cambios, etc.—principiaron a llamar la atención más que los de largo plazo. Fueron intolerables, no daban señas de corregirse y los gobiernos en casi todo el mundo se vieron obligados a intervenir activamente, con medidas monetarias, fiscales, arancelarias, de protección a las industrias en situación crítica, etc., llegando en muchos casos a nacionalizar, o al menos controlar estrechamente, ciertas ramas de la economía. A medida que transcurrían los años de paz, crecía la intervención del estado; primero, a consecuencia de la crisis de 1929-1932, y después, como preparativo para la guerra. Cuando estalló ésta en 1939, el *laissez faire* tenía un pie en la tumba y otro en una cáscara de plátano. La economía de guerra le ha dado el último empujón.

Si lo anterior es correcto, entonces es muy posible que la guerra actual tenga consecuencias semejantes, en el sentido de reforzar la tendencia a la intervención y a la limitación del campo en que puede actuar la iniciativa privada. Esto porque el desequilibrio de la economía mundial es mayor que nunca —la creación de organismos económicos internacionales como la Administración de las Naciones Unidas para Auxilio y Rehabilitación, los proyectados fondos de estabilización monetaria internacional, el Banco de Reconstrucción y Desarrollo de las Naciones Unidas que propone Estados Unidos, parecen ya reconocerlo— y también porque una de las lecciones de la economía de guerra (ya aprendida en Alemania y en la U. R. S. S. años antes) es que sólo con la intervención y participación activa del estado en la vida económica se puede conseguir lo que hoy llamamos ocupación plena. Parece que uno de los objetivos económicos y políticos de postguerra de Estados Unidos y Gran Bretaña es que nadie vuelva a carecer de trabajo. ¿Se conseguirá esto sin mayor intervención del

estado? ¿Podrá la iniciativa privada efectuar anualmente un volumen suficiente de inversión para que no decrezca el ingreso nacional? He aquí, a mi parecer, el problema decisivo: seguridad en el empleo con intervención del estado, por una parte, y libertad de iniciativa y empresa, pero también de quedar sin trabajo, por otra.

Para precisar un poco más este problema, conviene distinguir entre el período inmediato de postguerra y el de largo plazo. El primero, el llamado "período de transición", exigirá sin duda que los gobiernos continúen ejerciendo funciones de control y actuando como lo han hecho en tiempo de guerra. Por más buena disposición que haya entre los particulares para invertir y dedicarse a los negocios, no es concebible que se les deje en libertad de producir, importar, exportar, etc. Es más, se conservará el control de precios, de la mano de obra, de las materias primas, del comercio exterior, etc., con objeto de desmovilizar la economía de un modo ordenado, y esto puede significar una dirección estatal tan firme como la de un país autoritario. Pero una vez transcurrido este "período de transición", se da por supuesto que el estado, cansado de llevar todas las riendas económicas, pondrá en manos de particulares la marcha del país, y que, por otra parte, en éstos habrá muchos deseos de que así sea, pues estarán cansados de la burocracia, deseosos de hacer lo que les dé la gana y confiados en que podrán volver al régimen anterior a la guerra, con más libertad de iniciativa.

Ahora bien, resulta difícil precisar cuándo terminará ese período de transición. Si ha de abarcar sólo el tiempo preciso para desmovilizar a la industria y convertirla de nuevo a la producción de artículos de consumo de tiempos de paz, es posible que sea corto. Pero como la guerra ha sido larga, y como a los desajustes causados por la anterior se han agregado los de los últimos veinticinco años y los de esta guerra, no se trata de desmovilizar la economía interna de ciertos países, sino de restablecer el equilibrio mundial. Si al día siguiente de desmovilizar sus economías, Inglaterra y Estados Unidos dejaran de intervenir en ellas, a las veinticuatro horas tendrían que dar media vuelta, a fin de salvaguardar su posición económica internacional y la del resto del mundo. Permítaseme dar uno o dos ejemplos del tipo de problema que se presentará.

En Inglaterra se estima que para sostener el nivel de vida de su población será necesario que en la postguerra sus exportaciones au-

menten en un 50%,[2] debido a que se han perdido o liquidado inversiones en el extranjero que antes proporcionaban ingresos equivalentes. ¿Cómo hacerlo? La única forma, se dice, es mejorando la eficiencia de la industria inglesa, produciendo artículos mejores y más baratos. E insistir en la eficiencia, dice una conocida revista inglesa, no significa, por fuerza insistir en el *laissez faire*, a más de que hay motivos para no rechazar "diversas formas de organización colectiva". ¿Podrá predominar en esas circunstancias, pregunto yo, la iniciativa privada?

O bien pensemos en el problema económico internacional de Estados Unidos. Se afirma que la única forma en que este país podrá restablecer el equilibrio entre su economía y la del resto del mundo, es aumentando sus importaciones o bien invirtiendo capital en el extranjero. El primer camino tropezará con bastante oposición interna, debido a los intereses afectados. ¿Será la iniciativa privada o será el estado, pregunto yo, quien decida la naturaleza de las importaciones y determine qué intereses particulares deben sacrificarse en bien de la comunidad? La otra posibilidad, la de invertir en el extranjero ¿la realizará el estado o la realizará la empresa privada? Y si la realiza ésta ¿los países que reciben las inversiones dejarán a los inversionistas en libertad para dedicarse a cualquier actividad? ¿O procurarán encauzarlos por determinados senderos?

Por último, si dirigimos la mirada a la Europa continental, y especialmente a Alemania y los países por ella ocupados ¿es siquiera sensato suponer que la iniciativa privada pueda reconstruir lo destruído y poner en marcha la economía de esos países antes de que transcurra un largo período que —cometiendo un gran eufemismo— llamamos "de transición"?

Mas volvamos a la cuestión de la ocupación plena. Mantener este estado de cosas significa no permitir que decrezca el volumen anual de inversión. Si la inversión privada no es suficiente, el estado se ve obligado a complementarla. Hay muchas opiniones acerca de la capacidad de los particulares para realizar suficientes inversiones nuevas todos los años. Los banqueros norteamericanos creen que la empresa privada es capaz de todo y que podrá resolver el problema por sí sola. Contra este punto de vista es interesante recoger el expresado por un *trust* inglés muy conocido, Lever Brothers and Unilever, Ltd., que al

[2] *The Economist*, junio 19, 1943, p. 780.

plantear el problema de la desocupación, rechaza de plano la posibilidad de que la industria privada misma, mediante sus propias organizaciones, pueda encargarse de estabilizar la ocupación y el ingreso nacional.[3] La opinión más general, que comparten intereses particulares como esta empresa inglesa y economistas y organismos gubernamentales de Estados Unidos e Inglaterra, es que las inversiones realizadas por la industria privada no serán suficientes y que los estados tendrán que complementarlas, entre otros motivos, porque ningún industrial o banquero es capaz de ver la situación en su conjunto, ni ver más allá de su cuenta de pérdidas y ganancias al 31 de diciembre de cada año. Y, en verdad, no hay motivo para suponer que los grandes monopolios y *trust* industriales y los grandes banqueros de la preguerra sepan velar por el bien de la comunidad. Dejar en sus manos el sostenimiento de la ocupación plena sería, además, correr el riesgo, como atinadamente lo ha expresado un editorialista del *Economist*, de que "el control de la industria por el estado en tiempo de guerra se convierta en el control del estado por la industria en época de paz".[4]

Si se acepta al menos que, por medios indirectos —una política "anti-cíclica" fiscal, monetaria, etc.—, el estado "cree condiciones favorables a la iniciativa y la inversión", como dice un profesor norteamericano,[5] o vaya más lejos y, con el mismo fin, conserve además los medios de control que la economía de guerra le ha enseñado a manejar para regular la actividad en general, entonces se plantea el problema de si el estado podrá algún día abandonar su intervención y permitir que el capitalismo privado vuelva a florecer.

Me inclino a pensar, con el profesor Schumpeter,[6] que la intervención anti-cíclica —el mantenimiento de ocupación plena con ayuda del estado— se perpetuará e intensificará. Entonces, dice Schumpeter, se alcanzará una etapa de capitalismo en "campana de oxígeno", que lógicamente acabará por transformarse en una especie de "capitalismo dirigido", caracterizado por una buena dosis de control y prácticamente una nacionalización de la banca y las inversiones, el comercio, etcétera. No es difícil, entonces, que la siguiente etapa sea la nacionalización de muchos servicios públicos, de las minas, los seguros, etc., y,

[3] *The Economist*, julio 17, 1943, p. 68.

[4] *The Economist*, julio 3, 1943, p. 2.

[5] R. Bissell, "Postwar private spending and public spending", en *Postwar Economic Problems* (ed. por S. E. Harris), Nueva York, 1943, p. 109.

[6] "Capitalism in the postwar wold", *ibid.*, pp. 122-126.

finalmente, la socialización, o al menos lo que él llama un estado "anfibio". Es posible que para entonces la iniciativa privada no exista más que en nombre o como recuerdo de otros tiempos.

Lo anterior podrá parecer a primera vista un poco teórico, pero no tanto si fijamos la atención en las tendencias que ya se vislumbran con claridad en un país como Inglaterra. Allí se habla, por ejemplo, de "industrias organizadas centralmente" que tendrán que elegir entre dejarse controlar por el estado, o pasar a ser propiedad de éste.[7] No se tolerarán ya los grandes monopolios que persigan intereses opuestos a los de la comunidad, pues el objetivo de ésta no es la restricción y la obtención de ganancias, sino el crecimiento del ingreso nacional y la seguridad de trabajo para todos. La marina mercante quedará bajo el control del estado. La producción y distribución de la leche serán objeto de control y vigilancia gubernamental. La misma tendencia parece vislumbrarse en cuanto a muchos servicios públicos. El gobierno se encargará de dirigir un gigantesco proyecto de construcción y reconstrucción de casas. Y, si se adopta el plan Beveridge, se nacionalizará el seguro.

En Estados Unidos, los economistas encargados de pensar en la postguerra prevén que cuando el gobierno norteamericano se deshaga de las fábricas que ha construído o adquirido durante la guerra, existirá el peligro de que, debido a su naturaleza y su magnitud, se conviertan en monopolios privados. Proponen que el estado imponga un régimen de participación mixta en todas las industrias "de importancia nacional" y que haya un control permanente de las industrias que suministren materias primas, petróleo y servicios públicos.[8]

Podemos decir, en resumen, que el papel que se le reserva a la iniciativa privada en el futuro parece cada vez menos importante. Creo que esto va a plantear otros problemas económicos, que me limitaré a indicar brevemente. A medida que aumenten la intervención y la participación del estado, se irá presentando el problema de si se conservarán o no los mercados como los hemos conocido hasta ahora, como reguladores de los precios y expresión de los cambios en las demandas y en las ofertas. Puede llegar un momento en que sea inútil el mercado, en que los precios dejen de tener verdadera significación

[7] Discurso de Herbert Morrison, citado en *The Economist*, mayo 15, 1943, p. 612.

[8] Informe del National Resources and Planning Board sobre Desmovilización y Problemas de Postguerra, citado en *The Economist*, marzo 27, 1943, pp. 391-92.

como índices para los consumidores y como estímulos para los productores.

Otro asunto que se plantea es el de la clase de incentivo que pueda animar a la poca iniciativa privada que vaya quedando y el del nuevo tipo de incentivo que tendrá que animar a las industrias controladas o nacionalizadas. Junto con este problema va también el de la eficiencia y el de la flexibilidad para adaptarse a nuevas situaciones. Y más importante aún es el problema del espíritu aventurero, por llamarle así, que impulsa a la gente a hacer cosas nuevas a riesgo de fracasar, cosa que no podrá hacer una industria controlada o nacionalizada a menos que tuviera la posibilidad de eliminar toda incertidumbre. La economía de guerra, como es bien sabido, también ha demostrado que con una intervención más activa del estado se cometen errores muy costosos (aunque en tiempo de guerra no importa el costo); pero tal vez en el futuro se tenga que elegir entre el riesgo de cometer estos errores y el riesgo de que los cometan intereses privados y encima de eso busquen la protección del estado en detrimento de otros sectores de la comunidad. Si la intervención del estado va a consistir en proteger industrias incosteables, una agricultura ineficaz y servicios públicos malos, entonces no convendría inclinarse demasiado rápidamente por una mayor participación del estado en la vida económica, a menos que se tuviera seguridad de los fines que persigue.

Por último, otro problema de primer orden es el siguiente: ¿qué efecto tendrá sobre el comercio internacional la mayor intervención del estado? El profesor Haberler, en un ensayo reciente,[9] sostiene que si se establece un régimen económico intervencionista, las políticas arancelarias de tipo liberal (es decir, aranceles y tratados comerciales que contengan la cláusula de la nación más favorecida) carecerán de sentido, y que será inevitable una tendencia a formar bloques y agrupaciones regionales, esto es, unidades económicas más grandes. Si no se logran estas unidades mayores, entonces disminuirá la posibilidad de aprovechar las ventajas de la especialización internacional. El que se logren mayores unidades es problema en su mayor parte político. Me parece, pues, que el efecto que tenga la intervención estatal sobre el comercio del futuro, es otra de las cuestiones que figuran ya en la primera plana.

[9] "The political economy of regional or continental blocs", en *Postwar Economic Problems*, Nueva York, 1943, pp. 340-44.

Para concluir, quiero decir solamente que lo poco que he meditado sobre el asunto me deja la impresión de que el decaimiento de la iniciativa privada es inevitable, a la corta y a la larga, y de que el problema más interesante es el de determinar qué tipo de intervención o participación estatal es el que más conviene y menos riñe con los métodos democráticos. Estoy seguro de que la discusión que sigue me ayudará, a mí al menos, a aclarar todos estos conceptos, pues, como dije antes, no me creo competente para indicar una solución definitiva.

OBSTACULOS A LA INDUSTRIALIZACION DE LOS PAISES LATINOAMERICANOS

por

GONZALO ROBLES

No se trata en este Seminario de hacer una exposición amplia y documentada, sino de ofrecer al vuelo unas breves notas que inviten a meditar y provoquen discusión. Pero para hablar de factores negativos, conviene también trazar a grandes rasgos el cuadro positivo y su fondo histórico Lo haremos en lenguaje telegráfico.

Del Renacimiento y de los Grandes Viajes Oceánicos descienden la ciencia experimental y el comercio, padres de la criatura: la industria moderna.

El hombre, cogido por inquietudes terrenales, investiga e inventa, explora y coloniza; se empeña en captar y reducir las fuerzas de la naturaleza.

Enjaezada la energía del vapor, provoca la Revolución Industrial.

Del ayuntamiento del carbón de piedra —generosidad— y del hierro —fortaleza— nace la máquina. ¿El instrumento redentor? ¿El monstruo que esclaviza?... De pronto ha dado aliento a una una civilización, que preside Inglaterra: práctica, materialista, fría y deshumanizada. El lucro es el móvil y es la meta. Sin embargo, se espera que a la larga ofrezca un saldo favorable para todos...

Se labora febrilmente; el trabajo humano se explota en los talleres de la metrópoli y en los campos y las minas de las colonias.

Se buscan incesantemente las riquezas ocultas del planeta. Se trafica por los siete mares.

El cuadro, con sus aspectos recios y oscuros, no deja de ser brillante.

Se ha completado el mundo y despertado al hombre.

Grandes reservas de capital se acumulan; los excedentes que no absorbe la creciente industrialización de la metrópoli se exportan. Van a desarrollar tierras remotas; siempre donde las perspectivas de ganancia sean buenas.

Imponentes masas humanas se han desplazado de unos continentes a otros, en una verdadera peregrinación de vida y de esperanza.

chas las que quieren participar... ¿Obedecen a una ley inflexible de la evolución histórica? ¿Esperan ganar poder y riqueza? ¿Acaso han descubierto que los términos del trueque entre artículos manufacturados y materias primas coloniales siguen no siendo equitativos como en los primeros tiempos de la conquista de América en que se cambian abalorios por metales preciosos?

Alguna gran colonia, ya independiente y estupendamente dotada, se industrializa aquí, al otro lado del vallado: los Estados Unidos de América. El hijo modelo, ya adulto; el producto acabado de la Edad de la Máquina. Alemania gana el tiempo perdido empleando métodos científicos y disciplina prusiana; Suecia, consumada y precisa; Francia, ahorradora y versátil; Bélgica, la hormiguita hacendosa; Checoslovaquia, Italia... El Japón copia y adapta cautelosamente, con un éxito "fulgurante", pero quizás pasajero.

Hay fiebre de producir artículos manufacturados para el mercado internacional.

El carbón ya no está solo: la electricidad fluye y ha brotado petróleo. Al fierro acompañan ahora los metales especiales que tonifican su carácter: el cobre que conduce, el aluminio que aligera... Pero la técnica, ya muy afinada, sigue del brazo del capital, y la máquina —símbolo o engendro— es aún objeto grave de inquietud...

En el último momento Rusia, nación nueva y vigorosa, se industrializa, conforme a un plan, haciendo un recuento cuidadoso de sus riquezas, que encontró cuantiosas. Predica un raro evangelio económico-industrial: el de que la producción no debe ser para el mercado, sino para el consumo y, en caso necesario, para la defensa...

El cuadro se ha complicado grandemente. Se lucha por las fuentes de materias primas y por los mercados.

Hay gran fermentación social y guerras totales. Una se está librando en estos momentos, de proporciones apocalípticas.

Cruzan en lo alto ominosos aviones de guerra. Submarinos arteros acechan en lo hondo. Miriadas de monstruos de acero asuelan los campos... En este escenario de la Tragedia Máxima en que se confunden el zapateado rabioso de las ametralladoras con el estruendo sísmico de las bombas que estallan y la voz rotunda de airados cañones, se presenta en escena nuestro personaje: la América Latina.

Con este nombre conocemos a un grupo numeroso, pero desarti-

culado, de naciones, las nuestras, que son políticamente independientes, pero económicamente subordinadas a los grandes países capitalistas, es decir, los industriales Ha sido pastora, agricultora y minera y ha vivido principalmente de cambiar materias primas y sustancias alimenticias por los productos manufacturados de aquéllas. Es de tradición ibérica, no industrial...

Cree llegado su momento para la gran industrialización... ¿La guerra le brinda oportunidad única? ¿La obliga a intentarlo? Muchos lo creyeron así, algunos todavía lo creen, pero otros temen que haya tocado demasiado tarde a la puerta, o demasiado temprano; cuando menos, en momento poco oportuno.

Examinemos sumariamente los factores positivos, que hacen posible o facilitan esa industrialización, y señalemos al paso los negativos, que la dificultan u obstaculizan.

Queremos antes, sin embargo, hacer las siguientes salvedades:

Primera. Que este tema, tan atractivo como es, difícilmente puede salir del terreno de las ideas generales, en vista de la falta de información medianamente segura respecto de los factores que pudiéramos llamar estables (materias primas, por ejemplo), y por la intervención de muchos otros de naturaleza variable.

Segunda. Que aun cuando, por lo que hace a algunas características fundamentales, hay cierto "aire de familia" entre las "repúblicas hermanas", no puede concebirse la industrialización de la América Latina como un solo problema; como un proceso uniforme, pues, considerado concretamente cada uno de los datos o elementos que en él intervienen, puede variar mucho de un país a otro, y así ocurre en la realidad. La industrialización no es obra de magia, sino laboriosa composición de fuerzas en juego: utilización económica y racional de los elementos materiales asequibles, coordinación y ajuste de innumerables factores humanos; en suma, obra de organización. La industria es un organismo.

Tercera. Que el concepto mismo de industrialización no es único; puede pensarse en diversos tipos, que se adapten más o menos a las condiciones de uno u otro país.

Sobre este punto, a guisa de comentario sintético, hemos de insistir después de examinar los factores de industrialización y las deficiencias y obstáculos que sobre el particular presenta la América Latina.

1. *Recursos naturales*

Hemos dudado si debíamos tratar antes del "hombre" o de los recursos naturales, pero el primero, que es el grande, el único animador, desgraciadamente no puede, como el dios de los creyentes, y a despecho de la nueva mística de los *ersatz*, crear mundos de la nada. Creemos que se obtiene una idea más lógica del problema, si se supone que en la base del edificio de la industrialización se encuentran —y deben encontrarse— los elementos materiales con que se realiza, es decir, las materias primas y otros factores mesológicos.

En la división internacional del trabajo han surgido dos categorías de naciones: las productoras de materias primas y las consumidoras de ellas, que las transforman. Países de industrias extractivas, frente a países de industrias manufactureras. Del intercambio de los productos de unos por los de los otros se nutre el comercio internacional. En la realidad el cuadro es más complicado, pues muchos países industriales son productores, en diversas escalas, de materias, por un lado, y, por otro, los países que regularmente las producen aspiran, y lo van logrando en cierta medida y a "un cierto precio", a industrializarse. Este es el caso, que en este momento examinamos, de la América Latina.

Las materias primas tienen mercados exteriores poco elásticos y sujetos a paralización sin previo aviso; por este motivo ofrecen una base muy poco estable para la economía de un país, y las naciones productoras de ellas tienden a elaborarlas en mayor o menor grado y hacen esfuerzos para crear mecanismos regularizadores o de "valorización", usando un barbarismo muy sugestivo.

Desde el punto de vista de la industrialización las materias primas o se producen interiormente o se adquieren en el mercado internacional. Sin temor puede hacerse la afirmación de que la posesión de materias primas propias es una ventaja para la industrialización, pero la falta de ellas no ha impedido, por ejemplo, industrializarse en el más alto grado a naciones como Bélgica. En cambio ¿por qué ni la India ni el Brasil, ni muchas otras naciones con recursos naturales aparentemente estimables, ocupan todavía un lugar prominente en el campo de la industrialización? Alguien diría que por razones históricas, lo que constituye una buena explicación, pero de carácter muy general y vago. En verdad, se trata de la resultante que, en el transcurso de la historia, hasta ahora ha producido el complejo total

de los factores que concurren en el problema de la industrialización.

El solo tema de los recursos naturales de los países de la América Latina absorbería mucho más tiempo del señalado a mi intervención en el presente caso. Tratando de destacar las ideas o datos más salientes sobre el particular, vamos a caer quizá en generalidades poco interesantes. Corremos ese peligro, haciendo las siguientes afirmaciones:

1ª Que los recursos naturales de la América Latina son cuantiosos, tomados en conjunto. Dejando reverentemente de lado a los metales y piedras preciosas de la leyenda dorada, a los que algunos culpan de nuestro atraso industrial (pero advirtiendo de paso que para los usos no monetarios de la plata aumentan cada día, que Colombia es gran productora de platino y esmeraldas y el Brasil de diamantes de joyería e industriales), ofrecemos una lista, no muy subdividida, de los recursos de la América Latina, que resulta imponente:

Fierro, Energía y Combustibles (objeto de un comentario posterior).

Cobre (Chile, México, Perú); Plomo (México, Perú, Argentina); Zinc (México, Perú, Bolivia, Argentina); Aluminio: *Bauxita* (Brasil, Las Guayanas, que aunque no forman parte de la América Latina, están emplazadas en ella); Níquel (Brasil).

Manganeso (Cuba, Brasil, Chile, México); Cromo (Cuba, Brasil);

Tungsteno (Bolivia, Argentina, México); Molíbdeno (México;

Vanadio (Perú, México); y otros metales especiales.

Estaño (Bolivia, Argentina, México); Mercurio (México).

Antimonio (Bolivia, México); Arsénico (México, etc.); Bismuto (Perú).

Grafito (México); Mica (varios países); Cristal de roca (Brasil); Asbesto (Venezuela, Brasil); Magnesita (Venezuela) y otros refractarios (varios países); Fundentes (difundidos).

Pigmentos (difundidos).

Azufre (Chile, Bolivia, México y varios otros países), para la industria de los ácidos.

Sal común y otras sales, para los álcalis (difundidas).

Nitratos (Chile); guano (Perú, Ecuador) y otros abonos o materiales para su fabricación.

Maderas propias para la construcción y la manufactura y para las industrias químicas; y productos forestales: gomas y resinas; hule (Brasil; cultivado, en varios países) y guayule (México); curtientes (Argentina, Paraguay, Venezuela, etc.); plantas medicinales.

Productos agrícolas, de todos los climas, alimenticios e industriales; fibras suaves y duras; aceites y grasas.

Ganados, sin cuento: carne (Argentina, Brasil, Uruguay, México, Venezuela, Nicaragua, etc.); lana (Argentina, Chile); cueros (casi todos los países).

No han de pasar de tres las grandes potencias industriales que puedan exhibir un cuadro de recursos más completo, pero es impresionante la gran dispersión de los mismos, su dificultad actual de coordinación económica. Así, cuando hablamos de recursos forestales pensamos, por ejemplo, en el Brasil, donde "el árbol es el enemigo del hombre", y no en la Argentina con su pampa huérfana de sombra, ni en el paisaje lunar de grandes zonas de nuestra altiplanicie mexicana. El cobre está casi en los extremos norte y sur. El estaño, casi únicamente en el corazón del continente sudamericano. Y por ese tenor algunos otros productos y materias primas.

2ª Que valorizados aisladamente, país por país, los recursos naturales son, en general, medianos, desde el punto de vista de la industrialización manufacturera.

3ª Qué México y el Brasil, y quizá Chile y el Perú, son los únicos países que ofrecen actualmente módulos de industrialización "aceptables" para el desarrollo de la industria pesada, que, sin embargo, en el terreno económico deberán sufrir la dura prueba de fuego de la competencia internacional.

4ª Que el resto deben sacar el mejor partido psible de las ventajas, pequeñas o medianas, de que gocen en cada caso; y

5ª Considerado al último, con el propósito de subrayar en la forma más decidida su importancia, que los recursos naturales de los países de la América Latina son poco conocidos.

Urge desarrollar por parte de nuestros gobiernos una labor callada, sistemática, paciente y altamente técnica que nos permita hacer el inventario. Aprovechamos la coyuntura para depurar esa noción.

La riqueza en recursos es una función de la técnica, tanto por lo que hace a los métodos de explotación como a los de utilización (o no utilización); a la vez que es una función de la economía, ya que la cantidad de recursos que se puede extraer (siempre que los haya) depende del precio. Pero pensando más a nivel de nuestra mentalidad cotidiana de jugadores de lotería, un país de magnitud continental como el Brasil que, como acabamos de decir, está poco explorado y que ya desde ahora cuenta con un patrimonio de riquezas naturales muy considerable, podría depararnos grandes sorpresas favorables. El mismo México, tan hollado desde los tiempos coloniales por los caballos de los conquistadores y la sandalia del fraile y posteriormente por la bota fuerte del minero internacional, puede mejorar mucho su módulo de recursos naturales para la industria mediante la búsqueda sistemática y científica de que hemos hablado. Puestas las cosas al revés, México, ante la necesidad de contar, por ejemplo, con una fórmula fierro-carbón más satisfactoria para sustentar su industria pesada, debe emprender una investigación amplia —una verdadera campaña— en busca de carbones más ventajosamente localizados y, si es posible, de mejor calidad metalúrgica, conducida allí donde la Geología y una información bien depurada, nos ofrezcan perspectivas de encontrarlos; si es necesario, persiguiéndolos a profundidad, que hasta ahora no conocemos sino aquellos que la naturaleza buenamente nos ha querido mostrar. En general, tenemos un conocimiento bastante superficial de nuestros recursos minerales, de preferencia, los de las zonas áridas, sin cubierta, o con poca vegetación.

Un geólogo mexicano me decía hace poco, comentando este tema: "Probablemente ya no nos toque en suerte, por lo que hace al fierro, dar con nuevos Mesabis, Itabiras o Kirunas; pero en general nos quedan todavía abiertas enormes posibilidades en el terreno de los descubrimientos minerales; por ejemplo, en el caso del níquel, debemos ir derechamente a investigar en nuestras rocas ultrabásicas, y es probable que tengamos sorpresas importantes en cuanto a ese metal y a otras que se anidan en ese tipo de rocas". No hay que olvidar el sermón pragmático del teólogo protestante que, antes de dar su receta para encontrar la felicidad, prevenía: "Nunca busquéis los hongos en medio de la carretera". Sigue nuestro hombre de ciencia —me refiero al geólogo y no al teólogo—: "En cuanto al mercurio, al manganeso, al cromo y al antimonio estamos teniendo éxitos, y aun sorpresas, en

algunos casos". Por lo que se refiere al petróleo, que también pide exploración en grande escala, parece que las expectativas, apoyadas en deducciones de carácter científico, son todavía muy buenas. Lo que se dice de México es aplicable a varios otros de los países latinoamericanos. La Argentina misma, que se suponía casi desposeída de recursos minerales, ha buscado hacia la montaña, con éxito.

Frente a esta visión prometedora está la del pesimista, que así razona: "Nada grande podrá lograrse, desde el punto de vista industrial, con estos remanentes del proceso de penetración imperialista que, de proseguir operando, mantendrá a nuestras tierras, pobres en carbón, con recursos poco conocidos o inaccesibles, sin técnica, mal comunicadas materialmente, políticamente invertebradas y conmovidas por problemas sociales insolutos, indefinidamente condenadas a extraer, cultivar y pastorear, para sustento de las industrias y los vientres de otras naciones." Yo me consuelo con el pensamiento de que se trata de una etapa más o menos pasajera.

Recogiendo al paso de este torturado "cuadro futurista" tópicos que exigen comentario, aun en un esbozo tan somero como éste, debo agregar a lo que llevo dicho algunos conceptos que son básicos para nuestro propósito:

1. Que no hay posibilidad de industrialización moderna sin combustible, sin energía mecánica: carbón de piedra, petróleo, electricidad.

2. Que el carbón de piedra sigue siendo fundamental, en su doble papel industrial de combustible y reductor metalúrgico. Hay depósitos importantes de carbón en México, Brasil, la Costa del Pacífico de la América del Sur (Chile y Perú) y en Colombia. Los más aceptables para la industria siderúrgica son los de México, pero se encuentran un tanto mal localizados; los del Brasil son muy sucios y adolecen del mismo defecto; los de Colombia son aún más sucios y los de la Costa del Pacífico parece que no son coquizables; cuando menos hasta ahora no han podido sustentar una industria pesada, no obstante existir en esa región importantes yacimientos de mineral de fierro, que se exporta. Los otros dos países citados, el Brasil y México, que también disponen de este último recurso —el primero en escala gigantesca—, han contado por medio siglo o más con industrias siderúrgicas que, aun cuando de proporciones relativamente modestas, pueden considerarse como completas en el sentido de estar integradas hacia abajo, si bien imperfectamente ramificadas hacia arriba; en el

caso de la gran república sudamericana, a base de carbón vegetal, y en el nuestro, de lignitos coquizables de buena calidad. En ambas naciones se está actualmente duplicando o triplicando la capacidad de fabricación de acero, y cubriendo campos anteriormente intocados.

Agregamos algunas noticias sobre recursos siderúrgicos hoy truncos por falta de combustibles adecuados o de comunicaciones y transportes económicos: Venezuela y Colombia poseen yacimientos de fierro; Cuba exporta minerales ferríferos y manganeso; Honduras cuenta con un criadero de fierro, según dicen importante, pero inaccesible; la Argentina ha descubierto algunos de poco valor; México está sembrado de depósitos que actualmente no se pueden aprovechar.

3. Que la electricidad es un factor de desarrollo de gran alcance y enorme flexibilidad, que puede ir casi a todas partes, pero que, hasta cierto punto, es auxiliar o complementario de otras fuentes de energía, contrariamente a lo que en general se cree. El desarrollo de energía hidroeléctrica requiere grandes capitales, de los que no siempre podemos disponer. La América Latina es muy rica en recursos hidroeléctricos; en el Brasil, Chile, Uruguay, estratégicamente situados para su aprovechamiento inmediato. México, en condiciones bastante ventajosas. La Argentina, en cambio, tiene que generarla con carbón inglés, aun cuando no es una ficción poética la existencia del maravilloso salto del Iguazú.

4. El petróleo es el más inquietante de los nuevos factores que mueven la industria —y la guerra. Su verdadero papel y sus posibilidades en el cuadro de la industrialización están por precisarse. Las grandes naciones industriales se desenvolvieron a base de carbón y no han tenido especial necesidad de estudiar la sustitución de éste por el petróleo, en muchos casos apremiante, cuando no se cuenta con el primero. Por el contrario, Inglaterra perfecciona su técnica de utilización del carbón, como defensa contra el petróleo, que tiene que traer de campos que controla en ultramar; Alemania, que carece totalmente de él, fabrica gasolina de hulla, y Estados Unidos adopta una división de trabajo entre estos combustibles, fácil y natural: carbón para los usos tradicionales, petróleo principalmente para motores en movimiento, que alcanzan una importancia única en aquella nación. Los países nuevos, que tienen petróleo y no disponen de carbones adecuados, deben enfrentarse con muy serios problemas técnicos para industrializarse. Con frecuencia se ha dicho que el petróleo es una

compensación para regiones que no tienen carbón. Hay, pues, que precisar en qué medida lo es. De todos modos se trata de un recurso fugitivo, que tiende a disiparse.

Estados Unidos, casi la única gran nación que lo ha disfrutado juntamente con el carbón, lo ha gastado sin medida y ya se experimenta allí el temor y la congoja por su posible agotamiento.

En la América Latina poseen yacimientos importantísimos México (junto con una variedad de otros recursos industriales, entre ellos, carbones de aceptable calidad), Venezuela y Colombia (formando parte de un inventario de recursos creciente, aunque de menor amplitud, hasta donde nuestros conocimientos actuales alcanzan), y yacimientos menos importantes la Argentina, el Perú, el Ecuador, Bolivia, etc. El Brasil importa productos de petróleo, y ahora que se dificulta hacerlo, tiene que emplear gasógenos en sus vehículos.

Ante las perspectivas brillantes, pero a la vez inciertas, que ofrece el petróleo a las naciones poseedoras de ese tesoro que, como en las leyendas orientales, puede desvancerse y convertirse en humo por capricho del Hada Naturaleza o por las malas artes de los hombres —la imprevisión y la codicia—, recordamos la fórmula de un distinguido ingeniero mexicano, para el salvamento de esta riqueza transitoria, que tanta tensión y sinsabores provoca por estos mundos. Consiste ella en constituir un patrimonio permanente de energía, construyendo obras hidráulicas con el producto de la explotación ordenada, científica y honesta del gas y del petróleo.

Aun cuando aplicable a todos los recursos agotables, que no se reponen, y aun a los casi inagotables, que conforme avanza la explotación se van encareciendo o van siendo de calidad menos buena, es en conexión con el petróleo, que estaría más indicado referirse al problema hoy tan traído y llevado de la "conservación". Se trata nada menos que de una política planeada de empleo racional de los recursos naturales de todo el mundo, encarándose las generaciones actuales a las futuras.

La exploración, el establecimiento de programas y ritmos de explotación y la creación de "reservas" deben hacerse con criterio técnico y económico e informados en un sentido de honradez histórica; entregarse sin precauciones a las fuerzas de la competencia loca es como "darle fuego al bosque". Puede haber además una "conser-

vación" negativa para el país poseedor de los recursos, al servicio de otros intereses económicos.

Un tópico más tranquilizador y, sin embargo, del mismo linaje, es el de la recuperación de subproductos valiosos en los procesos industriales y el del rescate y empleo repetido de materias primas secundarias. Un hecho que siempre nos causó emoción fué el de saber que las monedas con que realizamos nuestras operaciones cotidianas llevan plata de monedas romanas y de otras naciones de la antigüedad.

El fierro viejo —no obstante la tendencia a oxidarse de este metal—, además de ser una materia prima indispensable en el proceso normal de la fabricación del acero en todas partes, ha hecho posible el desarrollo de industrias básicas en algunos países que no cuentan con minerales adecuados. Y aun contando con ellos, en condiciones particulares puede ser más ventajoso usar esa materia prima secundaria. Este es el secreto de la Inlad Steel, en Chicago; de La Consolidada, en México. La Argentina, dentro del primer supuesto, ha creado una pequeña industria con base en este recurso; Colombia inicia ahora una mucho más pequeña aún. Cada país tiene un coeficiente de recuperación de metales secundarios relacionados con su desarrollo industrial, la magnitud e índole de sus otras actividades (minería, petróleo, ferrocarriles, automóviles, industria eléctrica, etc.), con los precios mismos del metal y hasta con los hábitos nacionales (uso de gran cantidad de alimentos enlatados), etc. Lo que decimos del fierro es extensivo al cobre, plomo, zinc y demás metales industriales que, por lo general, tienen más capacidad de conservarse que aquél, por ser menos alterables. El panorama no es completo si no citamos el caso del hule "regenerado" que tan gran importancia ha alcanzado en esta guerra. Y habría que agregar también las telas, el vidrio, etc.

2. *La población y la mano de obra*

El hombre interviene en la industria como creador, en diversas categorías, y como actor o ejecutante de las labores de producción, es decir, incorporando mano de obra. Por otro lado, como en último análisis aquélla se realiza para llenar necesidades humanas, el hombre juega también un papel decisivo en la industria como comprador o consumidor. Dejando este aspecto, para considerarlo bajo el rubro

de mercados, adelantemos la afirmación, que cubre ambas fases, de que una población numerosa, próspera y culta, ofrece ventajas de primera fuerza para el desarrollo industrial y que éste reclama, a su vez, una masa de trabajadores laboriosos, sanos, cuidadosos y disciplinados y, entre ellos, una "élite" de obreros calificados y de contramaestres capaces y responsables, especializados en las diversas actividades de la industria.

Con frecuencia oímos decir que una de las dificultades para la industrialización de la América Latina es la falta de ese ejército de soldados, oficiales y jefes industriales, por un lado, y en algunos casos —el nuestro, desde luego— que el escollo consiste además en la gran agitación político-sindical, que crea un ambiente constante de inseguridad para el empresario y que ahuyenta los capitales. No queremos decir que lo anterior no sea en cierta medida verdad, pero conviene hacer algunas consideraciones que, aclarando la situación, nos den esperanzas de trasponer con éxito esta etapa, al parecer contradictoria, pero muy explicable y justificada en sus tendencias generales.

Casi todos los países han sido agricultores en un período de su historia. Los de la América Latina lo son todavía fundamentalmente. En México mismo, a despecho de la reputación de país minero de que goza desde los tiempos de la Colonia, es la agricultura la que da fisonomía a la vida nacional y proporciona ocupación a la mayor parte de sus habitantes. En los países agrícolas escasea, como es natural, la mano de obra industrial calificada, a no ser, como ocurre en las naciones del extremo sur del Continente Americano, que la emigración la haya traído en alguna proporción de la Europa Central y Mediterránea. Las empresas extranjeras establecidas en aquellas naciones reconocen que el obrero industrial rinde allí casi tanto como el norteamericano (80 %), aun cuando le señalan ciertas deficiencias. El caso de México es distinto. País también agrícola, pero a la vez minero, como decíamos; con una buena tradición de artesanado, sin inmigración que aporte experiencia industrial, con una fuerte proporción de población indígena, que se distingue por sus aptitudes artísticas y quizá también por su poca iniciativa, y por una masa mestiza no desprovista de habilidad mecánica. Por razones económicas y de vecindad, con frecuencia emigran a Estados Unidos gran número de braceros mexicanos en busca de ocupación; así adquieren cierta

visión y experiencia trabajando en fábricas, campos y obras públicas y privadas de aquella gran nación industrial.

El campo ha sido —en la guerra y en la paz— el gran proveedor de sangre y de músculo. Originalmente, en todas partes del mundo, ha alimentado a la fábrica.

Es el vivero de la planta hombre. Sin abusar de los argumentos literarios del aire puro, la vida higiénica, el alimento sano y abundante, que pueden ser una realidad, pero que con frecuencia no lo son, el campo, por la supervivencia mayor o menor en él de una estructura de economía de subsistencia o cerrada, por sus actividades estacionales, por su espíritu conservador, por su devoción familiar y su alto coeficiente de natalidad, mantiene un exceso de población parcialmente ocupada, de la que va deshaciéndose normalmente en la medida en que crece su iniciativa y el gusto por la vida civilizada, fomentado por la facilidad de comunicaciones; en que la máquina agrícola empuja hacia afuera y la máquina industrial atrae; en que opera el desnivel de salarios, mantenido en parte por la disparidad de precios entre los productos agrícolas y los manufacturados. El ritmo ordinario de emigración del campo a la fábrica ha sido lento, pero creciente, y esto ha permitido al obrero, en cierta medida, educarse y adaptarse. Cuando las cosechas fallan o se presentan otras calamidades para el agricultor, o cuando surge una bonanza industrial —por aumento inesperado o violento de la demanda, por el efecto de descubrimientos o la aplicación de nuevos inventos fundamentales—, entonces ocurren verdaderos "tumultos de emigración". Tal aspecto tuvo la llamada Revolución Industrial. La empresa de desbastar esa mano de obra rústica ha estado acompañada con frecuencia de procesos de selección severos y de métodos de explotación inicuos que hoy en general están vedados, pero que fortalecieron inicialmente la industria de los grandes países precursores.

Hay dos actitudes contrarias ante el problema del trabajo humano. Para unos es el elemento vivificador del medio natural y la base de todo el sistema productivo; la técnica, las máquinas e instrumentos de trabajo, son simples auxiliares. El valor neto creado debe corresponder, como remuneración, al trabajador, que así podrá consumir más, dando mayores oportunidades de producir a la industria en conjunto.

Para otros, la mano de obra es una mercancía *sui generis*, pero

de todos modos sujeta a las leyes de la oferta y la demanda. Cuanto más barata se pague y más rinda, tanto mejor para la empresa industrial considerada como negocio, y hasta para su país, que puede exportar en condiciones de competir ventajosamente en los mercados exteriores; tal es el caso del Japón, que vive dentro de una economía de dos caras: una rural, de consumo, interior, y otra de producción industrial para la exportación, que explota metódicamente, entre otros, este valioso producto del campo: mano de obra dócil y casi regalada.

Creemos que México ya se ha pronunciado políticamente en un sentido que se acerca un poco al primer punto de vista, cosa que para los que sustentan el segundo, representa una rémora para la industrialización, máxime cuando nuestras instituciones económicas conservan profundamente una estructura modelada en el segundo punto de vista. Es decir, que en el fondo hay un conflicto que algún día hará crisis y que ésta, sin duda, será saludable. Sin embargo, aun en las condiciones actuales la industria ha prosperado y ha hecho buenas utilidades.

Si pudiéramos ponderar debidamente los salarios pagados en diversas actividades industriales, la eficiencia del trabajo y los demás factores que concurren en este problema complejo, encontraríamos que la mano de obra latinoamericana, mediana como es, en términos generales, en su estado actual de evolución —buena en algunos casos—, resulta todavía casi siempre más barata que la norteamericana; la de México, sin duda, más molesta de manejar. Pero de todos modos es probable que en tiempos normales esa baratura ya no constituya un aliciente de importancia decisiva para el establecimiento de las industrias, en la mayoría de los casos. Los hechos anteriores cobran gran importancia en países nuevos, en que por regla general éstas se implantan con mucha mano de obra y poco capital. Si la siembra prende y tiene éxito, conforme la nación ahorra o la afluencia de capitales extranjeros aumenta, la fórmula se va invirtiendo. Las máquinas desalojan obreros en muchos casos y, en épocas de crisis, en que los mercados para los productos se contraen, surge el fenómeno desquiciante de la desocupación en masa. Entonces el hijo pródigo del campo suele volver al calor del hogar a compartir el pan del campesino y sortear el mal tiempo; el campo reabsorbe población, operando como una especie de regulador, para volverla a perder.

Así, sin abandonar un terreno llanamente práctico, el problema

de la mano de obra tiene un punto de vista general que puede enunciarse como el de la ocupación conveniente (para no hablar de ideal u óptima) de la población de un país, con vista a un rendimiento económico y seguro, que eleve los niveles de vida y, como consecuencia, amplíe los mercados.

El imperativo de usar el más valioso de los elementos de la producción, el trabajo humano, con un sentido social, nos lleva a reconocer la necesidad, aun dentro del sistema económico en que vivimos, de un cierto grado de planeación, que establezca las mejores proporciones en que deban emplearse los recursos y los esfuerzos en las distintas actividades, que garantice la mayor estabilidad y que entregue como saldos, normalmente, ahorros, que a su vez se apliquen convenientemente.

Por lo que atañe a este último punto es concebible un programa de ahorro "forzado", siempre que se trate de una empresa de carácter francamente social.

Los bajos jornales como consecuencia de una política egoísta y parcial, constituyen un gravamen impuesto a un solo sector de la sociedad, a la que lesiona indirectamente, restando mercado a la propia industria que se trata de estimular; y en el terreno de la competencia internacional tienden a abatir los niveles de vida de los obreros de industrias semejantes, en otros países. El desiderátum, por el contrario, consiste en tratar de elevarlo en todos los pueblos de la tierra —cruzada penosa y quizá secular. La industria moderna, apoyada en la ciencia y en la máquina, puede ser un instrumento poderoso para esa obra de salvamento humano.

En el caso de México creemos que no se puede volver la espalda a la realidad social para facilitar nuestra industrialización; si ello representa una desventaja, debemos compensarla empleando los otros recursos del país cuidadosamente, con plan, recurriendo a la mejor técnica, mediante el esfuerzo y, si es necesario, el sacrificio conjunto de la nación. El trabajador mismo se educará para un rendimiento máximo normal, sobre todo si se le estimula con "salarios reales", suficientes para llevar una vida humana y con perspectivas abiertas (no pensamos, desde luego, en un nivel de vida norteamericano, pero debemos rechazar el japonés). Creemos que en esas condiciones el obrero mexicano es laborioso. Su habilidad manual es reconocida, aun cuando se le acusa de cierto descuido y falta de responsabilidad, que

piden acción educativa. Por otra parte, es general que los países nuevos carezcan de la mano de obra calificada para las industrias más técnicas. Esta deficiencia debe ser subsanada por una política de educación, comprensiva y sistemática, en cuyo desarrollo intervengan el Estado, los sindicatos y los empresarios. No puedo resistir a la tentación de agregar aquí informes muy halagadores que he tenido, relacionados con las posibilidades de adiestramiento y capacitación técnica de nuestros trabajadores. Una gran empresa industrial que trabaja en México, vinculada a una organización extranjera, de las mayores y más avanzadas en su ramo, mandó obreros nacionales a trabajar a las plantas de la matriz, donde dieron tan buenos resultados como los de su propio personal, y cuando se trató de establecer una planta filial en otro país latinoamericano, ésta se instaló y echó a andar con obreros mexicanos.

De cualquier modo, hay que reconocer que en la industrialización de México, como en la mayor parte de la América Latina, no puede contentarse en el futuro con la "ventaja" de una mano de obra especialmente barata —los aspectos monetarios que hoy la abaratan y el enrarecimiento de la de las naciones en guerra deben ser transitorios—, ni tampoco con la de poder realizar una selección severa del personal y en general con la elasticidad que da al sistema económico la falta de organización obrera y el hecho de que la mano de obra sea una simple mercancía más, que se toma o se deja al precio del mercado.

3. *Capitales y equipo*

Nos hemos perdido en el bosque de los problemas sociales. Pido prestada una disculpa al doctor Medina Echavarría, que aseguró, en su batalla con filósofos y economistas —episodio inevitable de un Seminario de la Guerra—, que el "sociólogo se encuentra en el purgatorio, en tanto que el filósofo habita el paraíso". Y salir del purgatorio es empresa larga y de contrición.

Como los temas se enlazan, ya hemos hablado de cómo se acumulan los capitales y quiénes los tienen. Hay, pues, que recurrir de ordinario a las naciones industriales, ya saturadas, ofreciéndoles tasas elevadas de interés, concesiones y "garantías". Parece haber en esto un círculo vicioso, a saber, que el concurso de capitales extranjeros ya trae invívito un elemento de costo de producción mayor, respecto de

las naciones de origen, que habría que compensar con mano de obra barata (tema que abandonamos para no volvernos a perder) y con recursos y condiciones naturales excepcionales. Es decir, por lo que hace a este último punto, y dejando pendiente para referencia posterior los aspectos de mercado y otros, que podremos industrializarnos en la medida en que realmente contemos con esos recursos (y aquí también volvemos atrás: exploración, inventario, etc.). Sin asegurar que la culpa no sea de ambas partes, las inversiones extranjeras han constituído tradicionalmente un elemento de fricción entre los países nuevos y los viejos y de amenaza política para aquéllos; traen aparejadas grandes ventajas técnicas y valiosas aportaciones de experiencia, pero pueden constituir un obstáculo para las reformas sociales; tienden a exigir tratamiento de excepción, negándose a veces a correr la suerte del país donde están fincadas. Las empresas de servicios públicos, por ejemplo, pugnan por tarifas que les compensen de la devaluación de la moneda, alegando que sus inversiones fueron hechas en libras o en dólares.

Queda otro camino, en general estrecho y fangoso y en muchos aspectos menos deseable que el anterior: "apretarse el cinturón". Países con renta general baja y mal distribuída no es mucho lo que puedan adelantar por esta senda si no emprenden la marcha con un programa que economice esfuerzos y evite quebrantos; si no hacen un examen serio de posibilidades, jerarquizándolas y destacando lo fundamental de lo superfluo, como se separa el aceite del agua; si no edifican sólidamente sobre buenos cimientos, con inteligencia, tesón y honradez; dando cara al futuro, con espíritu de sacrificio presente.

El problema de crédito está íntimamente ligado con el que tratamos. La industria necesita además del capital de operación que demanda toda empresa económica, capital fijo, para mejoras y equipo, que requiere crédito a largo plazo. Un tropiezo más. Esta forma de crédito es la menos desarrollada en los países nuevos, y con frecuencia debe ser objeto de medidas especiales de promoción. Supone la existencia de ahorros y de capitales de inversión —no de especulación— que se canalicen en forma segura y fecunda, mediante el funcionamiento efectivo de instituciones bien calculadas y limpiamente conducidas.

Queremos terminar esta nota con una observación que se refiere no sólo a los tiempos de guerra, en que los equipos disponibles para

los países que quieran crear industrias, si es que los hay, son los de desecho, sino al proceso normal de penetración industrial. Cuando las empresas de los países industrializados creen conveniente o se ven forzadas a dejar de mandar sus mercancías a las naciones que eran sus clientes y, en cambio, se deciden a levantar sus fábricas dentro de las mismas, envían a menudo sus equipos ya retirados del servicio por anticuados o por corresponder a técnicas menos eficientes, introduciendo también un elemento de mayor costo inicial en los productos del país que se industrializa. La escasez de capitales, de cualquier origen que sean, tiende de igual manera a manifestarse en esa forma indeseable y, adelantándonos al tema siguiente, lo restringido de los mercados también; así se arroja por la ventana una de las pocas ventajas de que teóricamente puede disfrutar el que llegó más tarde: la de escoger y emplear los equipos y máquinas más perfeccionados, dentro de los óptimos de eficiencia, en cada caso.

4. *La técnica*

Es el "sésamo ábrete" de los recursos naturales, pero no el del conjuro oriental, sino la maravillosa llave maestra de Occidente: es un arte científico —necesidad hecha ciencia—; esfuerzo heroico de adaptación del grupo a su medio, a la vez que de dominio y superación. Una técnica madura es una especie de gran recurso complementario que se incorpora al acervo de los naturales y de los humanos. Se nutre de las invenciones y de los descubrimientos, a veces hijos del acaso, en la actualidad frutos sazonados del trabajo científico de los laboratorios. Tiene mucho que ver con el genio, pero debe mucho al método, y recibe su estímulo vital de la necesidad. Ciertamente que sólo son unos pocos los países que han hecho la técnica moderna —los grandes países industriales. En unos casos, para llenar deficiencias relacionadas con el trabajo del hombre; en otros, para complementar a la naturaleza: técnicas mecánicas, técnicas ahorradoras de esfuerzo, técnicas químicas... Desentendiéndonos de una interpretación aristocrática cerrada, creemos que en condiciones propicias los países nuevos podrán ser también creadores, o tener su participación en actos de creación, ya que el desarrollo científico es un proceso acumulativo y universal, pero esta fe no resuelve de momento el problema de la industrialización en sus aspectos ligados con la técnica. Se supone que en principio ésta es patrimonio de la humanidad y que todas las na-

ciones pueden usarla. Sin embargo, en la práctica, con frecuencia rigen prescripciones legales, hay de por medio patentes y derechos que, traducidos en regalías y tributos, constituyen un factor de encarecimiento, desventaja inicial más —que hay que sumar a las otras— para los países que apenas se ponen en marcha por el camino de la industrialización. En ciertas ramas de la industria priva a veces un ambiente de gran reserva por lo que hace a los procedimientos empleados. Las grandes potencias industriales gastan sumas colosales —las empresas particulares, tanto como los gobiernos— en mejorar la técnica; la experiencia les ha mostrado que es la inversión que más reditúa a la larga, y cuentan con enormes reservas acumuladas que prodigan para el objeto; en las naciones que no han llenado sus necesidades elementales, esto parecería extravagancia. Por otra parte, la técnica trabaja mejor, es más fecunda, allí donde hay un clima propicio que abarque desde las universidades hasta los talleres y que los países nuevos deben formar. De hecho, las repúblicas mayores de nuestro continente ibero-americano han realizado progresos importantes, por lo menos en cuanto al aspecto de la enseñanza de las ciencias puras y aplicadas, algo en la investigación, pero bien poco, sin duda, en aquélla que afecta en forma más directa a las industrias. Las que disponen de recursos pecuniarios modestos y tienen poca tradición, pueden empezar haciendo labor de "verificación" científica en aquellos capítulos que les conciernen. Sin embargo, en algunos casos las naciones nuevas tendrán que enfrentarse con la necesidad de emprender investigaciones serias originales, por haberse planteado anteriormente los problemas desde otros ángulos o en función de intereses distintos, como sucede, a nuestro modo de ver, con el del verdadero papel industrial del petróleo, que hemos enunciado en otro lugar. Todos los países, en escala mayor o menor, y aun los más adelantados, adoptan y adaptan técnicas inventadas o perfeccionadas en otros. Las naciones creadoras lo hacen con gran facilidad. Pero hemos visto a alguna, que no está en ese caso, hacerlo con agilidad y precisión.

Por lo que se refiere a la falta de técnicos o expertos para manejar las industrias en un país joven, o se importan ya formados del extranjero, o se preparan. En el primer caso hay que asegurarse de que hagan escuela en el país que los ocupa o que se radiquen en él definitivamente. La inmigración natural aporta contingentes técnicos valiosos a los países que ofrecen atractivos especiales para ella, como

Estados Unidos. Gran número de industrias norteamericana se puede remontar a su origen europeo a través de inmigrantes; en esta investigación retrospectiva, con frecuencia nos encontramos con el segundón de las familias de industriales, realizando el trasplante de las industrias. Las naciones del Plata y del sur de Brasil, como antes lo indicamos, han podido atraer contingentes europeos de consideración. México y otros muchos países latinoamericanos no han tenido ese atractivo, debido en gran parte a sus condiciones económico-sociales. En esta cuestión opera una especie de Ley de Gresham. Un nivel de vida bajo ahuyenta la inmigración de trabajadores, especialmente de los más capacitados, que pudieran actuar como una "levadura" de mejoramiento técnico y social. En cambio, es campo propicio para "el buitre", el intermediario, el explotador.

En el segundo caso que hemos considerado, los técnicos deben formarse de acuerdo con un plan de conjunto, pero para fines específicos. Esta tarea es principalmente, y sobre todo para empezar, obra de Estado. Como han hecho otros países, hay que enviar jóvenes bien seleccionados, capaces y con sentido de responsabilidad social, de preferencia ya formados culturalmente, a perfeccionarse al extranjero en instituciones de enseñanza e investigación y en fábricas, con el propósito concreto de trabajar a su regreso en un lugar y actividad determinados.

En cada nación, los institutos politécnicos y otros centros semejantes de educación superior deben adaptarse a las condiciones y necesidades del medio y de la industria, dentro de programas amplios. Las escuelas técnicas de capacitación deben abandonar definitivamente su doble tradición de artesanado y orfanatorio, para vincularse a la fábrica y al movimiento obrero.

Para acabar por el principio, debe crearse ese clima general de que hablábamos, propicio al florecimiento de la técnica, de una técnica liberadora, instrumento de progreso social.

5. *Mercados*

Aun cuando varios de los factores que entran en el problema multiforme de la industrialización son condicionales y, por lo tanto, básicos, la existencia de un mercado amplio que absorba económicamente sus productos, representa un factor determinante del éxito de las empresas industriales. Desde luego, las naciones de nueva industriali-

zación podrán contar teóricamente con el mercado mundial; pero en la práctica tienen que sufrir una larga ordalía de pruebas que sólo resistirán por virtud de méritos auténticos, ante los intereses creados, las organizaciones monopolistas, las influencias anormales perturbadoras del comercio internacional y la capacidad y experiencia adquirida por sus predecesoras.

El apoyo en un mercado interior importante resulta valiosísimo para iniciar una industria y para su expansión ulterior. Sobre este particular, no olvidemos que la importancia del mercado depende del número de habitantes, del poder adquisitivo, de la estructuración en clases y ocupaciones y de la cultura de la población, y que estos datos determinan no sólo la cantidad de cada artículo que pueda absorber el mercado, sino la calidad. Los sectores más "exclusivos" de la sociedad —y hasta la clase media, inestable y aristocratizante, entre nosotros— pedirán generalmente mercancías "de calidad", importadas, muy diversas y en pequeñas cantidades. Su manufactura interiormente, en una primera etapa de industrialización, puede no ser costeable en muchos casos. Este es un capítulo que podrá dar vida al comercio internacional, así como el de los artículos de producción —máquinas y equipos—, que deberán ser de la mejor calidad y de los modelos más perfeccionados que económicamente puedan emplearse. Las industrias que se establezcan deben tratar de cubrir las necesidades más urgentes, del mayor número de la población, procurando que las plantas trabajen a la capacidad máxima, con costos mínimos. Para lograr esto hay que pensar con frecuencia, en vista de nuestro poco desarrollo actual, en captar todo el mercado de un artículo con la producción de una sola o pocas fábricas —condición propicia al monopolio, que el Estado debe vigilar cuidadosamente—; y en ocasiones habrá que ir más lejos y tratar de constituir un mercado de capacidad suficiente para la producción de una mercancía en condiciones ventajosas, dando los pasos pertinentes para la complementación efectiva de economías de distintos estados; y, finalmente, deberá hacerse siempre el mejor uso de los elementos materiales, técnicos y financieros de que pueda disponerse para obtener buena calidad de productos, adecuados a su uso y a costos razonables. Los costos bajos permitirán ofrecer las mercancías baratas, ampliar el consumo en consonancia con la elasticidad propia de cada una, producir a mayor capacidad, con mejor coeficiente de empleo del equipo y obteniendo otras economías, que se traducirán a su vez en precios aún

más bajos. Ni más ni menos, la rueda de la fortuna... En cambio, la producción cara, soportada con expedientes artificiosos, produce estancamiento económico y malestar social, y contribuye a crearle mala voluntad a la mercancía nacional, encontrándola siempre de inferior calidad.

Atendiendo solamente a los números, el problema de la industrialización de China y el de Paraguay, partiendo del mismo cero, ofrecen perpectivas infinitamente distintas. Para no salir de nuestro Continente, Brasil —con sus cuarenta millones—, no obstante su poca densidad de población y la mala distribución de la misma, tiene en este sentido una buena carta, junto con otras. Argentina, sin embargo, con sólo la tercera parte de los habitantes de aquel país, cuenta proporcionalmente con un mercado más vigososo. México, intermedio entre los dos, es más débil desde este punto de vista por la postración económica en que se ha debatido su población indígena. Los países del trópico de América, tomados en conjunto para el caso, viven en un "semi-primitivismo" poco propicio para la industrialización. Recuerdo el gracioso argumento de un funcionario de una gran empresa internacional, fabricante de cemento en uno de nuestros países, que en momentos de crisis de mercado para su producto (no muy lejanos, pero ya olvidados) exclamaba: "Nuestra tragedia consiste en tener que sufrir la competencia ilícita del adobe."

Hay que aclarar, además, que en la realidad no existe un solo mercado para cada "género" o gran categoría comercialmente reconocida de artículos manufacturados, sino que hay una diversidad de mercados, uno para cada "especie genética" o artículo que exija una técnica o proceso productivo especial. Cuando se habla del establecimiento de una planta de maquinaria agrícola, por ejemplo, se está englobando en una fórmula simple un problema que en los países ya maduros industrialmente significa la existencia de plantas de arados, de cultivadoras y máquinas menores, de segadoras y trilladoras, de tractores, etc., y éstas, a su vez, en cierta medida son plantas de montaje, que utilizan gran cantidad de productos elaborados o semielaborados de otras industrias. La existencia de mercado proporcionado a la capacidad óptima de producción de cada una de estas ramas es lo que interesa fundamentalmente, desde el punto de vista económico, para el establecimiento de las mismas. El pecado de empresas que

no reúnen esta condición se paga con costos mayores, que varían, desde luego, en cada caso, según la índole de la industria.

Probablemente la deficiencia de los mercados interiores así concebidos constituya la rémora mayor para la implantación de nuevas industrias en los países de América Latina. Todo lo que se haga por fortificar dichos mercados mejora las condiciones de industrialización. Desde este punto de vista la política agraria mexicana tiene una justificación plena.

Pero al juzgar de este problema de la limitación de los mercados nacionales hay que usar de cierta "fantasía planificadora", con apoyo en principios que a grandes rasgos se presentan en el capítulo siguiente. México, ocupando lugar muy destacado como productor de cobre en el mundo, no obstante dos o tres intentos infructuosos, no cuenta con una planta de refinación electrolítica. El metal se lleva en forma de *blister* a refinar al estado de Washington, a Arizona o a Nueva Jersey, donde las grandes organizaciones norteamericanas, matrices de las principales empresas mexicanas, cuentan con importantes plantas. El cobre que nuestro país consume se reimporta, sin pagar derechos. Parece que la capacidad óptima de una planta de refinación electrolítica es como el doble del consumo nacional; el argumento económico es, pues, sano. Pero ¿se ha pensado en el desarrollo de industrias derivadas, de troquelado, laminado y vaciado de artículos de cobre, latón, bronce, etc., y otras muchas que no son ni muy técnicas ni muy costosas de establecer? ¿Se ha considerado la posibilidad de un programa de gran envergadura para el desarrollo de la industria eléctrica, que es la que ha puesto al cobre en primera fila, entre los metales útiles? Es muy interesante anotar que este problema ha vuelto a tener actualidad por la necesidad de producir sulfato de cobre para preparar caldos fungicidas muy eficaces en la lucha contra ciertas plagas de los platanares, que no hace mucho fueron totalmente arruinados en casi todo el país. Chile, por otras razones, refina gran parte del cobre que produce.

6. *Existencia de industrias auxiliares*

Recogemos este tema de uno de los párrafos anteriores. Quizá sería más propio hablar de la existencia previa de un "complejo industrial", en su conjunto.

La industrialización es también un fenómeno acumulativo: "A los grandes mares se van los ríos"... Unas industrias se apoyan en

otras, y en las actividades económicas generales de un país, como parte de un gran organismo vivo y en desarrollo, obedeciendo a un proceso de integración horizontal y vertical. En ocasiones la existencia de ciertas industrias es condicional para el advenimiento de otras. Esto se debe a razones de dependencia técnica —orgánica y de servicio— y a razones económicas —principalmente de mercado—, pues los productos de unas industrias suelen constituir materias primas de segundo grado para otras. El caso más elemental que podríamos citar en relación con la dependencia técnica es el de la necesaria existencia de talleres mecánicos suficientemente evolucionados para hacer refacciones de emergencia y realizar las reparaciones ordinarias de la maquinaria o equipo industrial. El segundo aspecto explica el desarrollo de una industria moderna de explosivos en países mineros como México y Chile, en este último caso probablemente para distribución a toda la región andina.

Las series y ramificaciones que pueden trazarse como resultado del fenómeno que consideramos son interminables. Hay relaciones administrativas, económicas y técnicas; asociaciones, atracciones, "aglutinaciones", dependencias unilaterales o mutuas, a veces claras y lógicas, a veces en apariencia paradójicas, como el carbón y los encajes. Hay hasta lo que nos ocurre llamar afinidades de "añoranza". Así, vemos que la artisela, que nada tiene que ver con la morera ni con los gusanos, sustituye a la seda en países que antes se dedicaban a su producción.

Frente a estas sutilezas resulta casi un grueso lugar común recalcar el papel fundamental que tienen las *industrias de la energía*, y algunos servicios, en la edificación de una estructura industrial.

7. *Transportes*

Siendo los países más importantes de América Latina de enorme extensión y de población relativamente corta, tienen, desde el punto de vista económico, que luchar con el espacio vacío. Empresa ésta que nos recuerda la epopeya del Oeste de Estados Unidos.

Falta de población, falta de actividades económicas, falta de capital, falta de vías de comunicación. Necesidad de éstas para fomentar las actividades económicas y favorecer el aumento de la población, y tenemos el círculo cerrado. México, que cuenta con un sistema de ferrocarriles, y en proceso de construcción, uno de carreteras, todavía

bastante deficientes, es uno de los países mejor librados y, sin embargo, existen aún muchas riquezas que son "confites en los infiernos". ¡Qué diremos de Brasil en que la acción colonizadora apenas si pasa de la costa!

En muchos casos hay que pensar en abrir vías de penetración que no resulten por mucho tiempo gravosas, que articulen racionalmente y vivifiquen las riquezas potenciales, y sirvan para fijar población y crear densidad económica. En otros casos hay que perfeccionar y completar las redes actuales con ramales de alimentación. Pensando en un plan de industrialización hay que quitarle a todo el sistema de comunicaciones el sentido colonial que tenía la recua —y aún conservan nuestros ferrocarriles— que sacaba el mineral y otros productos de exportación a la madre patria y traía los artículos manufacturados que ella nos mandaba. Con frecuencia la intención se acusa en el trazo de las redes mismas, pero, cosa sorprendente, a veces ha perdurado, como en el caso de México, en la estructura de las tarifas.

La industrialización requiere servicios de transporte eficientes, económicos, oportunos, a menudo especializados para las diversas industrias. El transporte rápido y el carro refrigerado han determinado el desarrollo fabuloso de las empacadoras y otras industrias de artículos perecederos en Estados Unidos; el sistema peculiarísimo de transportes del mineral de hierro en los Grandes Lagos constituye uno de los grandes pilares de la industria siderúrgica de aquel gran país, para no citar más ejemplos, que son inagotables.

Prescindiendo del enorme ensanchamiento o joroba de América del Sur —inmensidad selvática y desierta en su mayor parte— que espera la obra de penetración que acabamos de apuntar, América Latina nos impresiona por su forma tan alargada y su gran desarrollo de costas, que invita al comercio internacional. Este, naturalmente, ha tomado las rutas más traficadas, lo que se ha traducido en falta de comunicaciones entre los distintos estados y regiones que podrían complementar sus recursos. El único país que en pequeña escala ha sacado partido de esta circunstancia, forzado por otros factores geográficos (la cercanía de la barrera montañosa continental), ha sido Chile, la nación más marítima de nuestra América. Argentina y los otros estados ribereños del Plata apenas empiezan a valorizar esta gran arteria fluvial. En México urge fomentar el espíritu de mar y crear una marina mercante —cuando menos para el servicio de cabotaje en

sus extensas costas— y alentar las industrias relacionadas con estas actividades.

8. *Localización ventajosa*

Esta puede serlo por lo que hace a distribución de productos acabados, y por lo que hace a la procuración de materias primas. Está íntimamente relacionada con la mayor parte de los temas ya tratados, especialmente con el de transportes.

Buenos Aires, a la entrada del Plata, en el panorama de un gran desarrollo no muy lejano de aquellas regiones, puede tener una posición estratégica de mucha importancia continental. Más aún el Brasil, en el centro del continente sudamericano, con su valiosa potencialidad industrial.

Lástima grande es que Cuba, la isla clave del Golfo y del Mediterráneo de América, carezca de combustible y energía.

La región mexicana del itsmo de Tehuantepec —¿por qué no soñar un poco?— puede tener una importancia mundial.

¿Qué significa la gran industrialización de Bélgica sin grandes recursos naturales? El Rin. La entrada al corazón de Europa y la salida hacia el mar del Norte, embudo del Atlántico.

Por lo que hace a los países nuevos, estas situaciones no son tan claras, pues las ventajas en gran medida surgen de la misma cosa que se está plasmando.

México, en general, tiene las ventajas y los inconvenientes de encontrarse a las puertas de la potencia industrial mayor de todos los tiempos.

9. *Experiencia y vocación industrial, espíritu de empresa, capacidad de organización y de manejo*

¿Quiénes han de tener estos atributos o aptitudes sino aquéllos que ya han actuado dentro de las actividades industriales? Afortunadamente, no creemos que se trate de gracias negadas a las naciones nuevas, pero de todos modos requieren tiempo para adquirirse y se adquieren en el ejercicio mismo de las funciones. Sólo en el agua se aprende a nadar. Las empresas extranjeras, desde luego, contarán con esta ventaja frente a las nacionales, al realizarse la industrialización de nuestros países.

Con frecuencia se ha hablado de nuestra repugnancia por el trabajo manual, de que tenemos poca vocación para las carreras comerciales e industriales y de nuestra decidida preferencia por las liberales, por las "profesiones tituladas", que dan prestigio. Aceptamos el "cargo", pero matizándolo en el sentido de que debe ir dirigido principalmente a cierta clase social, de que corresponde a un panorama de condiciones económicas y a un proceso histórico en evolución y que varía mucho de lugar a lugar. Así, hay naciones o regiones de poetas —no necesito citar nombres—, las hay heroicas y valientes —todas quieren serlo —y las hay prácticas y adquisitivas. América Latina, desde el punto de vista que examinamos, y no obstante la existencia de cierto común denominador o raigambre que viene muy de atrás, no deja de ser un mosaico, y un mosaico cambia con cierta rapidez, a veces casi como un kaleidoscopio. Para hablar de México, y dentro de los límites de nuestro recuerdo, considérese la diferencia que hay entre el letrado de Oaxaca, que caracteriza a la época anterior, y el general y el hombre de negocios de la revolución; entre el adolescente imbuído en preocupaciones filosóficas y el muchacho a quien aún no apunta el bigote y ya maneja con soltura y conoce a fondo las entrañas de todas las marcas de automóviles.

El tiempo, a plazos no muy largos, irá forjando, en un proceso continuo, ese nuevo tipo humano que pide la industria, el *homo faber;* ella misma ayudará a formarlo.

10. *Promoción industrial: Política fiscal, de crédito y monetaria. Otras medidas y franquicias de fomento*

El arancel de aduanas, obra la más artificial de los hombres, se ha considerado como un recurso de industrialización, usando la palabra en otro sentido. (Cabe recordar que alguien ha listado a la escuadra inglesa como uno de los recursos más importantes del Imperio británico.) Teniendo presente que el fenómeno ocurre necesariamente dentro de ciertos límites, que establecen otros factores, puede afirmarse que ha habido naciones que han favorecido su industrialización con una política proteccionista de tarifas arancelarias, o por medio de subsidios, primas u otros estímulos de producción. Las ventajas e inconvenientes del proteccionismo se han discutido hasta el agotamiento; no insistiremos mayormente. Las circunstancias en que se aplique, en gran medida son las que le dan el signo. Pueden protegerse aquellas

empresas que por sus méritos básicos y sus posibilidades merecen protección, y nunca indefinidamente, a no ser que se consideren como un servicio público, caso en el cual es de esperar que haya elementos compensatorios o de utilidad social, o que pueda haberlos con el tiempo. Para no equivocarse acerca de la índole de la medida, hay que decir que ésta equivale a una capitalización forzada muy indirecta: el consumidor que paga un mayor precio por el artículo nacional y el contribuyente que llena con otros impuestos las lagunas presupuestales, pagan su tributo a la industrialización. Hay que tener presente que la protección sólo da oportunidad de "crear carne", adquirir experiencia, mejorar la técnica, rehacer combinaciones, corregir deficiencias, desarrollar mercados, pero que no tiene fuerza contra las realidades económicas fundamentales que, si son adversas dentro de un régimen proteccionista, pueden traducirse en una renta nacional menor o en un nivel general de vida más bajo. En último análisis, que al productor de un artículo protegido en condiciones desfavorables de producción, aun dentro de una economía de consumo, le costaría más trabajo producirlo que al de otros países que para el propósito estuvieran en condiciones más ventajosas. Sin embargo, hay que tener presente cierto elemento de estabilidad, valioso en casos de guerra y contra las incidencias de los ciclos de negocios, que representa la producción interior; pero en todo caso hay que pensar que se está pagando una "prima de seguro", cuyo monto no siempre es fácil de calcular; la forma indirecta del expediente hace que con frecuencia pase inadvertido y que se establezca permanentemente, por fuerza del hábito, sin que se cumpla con los términos tácitos del contrato que la sociedad ha hecho con los industriales; sin realizar nunca balance de beneficios y con una tendencia general a propagarse indiscriminadamente a otros sectores. Desde este punto de vista, los subsidios, bonificaciones y primas acordadas específica y directamente, dentro de normas generales, son más racionales y efectivos. Hay otros aspectos impositivos que influyen en forma semejante que los arancelarios en la industrialización. El desnivel en la magnitud de contribuciones puede provocar afluencia de capitales o migraciones de unas naciones a otras o de unas localidades a otras dentro de una misma nación. Las indicaciones y contra-indicaciones del tratamiento a seguir, las dosis, el régimen, la duración del mismo, son de la competencia, en este caso, del economista, y su aplicación, del estadista esclarecido.

Un caso muy interesante, en que se combina el expediente fiscal con el de crédito, es el del Banco del Avío creado por don Lucas Alamán en 1831, en México, para fomentar las industrias textiles con el producto de los derechos de aduana de las telas que se importaban.

El crédito es el elemento vivificador, el oxígeno de las empresas económicas. En el estado actual de la economía, la financiación familiar, que ha tenido cierta importancia en la historia del desarrollo de algunos países, ya no satisface las necesidades de la industria; las reservas acumuladas por esta misma ofrecen, desde luego, escasas posibilidades para un país que precisamente trata de industrializarse. A la empresa de familia ha sustituído la sociedad anónima, que permite una capitalización amplia e impersonal.

La implantación de industrias requiere crédito a plazo largo y a tasas bajas, que no graven excesivamente la producción en el período de arraigo y de desenvolvimiento de mercados; el funcionamiento normal de ellas descansa en crédito a plazo corto; algunas fases se cubren con crédito a plazo medio.

A falta de otras instituciones más adecuadas, el crédito a plazo corto, que por esta característica se parece al comercial, ha sido suministrado por los bancos ordinarios, aun cuando, a nuestro juicio, el crédito industrial debe ajustarse a los procesos y modalidades particulares de las industrias. Cabe recordar aquí la hazaña de los bancos comerciales alemanes que, sin estar estructurados para ello, amamantaron la industria creciente de aquella nación, llenando todas sus necesidades.

Fuera de este caso excepcional y de ciertas "proyecciones" directas o indirectas fuera de los campos propios, que con frecuencia han causado dolores de cabeza en otros países, el crédito industrial se ha alimentado en el mercado de valores —Estados Unidos, Inglaterra— o se ha administrado por instituciones especializadas, o recurriendo al concurso de ambas soluciones. Tal es el caso de las Sociedades Financieras tan en boga entre nosotros, que crean, organizan o ayudan a empresas industriales, para lo cual emiten sus propios valores o flotan emisiones de otras entidades. Hay cierto peligro en la enorme latitud de posibilidades y facultades de estas instituciones —que, sin embargo, resultan insuficientes en algunos aspectos—, y en su vinculación práctica con otras, a las que la ley veda muchas actividades que ellas sí pueden realizar. Por otro lado, su pluralidad, que, guardando propor-

ciones, recuerda la de los pequeños bancos comerciales de los Estados Unidos y quizá más la de los tendajones mixtos de nuestro México, hace difícil la realización metódica de la política integral y de gran aliento que exige una empresa tan amplia y compleja como la industrialización de un país. Con objeto de corregir esta deficiencia y de introducir algunos lineamientos de política nacional se ha creado un Fondo de Fomento Industrial, administrado por nuestro banco central, para activar el mercado de valores y para estimular a las instituciones de crédito a promover empresas industriales, llegando sus facultades hasta poder garantizar valores que estime de interés especial. La República Argentina recientemente ha creado un organismo semejante. En el caso nuestro, la falla fundamental de la institución consiste en que su capacidad planificadora se pierde, dejando totalmente el resultado de la gestión a la iniciativa privada. El Estado elude responsabilidades que resultan más imperiosas en un país que "llega tarde", abrumado de problemas y con recursos modestos, que no permiten despilfarro (ya oigo el argumento de regreso...), donde la acción debe ser coordinada, calculada y precisa; libre de malabarismos financieros, de especulaciones parásitas y de tanteos costosos; donde con frecuencia habrá que concentrar la producción, para cubrir, en condiciones económicas, las necesidades de mercados todavía muy mezquinos, creando así semi-monopolios, que nunca deben estar en manos de particulares, sin intervención de la sociedad.

Sin caer en dogmatismos injustificados, creemos que las condiciones de países como los nuestros piden la gestión de grandes instituciones especializadas que fueran capaces de formular y desarrollar planes amplios y coherentes de industrialización; que pudieran atenderlos en sus aspectos financieros desde luego, impartiendo el crédito en sus distintas categorías, pero en los técnicos y humanos también; que perciban claramente dónde hay la utilidad inmediata, pero que no dejen de ver los beneficios sociales a plazo corto o largo; que puedan seguir en todas sus incidencias un desarrollo industrial articulado, ganando la valiosa experiencia que facilitará empresas futuras; que cuenten con los medios y facultades adecuados a su misión. Esta debe llenarse con un gran sentido de responsabilidad nacional. Las industrias básicas y las empresas de servicio público deben ser objeto especial de preocupación de esos organismos.

La devaluación de la moneda, dificultando las importaciones, dentro de la acción correctiva clásica, así como el control de cambios y otras medidas restrictivas, estimulan la industrialización, tanto como las medidas deliberadas de fomento. Por otra parte, la devaluación estimula las exportaciones de los artículos que ya produce el país, entre otras razones porque su costo es más bajo, apreciado en monedas extranjeras. El Estado, en algunas ocasiones, ha creado entonces derechos de exportación para absorber parte de la utilidad extraordinaria y se ha sugerido además la conveniencia de aplicar esos recursos al desarrrollo industrial para diversificar el cuadro de la producción nacional.

Casi todos los países nuevos han promulgado leyes estableciendo franquicias, estímulos y facilidades diversas para atraer capitales extranjeros y canalizar los nacionales hacia las industrias; el concepto que generalmente las informa de "novedad" y "necesidad" debe ampliarse francamente a uno de planificación, que incluya el mejor aprovechamiento de los recursos del país y de "organicidad" de la industria nueva con las ya existentes y con los recursos y condiciones del medio.

No creemos necesario repetir lo dicho sobre exploración de recursos, empleo de técnicas avanzadas, capacitación de los trabajadores, educación y fomento del mercado, tarifas y medios de transporte y muchos otros aspectos relacionados con la promoción industrial; sí creemos justificado subrayar la necesidad de leyes, programas y acción congruentes.

También insistimos en un tema al que ya hemos hecho referencia.

Ante las barreras aduanales y otras restricciones al comercio internacional, y con el incentivo de producir más barato con monedas depreciadas y de atender mejor mercados que antes servían desde lejos exportando sus productos, muchas empresas industriales extranjeras se deciden a exportar sus fábricas, o parte de ellas, para trabajar dentro del recinto protegido. Este fenómeno migratorio de industrias, que ya tiene una gran importancia en América Latina, debe ser objeto de un estudio a fondo para informar una política cuerda y bien orientada.

II. *Comentario sintético*

Si al pasar en reseña los distintos factores en juego no les fuéramos aplicando un cierto coeficiente de valor relativo, y si no tuviéramos presente tanto el cuadro actual como el proceso histórico de la industrialización del mundo, quizá nos veríamos forzados a pronunciarnos por la negativa en cuanto a las posibilidades de América Latina. En realidad, con retraso y todo, hace ya tiempo que se inició la industrialización en ella y creemos que puede continuar con paso seguro si el fenómeno se encauza, se armoniza y se proporciona a las bases físicas, económicas y sociales, en cada caso. No es una empresa fácil: requiere estudio, ponderación, coordinación, continuidad de esfuerzo, honradez de propósitos y una gran visión del futuro. La lucha para vencer la inercia interna y para reducir a términos los intereses creados, adentro y afuera, requiere gran tenacidad y aliento.

La edificación debe asentarse en bases naturales amplias, o en ventajas económicas indiscutibles, y consolidarse poniendo en juego, si es necesario, recursos y medios fiscales y estímulos de toda índole. Pero debe estar bien calculada. La justificación económico-social de las medidas que se tomen es que contribuyan las nuevas industrias directa o indirectamente a aumentar la renta nacional y a distribuirla más equitativamente, así como a dar mayor estabilidad a la economía del país, ofreciendo oportunidad de ocupación remuneradora a la población.

No todos los países, como ya hemos indicado, pueden tener iguales aspiraciones.

Unos, pocos (Brasil, México), parecen contar con elementos para desarrollar (no queremos decir mañana) estructuras industriales más o menos completas y articuladas, incluyendo las industrias pesadas.

Otros países, especialmente los que cuentan con un mercado suficientemente vigoroso (Argentina), tienen campo abierto para el desarrollo de un sistema industrial menos completo, que no quiere decir menos importante cuantitativamente. De preferencia fomentando aquellas industrias orientadas hacia el mercado, como las textiles, y otras ligeras, o que por su naturaleza económica tienden a ser locales, como la del cemento y, finalmente, aquellas que, aunque dependiendo de materias primas extranjeras (como el hule), en las condiciones actuales no existe una ventaja decisiva para que se practique en Akron y

no en Buenos Aires, si se destinan al abastecimiento de los mercados sudamericanos.

Otros países sin materias primas básicas para la industria, con mercados de exportación controlados por intereses extraños, apenas si podrán pensar en mejorar técnicamente su agricultura o su minería y en el establecimiento de industrias de transformación de primera mano, si no se trata de productos como el plátano, que no la requieren. Estos países tendrían que dedicarse, según conclusión a que llegamos en una discusión de café con un profesor de Estados Unidos, a ser las "Atenas de América", si para entonces, como lo esperamos, no se ha incluído ya en la Carta del Atlántico —y en la del Pacífico también— la Declaración de los Derechos de las Naciones Productoras de Sustancias Alimenticias y Materias Primas.

Para que esta nota final tenga realmente un valor sintético, habría que entresacar de la exposición anterior ciertos problemas fundamentales, para presentarlos como capítulo de acción, sin que constituyan, ni con mucho, un programa completo; por ejemplo:

a) Instituir la exploración sistemática de nuestros recursos naturales, especialmente en busca de carbón coquizable convenientemente localizado.

b) Estudiar los problemas de rehabilitación económica de nuestra población, con miras a fortificar los mercados interiores, a favorecer la inmigración y a facilitar la capacitación técnica.

c) Conducir investigaciones técnico-económicas para precisar el verdadero papel industrializante del petróleo y la electricidad, especialmente en relación con las industrias básicas.

d) Formular planes preliminares de industrialización de cada país, de acuerdo con los factores geográficos, históricos, económicos y técnicos, para irlos perfeccionando sistemáticamente por aproximaciones sucesivas, conforme se vaya contando con mejores datos y elementos de juicio.

e) Discurrir medios de canalizar convenientemente las inversiones extranjeras y las industrias inmigrantes, armonizándolas con las economías nacionales.

f) Diseñar y crear instituciones nacionales e internacionales, debidamente calculadas, para promover la industrialización con criterio amplio, dinámico y humano; y

g) Considerar una política internacional tendiente a crear unida-

des de cooperación económica, desde el punto de vista industrial, y a corregir un tanto la pulverización política en que se debaten las naciones del continente ibero-americano.

Sin asignarle una letra especial, creemos que a estas horas debería haber brigadas numerosas de estudiantes latinoamericanos en el extranjero, al servicio ya de un programa de industrialización.

LA OCUPACION PLENA Y LA DEMOCRACIA

por

MANUEL SANCHEZ SARTO

En la guerra total desencadenada por las potencias del Eje, los países aliados han movilizado un ejército también total: lo integran gobernantes y jefes militares, hombres y mujeres arrancados de las actividades productivas, y aquellos otros seres —menos felices— que en la paz nutrían las tristes filas de los desocupados. Hombres selectos y gentes innominadas forman, sin distinción de clase, en las masas defensoras de la libertad, y vierten por ella su sangre, sin que importe mucho si en la anteguerra recibieron o no un salario suficiente y una mínima consideración social.

Desde el año 1939, en un solo país, los Estados Unidos, se ha registrado en las nóminas de remuneraciones de trabajo un aumento de 60,000 millones de dólares: de esta cifra, más de un tercio, o sea 21,200 millones, han sido absorbidos por la nueva mano de obra que se incorporó a la lucha en el frente doméstico de la producción. Fué, pues, técnicamente posible valorar para la guerra todas esas mentes y brazos humanos que habían permanecido estériles en la época de paz.

Así, los desocupados de ayer, hoy activos en las trincheras de Europa y en las fábricas de América, forman el "ejército marginal de la victoria". Incorporados ahora con todo derecho —como en la pasada guerra— a la tarea de preparar el triunfo de las llamadas democracias, no es posible que quienes tracen los perfiles del mundo futuro, devuelvan, sin más, estas fuerzas creadoras, cuando la guerra acabe, a la zona de penumbra miserable en que antes se hallaban: a ese campo de concentración indigna donde se fraguan, sin remedio, las guerras del porvenir.

Para discurrir con claridad acerca del tema de esta exposición, conviene que nos pongamos de acuerdo sobre los dos conceptos básicos contenidos en su epígrafe: *ocupación plena* y *democracia*. La *ocupación plena*, según un criterio estricto, significa, en sustancia, que ningún núcleo numéricamente importante de trabajadores quedará apartado, si no es durante un tiempo breve, de las areas de una producción útil

para la colectividad. Conforme a un criterio más amplio, y para que mi tesis posterior logre una mayor consistencia, "ocupación total" significa la valoración, virtualmente exhaustiva, de todos los factores de la producción, en forma útil para la comunidad social.

Para los fines de nuestra exposición, *democracia* significa un régimen político que, proyectado sobre el campo de la Economía, considera a las factores productivos dotados de vigor bastante para asegurar, en régimen de libertad y por el simple ejercicio de su automatismo, la satisfacción de todas las necesidades materiales y la solución de todos los problemas económicos.

No necesitamos por ahora más ingredientes para formular, ya, la tesis central de este breve trabajo: la ocupación plena de hombres, capitales y tierras es irrealizable, a la larga, con los instrumentos políticos y económicos disponibles en el régimen de la democracia actual.

Podría aducir, en apoyo de mi afirmación, copiosas informaciones numéricas, pero con ello agotaría mi escaso tiempo y la paciencia de mis oyentes. Prefiero remitirme a vuestra memoria, que seguramente vivirá en estos momentos las épocas de reciente desocupación, que el mundo ha vivido desde la anterior postguerra, y el enorme e inútil costo de los subsidios a los desocupados.

Pero no es, sólo, esta prueba de hecho la que pone de relieve, sin lugar a duda, la ineptitud de las democracias actuales para resolver ese gigantesco problema de la desocupación. También la teoría económica ha llegado a una conclusión semejante, y no en sus expositores heréticos, sino en los continuadores más respetuosos de la tradición clásica. En forma elemental y sumaria, el razonamiento teórico se desarrolla del siguiente modo: supuesto un nivel dado de ocupación, el incremento de cada unidad nueva de mano de obra —dejemos, por ahora, de lado, los otros factores económicos— produce un caudal de riqueza que se distribuye por dos canales distintos: *consumo y ahorro*. Prescindamos, también, en este momento —y ya es renunciación la que nos imponemos— de averiguar en qué cuantía y con qué justicia se reparte esa masa de riqueza entre sus presuntos creadores. Lo que importa es que una parte muy considerable de esa producción "se consume" en pagar los emolumentos de los trabajadores o "se invierte" necesariamente en crear los medios técnicos, maquinaria y equipo, que la

producción creciente exige como condición de subsistencia para ella misma y para quienes la desempeñan.

Entre esos dos elementos —consumo e inversión— sumados, y el valor total del producto, se extiende una zona de alarma ocupada por el ahorro que no se traduce en "términos reales", que permanece inactivo siquiera sea temporalmente. Y ya estamos en el punto crítico del problema. En un régimen de democracia, como el presente, donde impera el automatismo económico, ningún capitalista elegirá a sabiendas un tipo de producción que simplemente cubra las exigencias del consumo y de la inversión necesaria. Sólo se decidirá a ocupar un nuevo trabajador, hasta entonces desocupado, cuando tenga una suficiente certeza de que ese obrero, además de procurarle los dos elementos de riqueza inmediatamente consumible, pondrá también en sus manos un elemento de ahorro que el capitalista —en régimen de libertad— podrá gastar si quiere, o reservarlo para una inversión futura, o atesorarlo, pura y simplemente, con el deliberado y avaro propósito de sustraerlo para siempre a la función creadora.

He señalado sólo un caso individual: pero sumar, ahora, todas las economías singulares de un país, y las del mundo entero, y advertiréis muy pronto que en esa masa colosal de riqueza, arrancada, siquiera temporalmente, a la vida de la producción, se oculta toda la tragedia del paro forzoso de la clase obrera. Para mantener o alcanzar la ocupación plena, todos los ahorros que se hacen, deben, pues, ser invertidos sin demora en cualquiera de las dos formas.

Lo más grave del caso es que esas poderosas reservas, siempre reacias a abrir el segundo frente en la lucha contra la desocupación, sólo obedecen a un jefe que, en régimen de democracia, tiene una autoridad tiránica, indiscutible e inapelable: el capitalista. Por su voluntad, no dará ocupación nueva a un solo obrero, mientras el trabajo de éste no le procure un incremento de riqueza en esa zona de beata posesión donde impera como dueño absoluto. El obrero desocupado no perturba la serenidad del empresario; olvida éste que luchó con aquél, hombro a hombro, en la guerra pasada, e ignora su esfuerzo en la presente. La conciencia del empresario no vibra con esas cuestiones: es como la del economista científico que —según un destacado profesor norteamericano— "en una sociedad capitalista debe negar su adhesión a cualquier sector de la sociedad: el obrero, el empresario u otro cualquiera".

Pero esa visión fría, ese irritante desapasionamiento por un pro-

blema que se centra en nuestro siglo, podrá ser concebible en la mente del empresario "puro", o del economista aséptico, pero no lo es en la conciencia del Estado que está naciendo de la guerra presente, ni en el ánimo de las gentes que están incubando el sueño de una nueva y generosa humanidad. Y, en efecto, aun en los países de opinión más retardataria, como los Estados Unidos, se está generalizando la idea de que la ocupación plena, posible en época de guerra, debe serlo aún con mayor razón en una era de paz. A pesar de todas las censuras a que con justicia se ha hecho acreedor, debemos al *New Deal* y a sus tenaces economistas, una porción de *slogans* que están irritando a diario la paciencia de los viejos liberales: "pensamiento nacional", "seguridad social", "planeamiento colectivo", "ahorro público", "economía en sazón" y, junto a esas demandas ciertamente revolucionarias, otra que lo es más: "la ocupación plena".

Para esos economistas, reñidos con la ortodoxia clásica del liberalismo, la solución del problema de los desocupados no puede hallarse si no es lanzando a la corriente circulatoria de la Economía esas reservas inertes que, hasta aquí, se hallan inmovilizadas por la libre decisión del empresario, y que en el próximo futuro serán manipuladas, si no queda otro recurso, por un Estado cada vez más intervencionista.

Los gobiernos aliados que al terminar esta guerra recibirán en triunfo a un ejército compuesto de antiguos obreros y antiguos desocupados; que contemplarán, tras de sí, otro ejército civil, integrado por elementos análogos, no podrán levantarse de la mesa de la paz sin tener resuelto este problema, siquiera en sus líneas sustanciales, ya que en cualquier sistema precisa contar con un "mínimo prudencial de desocupados" por razones tecnológicas o estacionales.

De momento, poco importa que la solución sea costosa y que represente un penoso sacrificio económico a quienes pudieron evitarse ese trance. Lo esencial es que la solución venga, aunque, por ahora, no sea rentable. Es, ese, el sino de todos los inventos gloriosos: si hoy no se obtuviera la penicilina, aun en forma antieconómica, mañana no contaríamos con un maravilloso medicamento que, de seguro, llegará a producirse en gran escala con unos costos insignificantes. El precio actual de la solución al problema de los desocupados es la pérdida de la libertad económica de quienes, con riesgo de la salud pública, lo han provocado y poseen los medios para resolverlo: el beneficio futuro

de esa ineludible intervención quirúrgica se cifra, nada menos, que en liberar a la humanidad de uno de sus peores enemigos la necesidad, el temor a la miseria, que ha sido objeto de una especial recomendación en el punto V de la Carta del Atlántico, donde se ofrece, "*a todos*, un nivel más alto en la remuneración del trabajo, un progreso económico y una seguridad social".

De poco serviría esta simple afirmación programática —como sirvió de nada la libertad del trabajador, en la Declaración de los Derechos del Hombre, mientras la sindicación no ofreció a las fuerzas obreras la posibilidad de aparecer como un partenario respetable y respetado en la contratación con los empresarios. Ninguna utilidad tendrá ese "papel mojado", para el futuro, mientras en el presente una de las Naciones aliadas —Inglaterra— imponga en Kenya y en Nigeria el trabajo forzado, con unos sueldos mínimos de 8 a 10 chelines *al mes*, "a una población indígena que en realidad no tiene representación ni autoridad para hacerse oír" en estas cuestiones. Inútil será todo esfuerzo si en los Estados Unidos comienzan ya a lanzar a la desocupación miles de obreros, eliminados por la suspensión de ciertas contratas de guerra, y se prevé —por el Negociado de Estadística en la Conferencia de Atlantic City— que la desocupación afectará a 8 ó 9 millones de personas en cuanto se suspendan las hostilidades, sin prevenirse, desde ahora, los medios de hacer frente a esa reiterada catástrofe. Añádase a todo ello el incremento de la productividad por hombre-hora, que acaso permitirá un aumento de producción del 50 % sobre la presente, sin elevar la cifra de obreros ocupados, y se tendrá una idea de las inmensas implicaciones de este problema, que no puede quedar velado por la cortina de humo de un pretendido período de prosperidad, anunciado, por algunos, para la próxima postguerra.

Nada menos que Lord Keynes propone como uno de los medios para estimular a los capitalistas a la movilización de sus reservas estériles, la implantación sobre ellas de fuertes impuestos, de tipo casi confiscatorio, que arranquen a los remisos estas posibilidades de operación, y las pongan en manos de los gobiernos, para que éstos las apliquen a obras públicas, en la medida de lo necesario, y a suplir la actividad empresaria de los particulares, cuando ésta falle. Y a recursos como éste se refiere Schumpeter cuando, en un reciente y luminoso

estudio, se pregunta si esos "pabellones de oxígeno" que se colocan sobre el anémico sistema capitalista, servirán algo más que para retrasar su inevitable desaparición.

Pero la responsabilidad que ese trance echa sobre los hombros de los gobernantes y de los directivos de las clases trabajadoras, es inmensa. Sólo destruye quien sustituye, y la suplantación del capitalismo por un régimen de economía de Estado plantea, a quienes creen en ese sistema, problemas de eficiencia técnica para cuya solución no se hallan equipados en la mayoría de los países. Urge, por tanto, disponer de gobiernos capaces de confrontar la abundancia técnica con la miseria personal, y crear un sistema que acabe con esa terrible antinomia. Sirva la presente e incompleta exposición, de estímulo para que, con la deliberación juiciosa de ustedes, se inicie una aportación mexicana considerable al esclarecimiento de este problema.

Si el socialismo de Estado, o el capitalismo milagrosamente renacido, no aciertan a encontrar una luminosa salida de ese infierno oscuro, volverá a repetirse de modo inexorable el caso de Alemania, cuando puso en la tumultuosa corriente de su desocupación la turbina del "Frente de trabajo", y canalizó las aguas turbias de la raza germánica hacia esta guerra devastadora de culturas. Hitler no fué sino el ingeniero aprovechado de esa fábrica infernal, que reflejó las ambiciones insatisfechas de sus subordinados.

Por respeto y gratitud a los millones de desocupados que hoy luchan en Europa, en Oriente y en los frentes domésticos civiles, es preciso que ese triste destino no vuelva nunca a tener realidad. El precio, no importa.

LA COEXISTENCIA DE LOS REGIMENES DEMOCRATICOS Y DICTATORIALES

por

ANTONIO CARRILLO FLORES

La afirmación de que el fascismo y el nazismo desembocarían fatalmente en la guerra fué hecha con una oportunidad y un rigor que solamente pudo desconocer el terco egoísmo o la ceguera para la apreciación de sus propios intereses de los hombres que dirigieron la política europea de 1933 a 1938. Es —por ejemplo— un hecho que el primer ministro Baldwin, según propia confesión, ocultó al pueblo británico en las elecciones de 1935 los preparativos alemanes para no tener que pedir, al electorado que juzgaba pacifista, un mandato de rearme. Puso de este modo las conveniencias inmediatas de su partido por encima de los intereses más claros de su país y del imperio.

Para entender lo que el fascismo y nazismo querían bastaba con oír a sus líderes. En 1932 dijo Mussolini:

> "Sólo la guerra lleva a su más alta tensión todas las energías humanas y pone el sello de nobleza sobre las fuerzas que tienen el ánimo de enfrentarse con ella. Todos los demás son sustitutos que nunca colocan al hombre en la postura de tener que hacer la gran decisión: la alternativa entre la vida o la muerte. En consecuencia, una doctrina fundada sobre el nocivo postulado de la paz es hostil al fascismo".

En cuanto al nazismo, a pesar de que, como repetidamente se ha dicho, su doctrina cambia constantemente, fenómeno explicable en un movimiento que se enorgullece de su antiintelectualismo, si algo estaba claro en las confusas páginas de "Mi Lucha" —antes de que principiaran las declaraciones hipócritas de 1933— era su condenación del pacifismo y su mística exaltación de la guerra.

Resulta, entonces, obvio, que la destrucción total y definitiva de estas formas de estado totalitario y de las que ellas engendraron, como la dictadura franquista, es supuesto primario de cualquiera organización del mundo en que la paz pueda perdurar. Todo insistencia resulta inútil sobre este aspecto de la cuestión aquí planteada.

Preguntas numerosas y muy graves surgen en cambio acerca de

la forma como la democracia podrá ser el sistema de gobierno universalmente aceptado. Estas interrogaciones aparecerán en su forma más aguda al definirse el modo como habrá de operarse en los países vencidos o liberados por los ejércitos de las Naciones Unidas el tránsito entre el régimen transitorio que impongan los países ocupantes y el gobierno propio y soberano que los pueblos demanden. Se plantearán también al día siguiente de la paz —de hecho ya están planteadas— por los países de Oriente. Recuérdense las declaraciones del Generalísimo Chian Kai Shek de noviembre de 1942 que Wilkie transcribe y aprueba. Se presentarán —esas mismas cuestiones— a los países hispanoamericanos. Los grupos inconformes —de derecha en unas partes, de izquierda en otras— insistirán en que sea realidad la copia más o menos uniforme que nuestros bisabuelos hicieron de la constitución de 1787. Por último, en las grandes democracias vencedoras volverán a abrirse los innumerables debates que estaban pendientes en 1939 y que primero el rearme y después la guerra adormecieron sin liquidar.

Y es que las dudas nacen de la definición misma del concepto. Hay quienes sostienen que la democracia supone simplemente la posibilidad de que la mayoría del pueblo intervenga mediante el voto, la revocación, y, para ciertas cuestiones vitales, el plebiscito, en la designación de sus gobernantes y en la determinación, en sus líneas más generales, de la política del Estado. Otras voces, sin superar o abandonar la idea de que la democracia tiene que ver solamente con los problemas de orden político de la organización social, niegan que una buena definición del término se conforme con la aceptación, expresa o tácita, de la mayoría, para un régimen político determinado o para la persistencia en el poder de un grupo de hombres. Si esto fuera así, se argumenta, hasta dictaduras tan manifiestas como la de Hitler podrían aspirar, y de hecho han aspirado, a considerarse como democracias auténticas y hasta de un tipo superior, porque sin duda han contado, como sostuvo anteanoche don Luis Recaséns, si no con la buena voluntad al menos con la larga y sumisa adhesión de la inmensa mayoría del pueblo alemán. Estas voces reclaman que se haga jugar en la definición de la democracia otro elemento: la opinión pública y la subordinación, no a través de un proceso electoral o jurídico, sino por un mecanimo más sutil pero más profundo de la política general del Estado a las tendencias de esa opinión. Solamente hay democracia,

se concluye, cuando el gobierno cambia con los cambios de una opinión libre para expresarse y para criticar a los hombres del poder.

La democracia así entendida reclamará pueblos relativamente homogéneos y dotados de un mínimo de educación política para interesarse en las cuestiones públicas e intervenir con fruto en su solución. O, en otras palabras, que la democracia sólo será posible como una aproximación más o menos cercana a un sistema de gobierno cuya cabal realización es imposible. Los esfuerzos para subrayar esta imposibilidad han sido numerosos.

Cuando en la literatura de hace quince o veinte años empezó a insistirse en la crisis de la democracia de tipo liberal, aparte de consideraciones ligadas con la mecánica misma del proceso electoral y, en los países de Europa, del sistema parlamentario, se hace ver su incapacidad para atender con eficacia las cuestiones de índole particularmente técnica que la vida social moderna ha planteado y de las que el pueblo hace responsable al estado. Fué la época de la fe en los consejos técnicos y en general en la "tecnocracia" y cuando como una disyuntiva al parecer irremediable se hablaba de "democracia o eficacia". No reclama un optimismo excesivo afirmar que esa objeción está salvada. Sin desconocer la naturaleza eminentemente técnica de muchos problemas que interesan ahora a los gobiernos, no es difícil distinguir entre la política y la administración; entre elegir a un gobernante y designar a un funcionario. El Municipio, la más noble de las unidades estatales, ha mostrado esa capacidad de adaptación.

De otra manera también equivocada se ha hecho jugar más recientemente a la "técnica" en relación con las dificultades que atraviesan los modernos estados democráticos. Mac Iver, con una actitud que no se sabe bien si es de optimismo exagerado, de desdén injustificado, o de temor que no llega a manifestarse por completo, sostiene que los problemas del mejoramiento general de las condiciones de vida de los pueblos, de la ocupación total de los recursos y en general de la organización económica, son puramente "técnicos" y ajenos por lo mismo al mundo de la política. Como si algo pudiera hacerse en materia social sin la política. Como si la técnica no fuese en materia social sino un auxiliar eficaz cuando se pone al servicio de la orientación política justa y más nociva mientras más perfecta cuando se entrega al servicio de la política del mal. No, sin desconocer u olvidar la aportación que la técnica inevitablemente tendrá que hacer para la solución en un ambiente democrático de las grandes cuestiones sociales

y económicas del mundo de mañana, hay que reconocer que ellas no podrán dejar de derivar en graves controversias interiores de orden político y que a menos que la democracia sea entonces cosa distinta de lo que hasta hoy ha sido, muy difícil será que no la desgarren esas controversias.

Los mejores teóricos de la democracia —sólo como muestra citaré entre los más modernos a Laski y Becker— han examinado el punto: un régimen democrático, dicen, sólo es posible cuando entre los distintos grupos o partidos que lo sustentan, lo animan o lo guían, hay una identidad fundamental, o mejor, una conformidad esencial en cuanto a los grandes problemas de cada día, de modo que para los vencidos la derrota sea tolerable y para los vencedores de hoy el abandono del poder mañana sea concebible sin que signifique el sacrificio definitivo de convicciones o de intereses fundamentales. Laski y Lerner —entre otros— al explorar los orígenes del fascismo indican cómo en el momento en que el capitalismo deja de crecer porque el mundo "ahora sí redondo" se cierra a las nuevas aventuras coloniales y los trabajadores obtienen la franquicia electoral plena, las cuestiones que empiezan a debatirse logran una gravedad desconocida antes que lleva a la clase usufructuaria del poder a acabar con la democracia como una medida natural de defensa. Acéptese o no esta interpretación, es lo cierto que la democracia de tipo liberal no reconoce un poder ilimitado al gobierno de la mayoría, afirma que hay zonas de reserva para la vida, la integridad personal y los intereses del hombre que deben quedar siempre "por encima de la contienda", por lo que la supervivencia de semejante sistema político parece irremediablemente ligado a que se respete esa elemental regla del juego.

La Suprema Corte de Justicia Norteamericana acaba de reiterar esto apenas el 14 de junio, al decidir una controversia que alcanzó gran resonancia en el país vecino, negando que la ley de un Estado pudiese imponer a los alumnos de las escuelas el saludo, con palabras sacramentales, de la bandera de Estados Unidos a quienes tenían objeciones de conciencia, fundadas en cierta interpretación de los textos de la Biblia. El Magistrado Jackson al exponer la opinión de la Corte, dijo :

> "El verdadero propósito de la declaración de derechos fué sustraer ciertas materias a las vicisitudes de la controversia política; colocarlas más allá del alcance de las mayorías y de los funcio-

narios y protegerlas con principios jurídicos que serían aplicados por los tribunales. El derecho de uno a la vida, a la libertad personal, a la propiedad, a la libre palabra, a la libre prensa, a la libre adoración y congregación y otros derechos fundamentales, no pueden someterse al voto ni dependen del resultado de ninguna elección" (319 U. S., página 638).

Cuando uno reflexiona en que casi no hay medida importante que el Estado pueda dictar en materia social que directa o indirectamente no afecte la *propiedad* de las personas, es imposible reprimir la duda de si será posible el desenvolvimiento normal de una sociedad democrática que así quiere autolimitarse.

La vía de la solución empieza tímidamente a apuntarse. Todo radica en una distinción insuficientemente hecha hasta hoy cuando se afirma —por lo demás con razón plenísima— que la mayoría no debe disponer de poderes absolutos sobre las minorías. Evidente nos parece que en el mundo de nuestros pensamientos y de nuestras emociones nadie interfiera; ya no tiene, en cambio, la misma evidencia que la comunicación de nuestros pensamientos o la exteriorización de nuestros sentimientos o emociones deban estar siempre libres de la acción de la comunidad. Evidente nos parece que cada quien tenga derecho a que el estado no le despoje de las cosas materiales sin las que no podría subsistir, pero no tiene esa evidencia colocar en el mismo plano inviolable y absoluto la propiedad sobre las cosas que cada quien usa y necesita que la que recae en los instrumentos que, no los hombres aislados, sino la comunidad, usa y necesita.

La tendencia que desde fines del siglo XIX prevaleció en el mundo hacia el abandono gradual de lo que se ha llamado "el liberalismo clásico", derivó del reconocimiento de que hay que establecer jerarquías y distinciones en "los derechos del hombre" y de que precisa romper la engañosa conexión que como necesaria pretendió construir ese liberalismo clásico entre la protección y exaltación de la persona humana y la propiedad sobre ciertos bienes y la realización de determinadas actividades, devolviendo a la comunidad autoridad en esas materias.

Hasta el principio de la guerra, la forma democrática de gobierno no había logrado dar cabal respuesta a este problema. Las experiencias posteriores a la gran crisis de 1929 a 1932 fueron de una significación indudable; ellas pusieron de manifiesto la urgencia de una

intervención activa del estado en los procesos económicos y, al reducir la órbita de lo inviolable frente a la comunidad, sirvieron al propio tiempo para depurar y hacer más valiosa la zona de la auténtica libertad. Frente a una duda cada vez mayor acerca de los procedimientos puramente mecánicos de la integración del poder se empezó a definir una noción de la democracia fundada más que en el elemento formal de la voluntad de los hombres, en el elemento material de sus necesidades e intereses. El límite hasta el cual se pueda llegar pacíficamente en ese proceso sólo el futuro lo dirá, pero que la democracia tiene que ser capaz de proseguirlo en la post-guerra si ha de sobrevivir me parece indudable.

Esto, por lo demás, está de acuerdo con los antecedentes del sistema todo. Las más poderosas democracias del mundo son notoriamente la inglesa y la norteamericana. En ambas, sin embargo, la democracia no fué el antecedente del establecimiento del régimen constitucional sino que, a la inversa, sólo después de que una constitución había sido conquistada y no precisamente por el pueblo sino en Inglaterra por los barones y en Estados Unidos por un grupo audaz y enérgico de aristócratas y mercaderes, la democracia fué progresivamente establecida. En Inglaterra el sufragio universal no tiene más de un siglo de vida y la reforma de la Cámara de los Lores es apenas de 1911. En Estados Unidos los grupos más miserables del Sur están excluídos del sufragio a través de impuestos especiales con los que no han podido acabar ni el Congreso General ni la Suprema Corte.

La variedad de condiciones de orden económico, político, cultural, sociales en general, darán a ese proceso fundamental aspectos distintos en todos los países, a tal punto que considero que sólo será posible hablar, como lo hace la declaración de Teherán, de que las hoy beligerantes forman una "familia de naciones democráticas" si admitimos que la democracia no es un sistema ni cerrado ni enteramente logrado, sino una forma de integrar el gobierno y sobre todo de manejarlo en beneficio de los más que está en transformación constante.

Allí donde las condiciones sean más cercanas a los supuestos ideales de la democracia, ella dará —si el proceso no se detiene— una vía para resolver por los mecanismos políticos conocidos los problemas fundamentales de la comunidad. En la medida en que tales condiciones ideales no puedan realizarse, como en Oriente o en grado menor Hispanoamérica, será preciso poner el acento de la preocupa-

ción democrática más que en el origen del poder, en sus propósitos. Sólo de esa manera podrá lograrse que a la igualdad formal y negativa de otros tiempos, nunca por lo demás realizada por completo ni en un plano estrictamente político, suceda no una igualdad imposible sino al menos una desigualdad en que los menos favorecidos tengan sin embargo un mínimo de oportunidad para disfrutar de la vida.

POSIBILIDADES DE UNA REVOLUCION EN LA POSTGUERRA

por

JOSE E. ITURRIAGA

ANTES DE PRINCIPIAR mi intervención en este Seminario de la Guerra, tan atingentemente animado por el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México y a cuyo seno se me ha invitado para que hable a ustedes sobre las posibilidades de una revolución en ese período encinta de acontecimientos que se llama la postguerra, convendría que nos pusiésemos de acuerdo acerca de lo que se quiere decir con una revolución importante. Han sido tan múltiples y variadas las acepciones del término *revolución*, que acaso no resulte por completo ocioso, hacer algunas aclaraciones previas de este concepto, sobre todo ahora que los más retardatarios y regresivos hablan con cierto desenfado sobre la necesidad de "hacer una revolución". Estas gentes se inspiran, por ejemplo, en la supuesta revolución pangermanista de Hitler, o en la falangista de Primo de Rivera, o en la Marcha sobre Roma del Fascio del Combatimento.

Cada vez que surge una nueva época en la historia, apuntan diversos síntomas que denuncian su inminencia. Entre esos síntomas, puede citarse el propósito que anima a los más alertas por revisar y reestimar los antiguos vocablos, con el fin de rescatar lo que de ellos es perdurable en medio de las circunstancias históricas siempre cambiantes; lo que hay de esencial en aquellas palabras que condensan los pensamientos y los anhelos últimos, en torno de los cuales ha venido girando desde siglos la vida del hombre. Tal acontece en nuestra época con las palabras democracia, libertad, justicia, individualismo, revolución.

Así, por ejemplo, en esta época que atravesamos, y que en cierto modo nos atraviesa, revolución significa, por lo pronto, que las cavilaciones de los sabios, que el genio inventivo del científico y del hombre de laboratorio, junto con el instrumental que éstos han creado, sean aprovechados y disfrutados como una legítima herencia por toda la especie humana, en forma positivamente ecuménica. Traducido esto a la terminología de los economistas, revolución significa transformar

la actual economía de lucro por una economía de uso. Es decir, revolución significa suprimir la secular legitimación del derecho a la propiedad privada de las riquezas naturales así como de los instrumentos que la reproducen, para sustituirla por un régimen político y económico que garantice la propiedad privada tan sólo de aquello que todo ser humano tiene derecho a usar: la ropa con que cada quien se abrigue o adorne, la casa en que se habite, los libros que se lean, el automóvil que abrevie las distancias; pero no de aquello con que se lucre o explote.

Y gracias al empleo racional y planificado de las herramientas y saberes técnicos con los que *ya* cuenta el hombre, herramientas cuya virtud consiste primordialmente en aumentar a un grado incalculado e incalculable la productividad del trabajo humano, revolución quiere decir también, y muy capitalmente, que el hombre puede salir del reino de la necesidad donde anacrónicamente se encuentra instalado, para ingresar al reino de la libertad. O dicho de otro modo: que merced a la presencia inusitada de la máquina —ha sido tan repentina la presencia de la máquina que muchos, digamos intelectuales y algunos estadistas parecen no haberse percatado de ello—, merced, pues, a la presencia inusitada de la máquina el hombre puede ya disfrutar de un apreciable margen de ocio creador, dentro del cual le sea dable expresar su más genuina vocación y más constructiva individualidad. En este sentido, y sólo en éste, revolución significa individualismo, individualismo purgado de todas sus falsificaciones y de todas sus aberraciones antisociales. Revolución quiere decir, en suma, establecer un sistema pedagógico mediante el cual se destruya esa insufrible estandarización —masificación, diría Ortega— de la persona que fomenta el capitalismo y se acabe con la mentalidad de modistilla o barbero, que caracteriza a los miembros de casi todas las clases sociales, sean éstos abogados, médicos, profesores, universitarios, albañiles o cantantes de radio. La revolución, en fin, debe devolver al hombre su fertilidad, reintegrarle su fecundidad perdida. Y si revolución no fuere esencialmente eso, de fijo que no valdría la pena ocuparse esta noche acerca de las posibilidades de su advenimiento al concluir la presente guerra.

Así, pues, conviene distinguir con toda exactitud, entre lo que obviamente significa para nuestra época la palabra revolución, de las

meras reformas, de los simples paliativos que piensan aplicarse al cuerpo vivo de la sociedad, a guisa de eso: de paliativos que amortigüen, transitoriamente, los males de un sistema social incapacitado ya para continuar el ascenso histórico de los pueblos. Por ello, cuando se oyen palabras como éstas de labios de un conspicuo funcionario norteamericano: "Este infierno desaparecerá pronto y entonces se verá que ninguno de nuestros sacrificios habrá sido en vano; las luces del mundo se encenderán de nuevo; las cosas volverán a ser como eran antes; los niños reirán de nueva cuenta y la bandera del Eje será arriada ante los ojos complacientes de Dios", cuando se oye esto, digo, advierte uno que ello constituye un símbolo de las intenciones de algunos gobernantes, y es inevitable pensar que este lenguaje vagoroso esconde el propósito de escamotear el sistema social para el cual el mundo se halla maduro, por lo menos, en los países metrópolis.

Permítaseme adelantar, pues, lo que cada vez me parece más claro: que los años inmediatos a la actual conflagración no van a ser testigos de una transformación social a fondo, por las cuatro razones que más adelante enunciaremos, excepto en aquellos países cuya vecindad geográfica con la Unión Soviética los predispone a ello y a los cuales habremos de aludir. La primera, es la clara conciencia de clase que posee actualmente la burguesía; la segunda, es la mentalidad conservadora y pasatista de los hombres de Estado; la tercera, es el notable crecimiento del poder político de la Iglesia así como su decidida ingerencia en los asuntos temporales; y la cuarta, es la función cada vez más prostituída del periodismo.

Examinemos sumariamente la primera razón ofrecida. Entre las clases sociales que integran la sociedad capitalista, fué la clase obrera la que primero poseyó conciencia del papel que ella desempeñaba dentro del mecanismo económico. Esto es preferentemente cierto en los países que tienen una más antigua tradición industrial. De la inofensiva asociación mutualista se pasó al reformismo o al anarcosindicalismo y de éstos al sindicalismo revolucionario de ascendencia marxista. La actitud combativa de la clase obrera fué despertando en la burguesía un sentimiento de clan que la condujo a formar asociaciones nacionales de patronos, no con el fin de planear la producción, sino para resistir la presión sindical.

Antes de la Revolución Soviética, en muchos países el marxista era considerado como un utopista más cuya jerigonza, incomprensible para el buen burgués, hacía que éste viera en él una especie de inocuo

teósofo o espiritista. Cuando la U. R. S. S. demostró la eficacia de su nuevo sistema económico, varió la actitud de la burguesía hacia él, considerándolo desde entonces su peor enemigo. Los últimos cinco lustros, pero especialmente los últimos tres, tienen ese signo: el odio al socialismo marxista, fenómeno en verdad nuevo. El ejemplo de la Revolución Rusa sirvió de paradigma a los sectores más avisados de la clase obrera internacional, y estas dos cosas —la Revolución Rusa y la creciente educación política de los trabajadores— despertaron la necesidad de crear un frente internacional de la burguesía, cuya expresión máxima consistió en el célebre pacto anticomintern suscrito por Alemania, Italia, Japón, España y otros países. En muchas otras naciones, existía —y existe aún— una poderosa plutocracia pronta a firmar cualquier pacto anticomunista, sólo que sus gobiernos lo impiden, acaso no tanto por discrepancia de opinión, cuanto por la presencia de muy poderosas razones políticas que, por ahora, constituyen una realidad no despreciable. En suma, el haberse percatado la burguesía de la función que ella desempeña como clase dentro de la mecánica social y económica, y el no estar desprevenida como ocurrió en el 17 —pese a una evolución mayor en la estructura económica actual— son elementos que impedirán, o aplazarán muy considerablemente, el advenimiento de lo que hemos convenido en llamar revolución.

El segundo elemento que impedirá el ingreso al nuevo ciclo histórico que todos esperamos, es la mentalidad conservadora de algunos hombres de Estado y de sus posibles sucesores. Cuando don Manuel Sánchez Sarto decía ayer que la carencia de hombres de la envergadura de Lenin es una de las principales causas que trabajan contra la revolución mundial, desconfiaba el sólido y brillante economista— con no poca injusticia— de la capacidad de muchos que permanecen en la oscuridad debido a la represión. Yo confío en que el caudillo, o los caudillos, los proporcionará la hora madura. En cambio, veo que la clase gobernante, por lo menos en los Estados Unidos e Inglaterra, es un círculo hermético —iba a decir: maffia— que posee un fraseario y un estilo doctrinario bien definidos, y que nunca está dispuesta a orearse ni saturarse de corrientes genuinamente revolucionarias. El lenguaje que emplea la clase gobernante es inconciso; las promesas que hacen para la postguerra tienen un sabor de vaguedad, de falta de consistencia, que no puede uno menos de pensar que se quedarán en

eso, en promesas. Y los que a veces disuenan por usar un lenguaje audaz, una fraseología estridente, son de inmediato puestos en cuarentena o bien pierden su autoridad y su prestigio dentro del clan gubernativo. Recuérdese lo que hace algunos meses le aconteció a un alto funcionario norteamericano, cuyo máximo delito consistió en desear para cada habitante del globo un litro de leche; también ténganse en cuenta los rudos ataques que el mandatario norteamericano sufre a menudo en el senado, en la Corte, en la diputación o de parte de los gobernantes, cuando suele insistir en la implantación de algo que no pone en peligro, ni con mucho, los intereses de la oligarquía capitalista. Si es en Inglaterra, unos cuantos meses después de haberse dicho, desde el Atlántico, a todos los pueblos del orbe, para qué se luchaba y para qué se estaba muriendo, el Primer Ministro le hizo saber a la India y demás colonias británicas, que él no había sido designado jefe del gobierno para presidir la disolución del imperio. Y por si ello hubiera sido olvidado, apenas unos días después de la reciente conferencia de Moscú, el señor Churchill recordó a los olvidadizos que él no iba a desarticular el Imperio británico.

Al finalizar la magnífica ponencia de ayer de don Manuel Sánchez Sarto, me quedó un precipitado de optimismo, un resabio jubiloso, pues las razones que él ofrecía —tan bien fundadas y tan contundentes —me hacían pensar en la inevitabilidad de una transformación integral de la sociedad contemporánea, en la *forzosa apertura del segundo frente de la ocupación plena*, con las implicaciones políticas que ello traería. Ahora, ya no me siento tan optimista; pues frente a una estructura económica ya madura para la revolución, se encuentra un epifenómeno político, jurídico y ético que, a pesar de su anacronismo, se halla todavía vigoroso y que está dispuesto a obrar según las circunstancias. Su camino fluctuará: desde los paliativos a la miseria, hasta un aumento del aparato represivo policíaco; desde prender la sociedad capitalista con alfileres, hasta inventar una nueva y más catastrófica guerra.

La tercera fuerza que se opone empecinadamente a un radical cambio de la sociedad, es la Iglesia Católica. Su alianza con las fuerzas regresivas, tanto en algunos lugares de Europa como en Estados Unidos, México y el resto de Latinoamérica, es patente. El creciente poderío de la Iglesia Católica en los Estados Unidos, se está convir-

tiendo en un instrumento de penetración en nuestros pueblos. El imperialismo yanqui está alentando dicho crecimiento, ya que por medio de los oficios diplomáticos de la Iglesia le será fácil establecer gobiernos dóciles y entreguistas, halagando demagógicamente el sentimiento católico de los pueblos de América Latina. En España, en Italia, en Portugal, en Francia y en algunas otras naciones de Europa, será la Iglesia un elemento frenador del progreso durante la postguerra con denuedo por evitar una revolución. Y quizá esta intervención en política de la Iglesia haga renacer, sin quererlo, un espíritu jacobino que se consideraba periclitado.

El cuarto elemento que se opondrá al advenimiento de una revolución, es el poder casi ilimitado que posee la prensa. Gracias a este instrumento prodigioso, el ciudadano medio del mundo se enseñó a ver, con buenos ojos, el nazifascismo; creyó que Mussolini era el hombre más grande de este siglo; creyó que lo que Hitler pretendía era justo y legítimo; que Francisco Franco era el Salvador de España; que la Unión Soviética era un país donde se practicaba la antropofagia debido a su miseria y a su atraso industrial —nótese como el periodismo internacional ha inventado una frase exculpante: "la sorpresa rusa"—. El intelectual ñoño y miope, el profesor universitario asustadizo, el amanuense o escritor sin conciencia, son los que tienen mayor hospitalidad en las columnas de los periódicos de gran circulación, en esos que se llaman a sí mismos la "prensa seria" y que más influyen en la educación política del gran público. De esta suerte, las grandes masas y el público semiletrado —aquel cuyo mayor desliz cultural consiste en leer la página editorial de los periódicos— perciben deformadamente los hechos, las fuerzas sociales e históricas que están en juego en nuestra época. Estoy seguro que cuando en un futuro lejano, cuando la sociedad se halle mejor instalada y se haga un balance desapasionado sobre la magnitud y volumen de culpabilidad que a cada fuerza retardataria se le pueda atribuir por su criminal labor de haber detenido el progreso, seguramente que el periodismo ocupará uno de los lugares más destacados.

Aquí concluyo de exponer, en forma harto imperfecta, las razones que a mi juicio se opondrán a una revolución. Ahora, con la venia de los presentes, me permitiré pronosticar en dónde sí parece factible.

En su discurso de siete de noviembre último, Stalin habló claramente de que Letonia, Lituania y Estonia serían recuperadas por la U. R. S. S. Ninguna noticia posterior que revele el sentir de los directores de la política internacional anglonorteamericana está en contra de tal recuperación; antes bien, en la reunión de cancilleres celebrada en Moscú, así como en la conferencia de "los Tres" celebrada en Teherán, parece haberse llegado a un acuerdo en este sentido.

También, a partir de esta última reunión, se pueden apreciar varios signos que acusan el posible convenio de que la Unión Soviética ha de influir muy considerablemente en la política de Bulgaria, de Rumania, de Hungría, de Yugoeslavia, y, acaso, en la de otros países limítrofes.

En Bulgaria, la caída del Príncipe Ciryl junto con la del Regente y primer ministro, el pronazi Boris Bojilov, es inminente. Bulgaria es un país que a pesar de estar en guerra con Inglaterra y los EE. UU., mantiene su neutralidad con la U. R. S. S.; bien que esta neutralidad es de todas suertes benigna hacia el Eje. Debido a esta situación, el sentimiento prosoviético del pueblo búlgaro no ha podido manifestarse, pero cuando esto acontezca, merced a la desventura de las armas alemanas, acaso podrá hablarse de una república socialista autónoma de Bulgaria.

Por lo que hace a Rumania, hay un signo semejante. El hecho de que el gobierno norteamericano haya impedido la entrada a los Estados Unidos al ex-rey Carol, quien tenía deseos de hacer propaganda a favor de su perdido trono e inventar una "Rumania Libre", debe tomarse como elocuente síntoma del propósito que existe de dejar a Rumania dentro de la esfera de influencia soviética. Y puede aventurarse la idea de que posiblemente los Estados Unidos le hubiesen prestado un decidido apoyo a Carol, si éste hubiese sido ex-rey de alguna nación de la Europa Occidental, olvidando con ello su conducta contemporizadora con los Guardias de Hierro. La forma en que han sido tratados Badoglio, Darlan, Oliveira Salazar y Franco, nos lo haría augurar así. Pero en este caso, las potencias anglosajonas se pliegan al imperio de la geografía. Por otra parte, parece confirmarse esta suposición, con la reiterada insistencia con que se viene hablando de la necesidad de una frontera común entre la U. R. S. S. y Bulgaria.

Por lo que toca a Hungría, ésta acaba de recibir un severo ultimátum a fin de que se aleje de la contienda so pena de perecer. Como

no es factible que el gobierno pelele húngaro obsequie los deseos de rusos, ingleses y norteamericanos, es muy posible que Hungría pierda su soberanía y la U. R. S. S. quizá la reclame, tanto por razones geográficas —o geopolíticas diría el señor Vivó— cuanto porque Hungría es una de las naciones que más soldados han enviado al frente ruso.

Por lo que respecta a Yugoeslavia, el punto de vista soviético parece haber sido admitido por los gobiernos anglonorteamericanos. El desconocimiento tácito al gobierno yugoeslavo radicado en el Cairo que encabeza el Rey Pedro II y su ministro de Guerra, Draja Michailovich, al conceder personalidad al régimen presidido por el doctor Ivan Ribar y por el Mariscal Josip Broz, habla a las claras de que Yugoeslavia caerá dentro de la órbita de la U. R. S. S.

En un artículo reciente de la acreditada revista soviética titulada "La Guerra y la Clase Trabajadora", se comentaba el ultimátum enviado al gobierno finés, se decía con toda claridad que si los finlandeses no hacen cesar de inmediato la guerra contra la U. R. S. S., la suerte irrevocable de Finlandia sería la de su desaparición. Esta vez, Rusia obrará seguramente en forma distinta a como obró al derrotar a Finlandia en la guerra del invierno de 1939-40.

Por lo que toca a Polonia, existen varios factores que hacen pensar en una evolución profunda de ese país, que bien podría extenderse tan sólo a aquella parte que antiguamente pertenecía a Rusia. La muerte de Sikorski abre algunas perspectivas y expedita el camino.

Checoeslovaquia cuenta con una magnífica tradición democrática —de democracia progresista—; y no sería aventurado afirmar que la creciente radicalización de la clase obrera y aun de la clase media —radicalización que se ha operado con motivo de la violenta opresión germana, así como por las victorias militares del Ejército Rojo—; no sería aventurado afirmar que ello es una garantía de que los checos sabrán evolucionar de acuerdo con nuestro tiempo. El gobierno de exilio presidido por el eminente estadista Eduardo Benes y las muy cordiales relaciones que éste mantiene con la U. R. S. S., aumenta dicha garantía.

Por lo que mira a Alemania, el trato que la Unión Soviética propone se dé a los responsables de la guerra y a los que han cometido crímenes innecesarios e incompatibles con las normas bélicas observadas hasta ahora, permite pronosticar que el grueso del pueblo alemán, alentará alguna simpatía hacia la U. R. S. S. en la postguerra, si triunfa el punto de vista ruso. Es cierto que de acuerdo con los anuncios hechos

de lo tratado en la conferencia de Cancilleres celebrada en Moscú, se convino en términos generales sobre lo que se hará con Alemania; pero no se precisó con toda suerte de detalles. Y mientras algunos ingleses y norteamericanos representativos de sus gobiernos han dicho en diversas ocasiones que no habrá distingos entre nazis y germanos a la hora de ajustar cuentas, los dirigentes y la prensa soviéticos han venido sosteniendo lo contrario. Esta diferencia de actitud hacia el pueblo alemán puede ser favorable a una estrecha colaboración entre el Soviet y la Alemania de la postguerra. Al gobierno soviético, como es sabido, mucho le ha venido preocupando la manera en que se vaya a castigar a los nazis; y el énfasis que pone para que sin ninguna contemplación ni miramientos se castigue a los criminales e instigadores de esta matanza, corre parejo con el énfasis que muestra para que la gran masa del pueblo alemán no sea atropellado y sea tratado humanitariamente.

Hace unos días, en este Seminario, el filósofo del derecho Recaséns Siches consideraba que Hitler y el nazismo no eran sino la objetivación hipertrofiada del alma alemana o, por lo menos, de un alma alemana que se había prostituído merced a la concurrencia de una constelación de causas sociológicas e históricas. Y agregaba el profesor Recaséns que el pueblo alemán es corresponsable de la guerra, por lo que, como tal, debe ser juzgado.

No cabe duda que el gobierno hitleriano llegó a ser uno de los Estados europeos que poseían mayor base popular, quizá la mayor después del Estado Soviético. Pero ello se debió a que todo ese invento extraordinario que —según el decir de Mannheim— es la propaganda, llegó a tener un grado tal de refinamiento en manos de los nazis, que se corrompió transitoriamente el alma de muchos alemanes; y es que se explotó muy hábilmente un explicable resentimiento cuyo origen era el Tratado de Versalles. Una minoría muy numerosa, empero, escapó de esta contaminación: eran los que tenían más sentido crítico y mayor educación política y mayor patriotismo: son los que se pudren y enloquecen en los campos de concentración, son los que rodeados de penumbras conspiran en suelo alemán, son los que, errabundos por el planeta, van pugnando por restaurar la continuidad de la cultura alemana.

La parte del pueblo alemán que ofreció su apoyo a Adolfo Hitler, la que antes de la guerra se hallaba intoxicada de propaganda y, cuando la caída de Creta, se encontraba en su máxima ebriedad de

triunfo, esa parte del pueblo alemán, inició su reeducación con los primeros reveses en el frente ruso. La primera escisión seria, el primer divorcio entre Hitler y sus adláteres de la parte corrompida del pueblo alemán, comienza cuando el mito de la invencibilidad del ejército nazi se derrumba en el oriente europeo y cuando le fallan al caudillo sus proverbiales intuiciones. A partir de entonces, la reeducación de que hablamos la están continuando quienes no supieron someterse, encontrando terreno fértil en sus prédicas.

Si a ésta que una vez fué minoría muy numerosa en Alemania, y que ahora es mayoría ya, se le concede personalidad para formar un gobierno cuya esencial misión, por lo pronto, fuese pedagógica, a fin de extirpar los últimos vestigios del nazismo, Alemania podría reencontrar su camino e incorporarse a Europa y a los tiempos futuros. Y si no sólo el gobierno de la U. R. S.S., sino también los gobiernos de los países adalides de las Naciones Unidas, fueren capaces de reconocer únanimemente la autoridad moral que poseen los alemanes antinazis para dirigir los destinos de su país, seguramente se propagaría en el resto de la Europa occidental el tipo de gobierno que tales elementos escogiesen. Por estas razones, imperfectamente formuladas, puede considerarse muy justificadamente a Alemania como el gozne sobre el cual girará toda la política europea de los años inmediatos.

Al hablar de las posibilidades de una revolución en el mundo, también es indispensable contar con la presencia de la Unión Soviética en aquello que tiene de rusa. Hace apenas dos días, el distinguido sociólogo español Medina Echavarría suscitó en este Seminario una cuestión que a muchos inquieta por no haber encontrado hasta ahora una respuesta satisfactoria: la cuestión de en qué medida el comunismo constituye una expresión del espíritu eslavo.

Las grandes aportaciones históricas, las que tienen después un rango universal porque adquieren carta de ciudadanía en todo el orbe, han tenido su asiento, su epifoco, en aquellos países que están a punto de arribar a su cenit histórico, o bien que se encuentran en él. Así Grecia, así Roma, así España, así Inglaterra, así Francia; ahora Rusia en lo que tiene de eslava. Que la revolución sea oriunda de Rusia, ello puede considerarse como la aportación eslava al desarrollo histórico de la humanidad. Que un puñado de eslavos —entre los que se hallaban, claro, miembros de otras nacionalidades, pero preferen-

temente eslavos—haya sido el iniciador de la construcción socialista en el mundo, puede justificar aquella tesis según la cual el secular mesianismo eslavo —ese mesianismo de que hablaba Dostoiewski— no hizo sino manifestarse en la Revolución Bolchevique ayudado por una propicia conjunción de circunstancias. Por mi parte, estoy dispuesto a aceptar que la sociedad soviética, pese a su inspiración marxista, es una aportación cultural al mundo del espíritu ruso, en la medida en que lo político constituye una dimensión de la cultura.

Ahora bien, la influencia cultural de la Rusia soviética en la postguerra —acaso en su período mediato— no querrá decir que habrá una tendencia a la rusificación del universo entero, que se traduzca en el propósito de imponer la lengua rusa, la religión ortodoxa rusa, la sensibilidad estética rusa, o bien sus usos y costumbres. No. La influencia rusa se limitará, insistimos, a lo político, lo quieran o no sus conductores. Una prueba de la limitación de la influencia ejercida por Rusia tan sólo en el plano político, queda evidenciada en que asegura la constitución soviética la convivencia independiente de las distintas repúblicas socialistas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Azerbaiján, Georgia, Armenia, Turkmenia, Uzbekia, Tadjikia, Kazak, Kirghizia. En cada una de estas entidades el poder de la República Federativa Rusa fomenta y estimula —podríamos decir que de un modo casi fanático— la peculiaridad del espíritu nacional. Nada, pues, más opuesto a la rusificación establecida por los zares a lo largo de todo su imperio, que la conducta seguida por el Soviet, de conceder una plena autonomía a cada república para manifestar su personalidad cultural; nada más opuesto a eso que ha dado en llamarse el imperialismo soviético, pues lo que une a nacionaliades tan diversas entre sí es únicamente su sistema político y económico. De esta suerte, la libertad nacional ha llegado a ser en la U. R. S.S. una realidad. La libertad política en el estrecho sentido del derecho para entorpecer un plan quinquenal o para reintroducir la explotación y el espíritu de provecho no existe en absoluto en ninguna república socialista confederada. Este sería el "negro destino" que es probable se le espere a una gran parte de Rumania o a toda ella, a Finlandia, a Estonia, a Lituania, a Letonia, a parte de Polonia, acaso a Bulgaria, a Yugoslavia y a Checoslovaquia.

LA NUEVA CONSTELACION INTERNACIONAL

Conversación por radio de

ALFONSO REYES, DANIEL COSÍO VILLEGAS, JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA,
EMIGDIO MARTÍNEZ ADAME y VÍCTOR L. URQUIDI

NOTA IMPORTANTE.—Esta conversación debió haber sido radiada el domingo 19 de diciembre de 1943 por la Radio Cadena Continental. Se suspendió porque los participantes en ella no se avinieron a suprimir en la lectura los párrafos censurados por la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, que son los que en el texto siguiente aparacen en itálicas y encerrados entre corchetes. Se ha querido ofrecerla así, como un recuerdo histórico

REYES.—Muchas gracias... Venimos hoy a poner fin a las discusiones que han tenido lugar en doce reuniones en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México. Tuvieron por objeto examinar en todos sus aspectos el hecho tan inhumano como, por desgracia, repetido de la guerra y, más que nada, lo que significa para nosotros la guerra actual, cuyas consecuencias han de afectarnos necesariamente. No era cosa de pasatiempo ni de exhibición. Y, sin embargo, todavía podría pensar algún malicioso que nadie nos llamaba a ocuparnos de semejantes cuestiones, que lo que ocurre en el mundo sucederá sin nuestro consentimiento. ¿Qué cree usted, amigo Medina?

MEDINA.—Como soy uno de los del gremio, no quiero dolerme mucho por esa malicia ni defender a capa y espada a los llamados intelectuales, pero sí debo decir lo peligrosa que es esa actitud en una democracia. Cosío, que es escéptico, que diga...

COSÍO.—¡No, no! Estoy con usted. Porque se reúnan unos cuantos señores y gasten algunas tardes en discutir cuestiones vitales para todos, no por eso se van a resolver en un periquete. Cierto que las decisiones supremas no están en modo alguno en sus manos; pero ésta es una de las varias maneras de iniciar la formación de una opinión pública, cuyo deber primero consiste en ver con alguna claridad la situación en que nos encontramos para actuar luego con conocimiento de causa.

MEDINA.—De acuerdo: el valor de las reuniones de ese tipo en una democracia —y sólo en ella son posibles— consiste, pues, en crear núcleos de orientación que, al ampliarse y fundirse unos con otros, acaben por abarcar el conjunto de todos los ciudadanos libres. Son éstos, en definitiva, los que han de decidir. Absténganse, pues, los murmuradores de revistas literarias, pues a todos nos interesa que esas decisiones sean lo menos ciegas posible. ¿No es verdad, Martínez Adame?

MARTÍNEZ ADAME.—¡Claro! Y tampoco debemos pensar que es lícita la siesta apacible a quienes no son ciudadanos de una de esas potencias que, al parecer, tienen más carne en el asador. Hoy todos

estamos expuestos a la chamusquina. Y, en todo caso, de lo que haya de suceder en el mundo del futuro seremos tan responsables como los demás, aunque sea por omisión. Más vale por eso que lo seamos por una intervención consciente.

REYES.—La realidad, por otra parte, es que las potencias menores pueden hacerse valer mucho más de lo que se cree a la hora de los arreglos de paz, y por eso conviene que sus ciudadanos estén preparados para participar en decisiones que han de afectarles por largos años.

URQUIDI.—Bueno, don Alfonso, pero hay que conceder que de estas discusiones no sale ninguna fórmula acabada, ningún acuerdo perfecto. Además, tampoco creo que lo pretendamos, puesto que somos hombres y no magos y ni la ciencia ni la política son cosa de brujería. Por otro lado, creo que estas discusiones no podrían abarcarlo todo.

MEDINA.—De todos modos, Urquidi, nos hemos esforzado en nuestras reuniones del Centro por ser lo más completos que nos era dable: hemos examinado la guerra por múltiples lados: sus causas; sus variados efectos, que van desde la economía al arte; lo realizado hasta hoy para prevenirla y qué es lo que puede hacerse en el futuro. Intervinieron juristas, filósofos, hombres de letras, expertos en economía y finanzas, demógrafos y hasta esos seres que la gente bautiza con el extraño nombre de sociólogos. ¿Por qué sonríe usted, Cosío?

Cosío.—Nada menos porque nos faltó un hombre todavía más extraño: el hombre de la calle, que sin anteojeras profesionales nos hiciera observar que tal vez los árboles nos habían ocultado el bosque. "Bueno, señores —nos podía haber dicho este ciudadano—, ¿no han olvidado ustedes quizá en todas sus disquisiciones la cosa de mayor bulto? Porque tal como vemos las cosas por aquí, con mayor simplicitud, el hecho es que de esta lucha a muerte entre los pueblos, unos van a salir muy mal parados y tan crecidos de fuerzas otros, que ellos dirán la última palabra. ¿No sería mejor, antes de entrar en sutilezas, saber lo que a mí puede ocurrirme por consecuencia de esto?"

URQUIDI.—¡Ah, no! Desde luego que nuestro hombre de la calle tendría razón. Y no vacilo en decirlo aquí, ante ustedes, por si todavía estamos a tiempo de complacerle.

MEDINA.—Urquidi, de nuevo, déjeme usted que le diga que la culpa no es del todo nuestra. Esta guerra ha tenido un desarrollo tan complicado, y a veces tan extraño, que sus observadores han podido

perderse en más de una ocasión. Hemos estado tan absorbidos en desentrañar lo que significaba ese término, hoy ya popular, de guerra total, interpretándolo unas veces como expresión de una lucha civil y otras por sus caracteres estratégicos y económicos, que casi es una sorpresa tropezarnos ahora con fenómenos comunes a todas las guerras. Hoy nos encontramos, como otras veces, con un cambio considerable en la constelación de los grandes poderes. *[¿Está usted de acuerdo, Martínez Adame?*

MARTÍNEZ ADAME.—*Es indudable, Medina: el hecho decisivo de nuestros días es la aparición de las grandes potencias que pronto habrán de jugar con una significación antes imposible. Una es Estados Unidos y otra, con caracteres totalmente nuevos, la Unión Soviética.*

COSÍO.—*Lo de "totalmente nuevos" es muy discutible; pero veamos la situación de Estados Unidos. Será, sin duda, la estrella más radiante de la nueva constelación internacional y aun puede calificársele de meteoro, porque ha llegado a serlo con una prisa y un fulgor singulares: en ciento cincuenta años ha pasado de la nada a primerísima potencia mundial. Sólo que llega a esta situación privilegiada demasiado pronto y demasiado tarde. Ciento cincuenta años, si se han gastado, como es indudable que ha ocurrido en el caso de Estados Unidos, en el crecimiento y en la consolidación internos, son pocos para alcanzar la madurez política internacional plena, pues, de hecho, ese proceso no concluyó hasta que se liquidó la gran crisis. La idea de la inmadurez política de Estados Unidos no es, por supuesto, una invención mía: la afirman muchos norteamericanos y la temen todavía muchos más.*

MEDINA.—*¡Por Dios, Cosío! Quizá sea así; pero, en todo caso, antes se dijo que ciento cincuenta años era poco y mucho a la vez. ¿Por qué mucho?]*

COSÍO.—Me parece que Estados Unidos llega demasiado tarde a ser primera potencia, porque aun cuando las primeras potencias jamás obraron aisladamente, sino aliándose entre sí o capitaneando a grupos de potencias menores, creo que en la futura vida internacional las primeras potencias se verán forzadas a actuar en bloques muy cerrados y sólidos.

REYES.—Un momento...

COSÍO.—Diga usted, Alfonso.

REYES.—Admitamos que así sea. Yo supongo que esos bloques

se formarán por el dictado de necesidades, pero también por la voluntad de los países que los integran. ¿Cuál sería el bloque en que cayeran los Estados Unidos?

Cosío.—Desde luego, Estados Unidos querrán contar con Canadá y México, los territorios contiguos y, en seguida, con la América Central, la del Caribe, con Colombia, Venezuela y Brasil; es decir, con todos los países que por su posición geográfica protegen al Canal de Panamá. En fin, como Iberoamérica ha venido sonando como una unidad internacional, Estados Unidos querrá contar también con el resto de ella.

Urquidi.—Bueno, esto de los bloques "cerrados y sólidos" me suena a pura metáfora, pues todo albañil sabe que ninguna construcción es posible sino con materiales homogéneos. Piensen ustedes, por ejemplo, en el caso de Canadá: mientras sea un Dominio del Imperio Británico, formará parte de un bloque distinto que puede llegar a ser un rival.

Cosío.—Es justa la observación, Víctor; pero no demuestra sino que Canadá tiene el destino histórico de servir de puente a los dos países más importantes del mundo anglo-sajón. En la medida en que ésas sean las necesidades de Estados Unidos, veo clara la integración de un bloque, aunque no sea tan homogéneamente sólido; sólo que habría que examinar las de los otros países, digamos las nuestras. ¿México tendría una necesidad igual de formar un bloque con Estados Unidos? Creo que la respuesta es segura si nos colocamos en casos extremos. Tendríamos fuerzas para defendernos de los vecinos, excepto, claro, de Estados Unidos mismo; pero no, por ejemplo, de Japón. En igual situación estarían todos los países iberoamericanos. También conviene considerar la imposibilidad de soluciones opuestas: México no podría formar parte de un bloque rival de Estados Unidos y, así, no le quedaría abierta sino la solución de Suiza: la de no pertenecer a alianza o bloque alguno, declarándose absoluta y eternamente neutral. Sólo que esta guerra, como la pasada, ha demostrado la inutilidad de esa amputación.

Martínez Adame.—¿Me permite?

Cosío.—Diga, Millo.

Martínez Adame.—Sin embargo, no es esa la única solución. México en otra época y Argentina en la actual han perseguido una política de amistad y de intereses con Europa para equilibrar la influencia norteamericana. Habría que pensar si sería eficaz y posible

en los tiempos próximos. En principio parece que el camino está abierto y, sin embargo, no dejan de percibirse sus limitaciones más claras; no sería indiferente la situación geográfica de cada uno de los países latinoamericanos; además, Europa, como Continente, tendrá antes que nada que rehacerse del desastre de esta guerra para que pueda significar algo en la vida internacional; y, por último, la América Ibérica habrá de encontrar en ella misma una solución mejor. ¿De acuerdo, Cosío?

Cosío.—La razón de necesidad para constituir un bloque no es muy clara cuando se abandonan los ejemplos extremos de una agresión japonesa en México o Panamá, porque, al fin y al cabo, los países menores no se exponen fácilmente. Por otra parte, esas suposiciones extremas son improbables. En el campo más normal de la vida diaria, la razón de necesidad —o, llamémosla ahora, de conveniencia— ¿seguirá siendo válida? En cierta forma sí, porque Estados Unidos puede representar el mercado único o el mejor para algunas exportaciones latinoamericanas, así como la fuente en que podamos surtirnos ventajosamente de capital, equipo y técnica para desarrollarnos económicamente. ¿En esa justa medida podría haber una necesidad equivalente de México y otros países iberoamericanos para formar un bloque con Estados Unidos?

[Medina y Reyes.—*Pero...*

Medina.—*No, no; diga usted, Reyes.*

Reyes.—*Quería decir —y supongo que Medina también— que esa conclusión no se deriva estrictamente de las premisas, pues una cosa es que dos países encuentren ventajoso comerciar y otra que se crean obligados a formar un bloque político. Pero también quiero referirme a otra cosa. Hace rato se dijo que en la formación de un bloque intervienen las necesidades de los pueblos que lo forman y su voluntad, su gusto, digamos. ¿A los países iberoamericanos les gustaría formar un bloque político "sólido y cerrado", como se ha dicho, con Estados Unidos?*

Cosío.—*Problema muy gordo es éste. Sólo por avanzar algo quisiera decir que si la decisión fuera a dejarse única y exclusivamente al gusto, pocas dudas hay de cuál sería la respuesta. Pero claro está que ésta variará si a la inclinación del gusto han de mezclarse consideraciones de conveniencia, etc.*

Urquidi.—*¿Podríamos concluir de ahí, Cosío, que la posición de*

negociación de los países iberoamericanos es más fuerte de lo que en general se cree?

Cosío.—*Sin duda alguna, Víctor, y más en el futuro próximo, en que otras estrellas —si bien de color distinto— se levantan en el firmamento internacional. ¿O no, Martínez Adame?]*

Martínez Adame.—Supongo que Cosío alude a la Unión Soviética. Para mí no existe la menor duda. Antes se ha dicho que la aparición de Estados Unidos en la constelación internacional ha sido meteórica. En efecto, ciento cincuenta años son un plazo breve para construir una gran nación. Pero si ustedes recuerdan que Rusia sale del feudalismo bastante tarde y, sobre todo, que después de la revolución de octubre sus territorios fueron desgarrados por una invasión extranjera que no concluye hasta 1922, y que su verdadera construcción comienza en 1928 con la aplicación del primer plan quinquenal, existe cierto fundamento para reclamar el record a su favor.

Medina.—De cualquier modo que sea, el hecho indiscutible es que la guerra nos entrega, por lo menos, dos nuevas y grandes potencias.

Martínez Adame.—Está bien, Medina; pero al menos en el caso de la Unión Soviética no puede hablarse de que llega tarde. Se dice que alguien llega tarde a un banquete cuando se ha servido ya el último plato. Y la Unión Soviética nació a la vida con el propósito esencial de mejorar las condiciones materiales y culturales de su pueblo, es decir, que ella tiene y tendrá puestos los ojos hacia dentro más bien que hacia fuera.

Urquidi.—¿Quiere decir esto que Rusia se desentenderá de la vida internacional y que dejará crecer al borde de sus fronteras estados enemigos que tarde o temprano, y acaso más bien temprano, se lancen sobre ella como lo hizo Alemania?

Martínez Adame.—Espero que no; pero para juzgar de la futura actitud de la Unión Soviética hacia el mundo exterior, creo que no debe olvidarse en ningún instante su organización socialista. Para mí, la clave de la explicación de su conducta pasada y futura debe hallarse en esa organización.

Cosío.—Pero ¿no cree usted posible que la terrible experiencia de esta guerra, la misma importancia de su papel en los asuntos internacionales de la postguerra y, sobre todo, el vacío que dejarán Alemania y Japón acaben por crear o por imponerle algunos cambios en su organización nacional?

MARTÍNEZ ADAME.—No lo creo, Cosío. Su organización interna nunca será obstáculo para su intervención en la vida internacional, como no lo fué en el pasado...

Cosío.—Permítame usted, Martínez Adame.

MARTÍNEZ ADAME.—Diga usted, Cosío.

Cosío.—Quisiera repetir la pregunta en otra forma: ¿Debemos suponer entonces que resultará compatible con su intervención activa en los arreglos que sin duda se concertarán en las conferencias de la paz respecto a revisión de fronteras, a las zonas de influencia, etc.?

MARTÍNEZ ADAME.—Sí, sí creo que sea compatible. Y allá iba. El carácter socialista de la U. R. S. S. —con todo lo que eso implica— le hará jugar un papel bien distinto. Desde luego la libra de cualquier tentación imperialista y de todo apetito territorial. Por el contrario, su intervención será, a mi modo de ver, una garantía para los países débiles, siempre temerosos de la agresión de los fuertes.

REYES.—Pero vamos a limitar más concretamente la cuestión: ¿cuál habrá de ser, por ejemplo, la actitud de la Unión Soviética frente a una Alemania que suponemos ya vencida?

MARTÍNEZ ADAME.—Esa actitud podemos ya entreverla en las recientes declaraciones de la Conferencia de Moscú con respecto a Italia. Considero que, tras de eliminar todo vestigio de nazismo, después de que se imponga el castigo que corresponde a Hitler y a sus secuaces, la Unión Soviética se empeñará en restituir al pueblo alemán toda su libertad, dará participación en la vida política a sus mejores hombres, hoy en el destierro o en los campos de concentración. Estoy seguro de que, si la voz del pueblo alemán se hace oír en sus verdaderos acentos, una Alemania fuerte, pero democrática, no representará ningún peligro ni para la U. R. S. S. ni para el mundo.

Cosío.—Pero, antes de ir más lejos, debemos recordar que la Unión Soviética tiene aliados y que la voz de ellos habrá de contar también. Y ya veo que Víctor quiere decir algo.

URQUIDI.—Sí, ahora yo quisiera que intentáramos sacar en claro cuál va a ser la situación de las viejas potencias mundiales frente a las dos nuevas. Me parece que Inglaterra y su Imperio seguirán desempeñando un papel importante en el equilibrio mundial.

MEDINA.—Claro que sí; pero usted no podría negar que será un papel menos importante que antes, no obstante que el Imperio británico sigue siendo ese lugar mítico donde nunca se pone el sol.

URQUIDI.—Es posible, Medina, que en ciertos aspectos sea menos

importante, pero lo será precisamente porque sí puede llegar a ponerse el sol en algunas partes de él. Quiero decir esto: que los puntales más importantes del Imperio inglés son los Dominios y la India. Todos ellos saldrán de esta guerra más fuertes y más independientes y tal vez con intereses económicos opuestos a los de Inglaterra y hasta con la sensación de que Inglaterra no podrá protegerlos como antes. Podría ocurrir, pues, que en la postguerra el Imperio británico tenga menos cohesión económica y política que hasta ahora. Pero contra esto debe señalarse otra cosa: que ninguno de los Dominios, ni Inglaterra misma, podrán por sí solos enfrentarse a esos bloques muy "cerrados y sólidos", de que habló Cosío. Más bien creo que todos ellos gravitarán hacia un posible núcleo anglosajón.

MARTÍNEZ ADAME.—¿También la India?

URQUIDI.—¡Quién sabe! Yo no me atrevería a predecir lo que hará la India, pues es un verdadero enigma. Tal vez busque una colaboración más estrecha con las potencias asiáticas.

Cosío.—Yo no veo tan enigmática la cuestión, pues creo que en tiempo no largo la India tendrá la categoría de dominio, o aun una autonomía completa; pero no nos desviemos del tema principal: ¿En qué dirección proyectará su influencia Inglaterra?

URQUIDI.—Pues, por una parte, creo que tendrá mucho que ver con los asuntos europeos, desde Narwik hasta el Mediterráneo. Me parece natural que así sea, pues le interesa estrechar sus vínculos con estos países —interés que es mutuo— y también para que lleguen a ser buenos compradores de sus exportaciones que, como ustedes saben, serán vitales para Inglaterra. Puede darse por sentado que Inglaterra ocupará cierto lugar preeminente entre los países escandinavos, los del Occidente de Europa y los del Mediterráneo. Lo que es más interesante, sin embargo, no es su papel dentro de Europa, sino su intervención en la política mundial. Es concebible que quiera ocupar una posición central de equilibrio entre Estados Unidos y la Unión Soviética; o, por el contrario, que se asocie con Estados Unidos para formar un gran bloque anglosajón que tuviera una acción política común.

MARTÍNEZ ADAME.—Hay otra posibilidad, Víctor, y es la de que sea la U. R. S. S. quien, sin intereses económicos que defender en el extranjero, y sin buscarlo, sea ella la mediadora ante los intereses encontrados del grupo anglosajón.

URQUIDI.—Entre el papel equilibrador de Inglaterra y su posible

asociación a un bloque anglosajón, yo descartaría lo segundo, porque Inglaterra tiene gran experiencia y no querrá uncir su carro a una potencia que por primera vez se aventura en el campo mundial de la política internacional; y segundo, porque entre ella y los norteamericanos habrá siempre rivalidades, principalmente económicas, que impedirán un acuerdo cabal. Además, recordemos que el papel tradicional de Inglaterra ha sido justamente el de mantener un equilibrio entre las potencias.

MEDINA.—Sin embargo, no creo que debamos descartar, tan completamente como lo hace Urquidi, la posibilidad de una unión anglosajona.

URQUIDI.—De acuerdo, Medina. Pero contemos también con la posibilidad de que Inglaterra, para protección propia y la de sus Dominios, encamine lo principal de su actividad internacional a favorecer un nuevo sistema de seguridad colectiva. En esto la acompañarían, sin duda, muchas potencias menores que se sienten desamparadas. Por supuesto que para ello sería indispensable un entendimiento claro con la Unión Soviética, como parece que ocurrirá sin dificultad y, al mismo tiempo, con Estados Unidos.

COSÍO.—Pero todavía no hemos dicho nada especial de nuestra América, y en esto, claro está, Alfonso Reyes es quien ha de decir todo.

REYES.—Sí, "con la iglesia hemos dado". Hablemos, pues, sobre nuestra América Latina. Aunque, por sí sola cada una de nuestras Repúblicas no determinaría la inclinación de la balanza, todas ellas juntas, como ahora lo están prácticamente, asumen ya el peso de una verdadera potencia. Nuestra América representa, desde luego, un riquísimo fondo de materias indispensables para el alimento y la industria del mundo. Y aun la misma vinculación de intereses con los Estados Unidos, que necesitan de nosotros como necesitamos de ellos, nos abre un sitio en la mesa de las naciones. Por razones obvias, las antiguas metrópolis europeas pasan a la categoría de pesos complementarios en el orbe iberoamericano. Pero hay más. El sentido de la reorganización del mundo apunta, según desde ahora puede preverse, a una mayor coordinación internacional, lo mismo en el orden político que en el meramente administrativo, en el económico y en el cultural. Ahora bien, nuestras Américas tienen una tradición de internacionalismo, una educación ecuménica, que las capacita singularmente para desarrollar una acción eficaz en el mundo que se desea y se prepara.

Desde luego, somos pueblos formados por el mestizaje de varias

naciones y razas, lo que contribuye a atenuar nuestra sensibilidad para las exterioridades superficiales de los distintos tipos humanos. No estamos en guardia contra el rubio ni contra el moreno. Carecemos en esencia de prejuicios raciales, al menos lo suficiente para que ellos no nos aparezcan como obstáculos.

El poseer un común denominador, fundado en la gente y en la cultura ibéricas, el usar de la misma lengua o casi la misma lengua (pienso en el Brasil); el tener una formación derivada de la misma fuente latino-ibérica, nos han permitido comprobar, en nuestro trato mutuo, que se puede ser jurídicamente extranjero sin sentirse demasiado extranjero. En el tablero de naciones europeas, las fronteras adquieren un bulto, una densidad real, que entre nosotros no podrían tener. Esta fácil comunicación por la sensibilidad es un verdadero privilegio como avezamiento para el internacionalismo futuro.

Añádase la circunstancia de que contamos con más de medio siglo de prácticas panamericanas establecidas, institucionales, y no es nuevo para nosotros el reunirnos a discutir puntos, cuestiones que a todos nos importan o a resolver conflictos a los que, desde hace mucho, hemos negado el derecho al "aislamientismo". Por otra parte, la vecindad misma ha ido creando muchos puentes de relación. Y aunque ha habido errores pasados, no es imposible rectificarlos, ni nos parece quimérico el llegar a establecer una temperatura normal de concordia.

Bien mirado, aun antes de que nuestras cancillerías se ligaran, como en los últimos años, por pactos de mutua consulta y mutua defensa, y aun antes de que hubiera uniones o congresos panamericanos, ya se dejaba sentir el instinto solidario del Continente. Así, por ejemplo, cuando la invasión francesa en México, el estremecimiento ante la afrenta y la voz de alerta cundieron espontáneamente, y como una reacción natural, desde los Estados Unidos hasta las distantes repúblicas andinas y platenses.

Por último, el mismo hecho negativo de haber vivido en figura de culturas coloniales, asume hoy un carácter positivo. Entendámonos: Los grandes pueblos creadores de la cultura europea han tenido al alcance de la mano, y dentro de su respectivo país, todos los elementos necesarios para integrar su visión cultural del mundo. No han necesitado salir de casa. Esto, a la larga, y con el envejecimiento de las tradiciones, los encierra en una verdadera muralla china. Todos sabemos por experiencia el esfuerzo que cuesta a un europeo medio (no hablamos de las excepciones) el salir de su propio ambiente y el enten-

der a otros pueblos. Los americanos, en cambio, hemos tenido que juntar por toda la tierra (y no sólo en nuestras antiguas metrópolis) los haces de nuestra integración cultural. Asomarnos al extranjero y procurar entenderlo, es, para nosotros, algo ya connatural, lo cual determina una actitud más abierta ante el panorama de la tierra.

Todas estas condiciones dan a nuestras Américas una posibilidad de internacionalismo, que a nosotros nos incumbe poner en valor, reclamando un puesto en primera fila el día de los conciertos futuros.